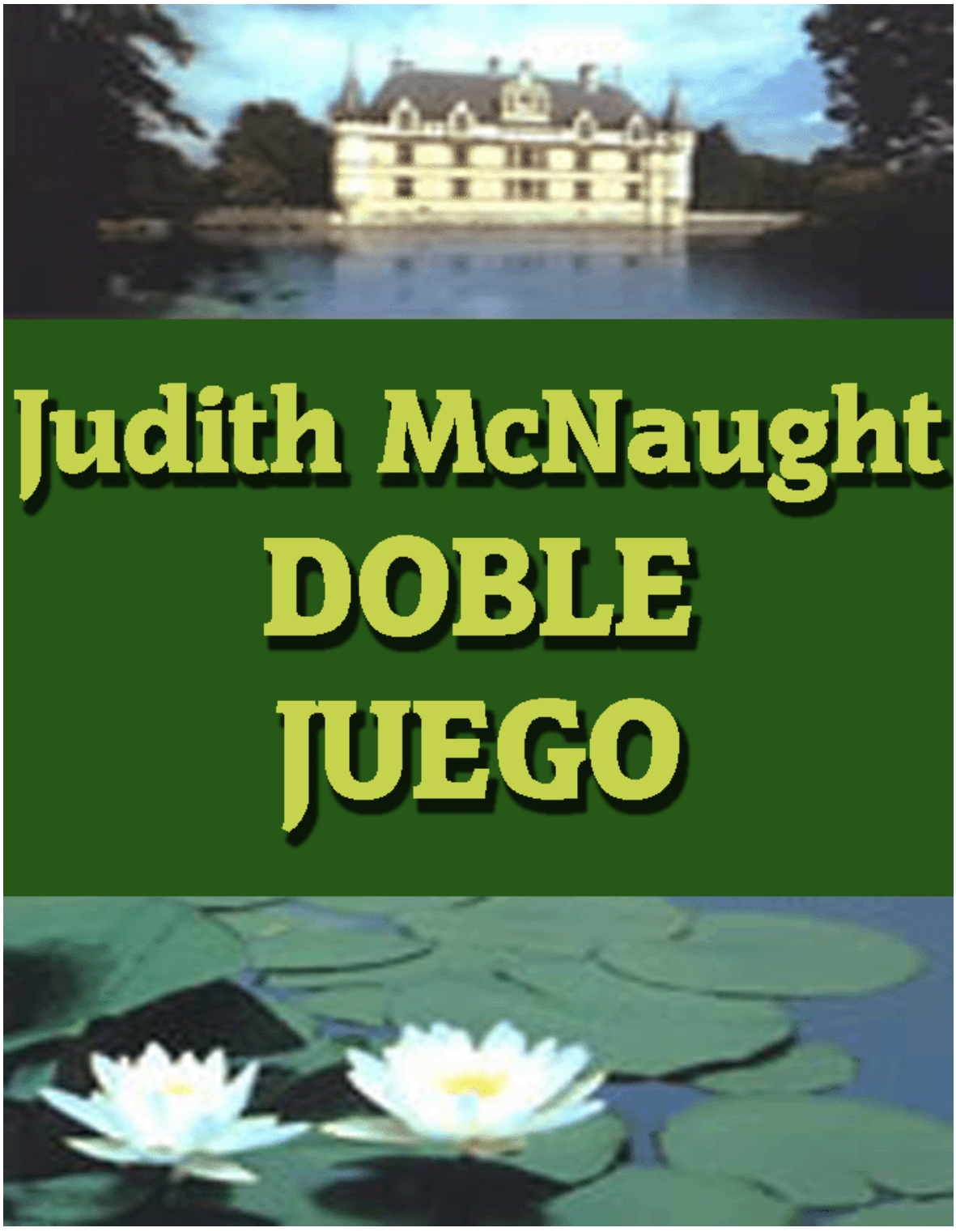
DOBLE JUEGO
JUDITH MCNAUGHT



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

Philip Whitworth levantó la vista de sus papeles al oír un rumor de pasos, amortiguados por la mullida alfombra que cubría el suelo de su despacho presidencial.

- ¿Y bien? -preguntó con impaciencia-. ¿Han anunciado ya quien es el misterioso competidor?

El vicepresidente se acercó a la mesa.

- Sí. Ha sido Sinclair. Al parecer hizo una oferta bajo cuerda... Pedía treinta mil miserables dólares menos que nosotros, y la National Motors ha firmado con él el contrato de compra de todos los aparatos de radio para los automóviles. Ese bastardo de Nick Sinclair nos ha robado un contrato de cincuenta millones de dólares rebajando nuestro precio un uno por ciento. ¡Maldita sea!

- concluyó dando una fuerte palmada en la mesa.

Afortunadamente, Philip Whitworth no estaba alterado, pero un buen observador habría ad-vertido una ligera tensión en sus facciones que delataba su agitación.

-Es la cuarta vez en un año que nos roban un contrato de esta importancia. ¿No te parece demasiada coincidencia?

- ¿Coincidencia? -repitió el vicepresidente-. ¡Philip, tú sabes perfectamente que esto no tiene nada de coincidencia! ¡Uno de mis empleados está vendido a Nick Sinclair! Ese individuo, quien quiera que sea, se dedica a espiarnos; averigua la cantidad de nuestras ofertas y pasa la información a Sinclair. ¡Así de fácil! Entonces él rebaja los precios. Te digo una cosa, Philip: sola-mente seis de mis empleados conocían exactamente la cantidad que pedíamos a la National Motors. Pues bien, uno de ellos tiene que ser un espía.

Philip se hundió en su asiento hasta apoyar su canosa cabeza en el respaldo.

-Me parece muy bien, pero después de investigar a esos seis hombres, lo único que has conseguido averiguar es que tres de ellos engañan a sus mujeres.

- ¡Eso ha ocurrido porque no hemos investigado lo suficiente! Mira, Philip, yo comprendo que el hecho de que Sinclair sea tu hijastro es un obstáculo, pero no vas a tener más remedio que tomar medidas para pararle los pies. Se ha propuesto destruirte y, como siga así, lo va a conseguir.

La mirada de Philip se tornó cortante como el hielo.

-Yo nunca he reconocido a Sinclair como mi «hijastro»; ni siquiera mi mujer le reconoce como hijo suyo. Una vez hecha esta salvedad, ¿serías tan amable de decirme qué me propones para pararle los pies?

-Muy sencillo: introduce un espía en su empresa para que averigüe quién es su contacto aquí. ¡Puedes hacer lo que quieras, con tal de que hagas algo!

En aquel momento, sonó el timbre del intercomunicador.

- ¿Sí, Helen?

-Perdone la interrupción, señor, pero hay aquí una tal señorita Lauren Danner que dice tener una cita con usted para hablar de un puesto de trabajo.

- ¡Es cierto! -suspiró Philip-. Dígale que la atenderé dentro de unos minutos. El vicepresidente le miró con curiosidad.

- ¿Desde cuando entrevistas tú personalmente a los futuros empleados?

-Esto se trata de un compromiso. Su padre es pariente lejano mío, primo quinto o sexto, si no recuerdo mal. Fue uno más de los muchos parientes que mi madre desenterró cuando hacía la investigación para su libro sobre nuestro árbol genealógico. Cada vez que descubría a un nuevo familiar, le invitaba a pasar un fin de semana a casa para conocerlo a fondo y decidir si lo incluía en el libro o no. Por entonces, Danner era profesor en la universidad de Chicago, no pudo venir, así que envió a su mujer, una concertista de piano, y a su hija. Pocos años después, la señora Danner murió en un accidente de automóvil. Desde entonces, no volví a saber más de ellos, hasta que la semana pasada me llamó el señor Danner pidiéndome que

entrevistara a su hija por si podía ponerla a trabajar en la empresa. Según me dijo, no encontraba nada en Missouri, donde viven ahora.

-¿No es un abuso de confianza por su parte llamarte así, por las buenas?

Philip esbozó una sonrisa de aburrida resignación.

-Hablaré unos minutos con la chica y después la mandaré de vuelta a su casa. Como comprenderás, no tenemos ningún puesto aquí para una licenciada en música; y aunque lo tuviera, no se lo daría a Lauren Danner. Es la chica más pesada, insoportable y consentida que he conocido en mi vida. Cuando la vi, era un ser espantoso de nueve años, lleno de pecas y con una mata de pelo que parecía estropajo.

La secretaria de Philip Whitworth contempló desde su mesa a la mujer que tenía delante. Vestía un elegante traje de chaqueta azul marino, y llevaba la hermosa cabellera rubia recogida en un moño flojo. Se trataba de una belleza perfecta, poco común; los rasgos de su rostro, finos y delicados, resaltaban aún más sus luminosos ojos azules.

-El señor Whitworth la atenderá dentro de un momento.

Lauren Danner levantó un momento la vista del periódico que fingía leer y sonrió.

-Gracias -dijo, y volvió a bajar los ojos, aunque el nerviosismo ante la inmediatez de la temida entrevista la impedía concentrarse.

Había pasado mucho tiempo; catorce años, exactamente, pero todavía recordaba con horror los dos días que pasara en la mansión de Grosse Pointe y el desprecio insultante que tuvieron que sufrir allí su madre y ella.

De pronto, sonó el teléfono en la secretaría, y Lauren sintió una sacudida nerviosa. Por enésima vez se reprobó a sí misma haberse metido en semejante lío, aunque en realidad la culpa no era suya, pues, de haber sabido que su padre tenía intención de llamar a Philip Whitworth, le habría disuadido de la idea. Pero ya estaba hecho... Además, su padre cada día estaba más preocupado por su precaria situación económica. Unos meses atrás, los contribuyentes de Missouri, presionados por la recesión económica, habían denegado una subvención a los centros de enseñanza del estado y, como consecuencia, miles de profesores habían sido despedidos, entre ellos el padre de Lauren. Tres meses más tarde, después de haber buscado trabajo por todas partes sin ningún éxito, el señor Danner sufrió un ataque al corazón.

Aquel suceso había venido a transformar la vida de Lauren... en un momento en que ella estaba decidida a independizarse. Lauren se había pasado toda la vida estudiando piano, pero una vez obtenido el master en música, llegó a la conclusión de que le faltaba vocación y afán de éxito como para dedicar todas sus energías a convertirse en una concertista de piano. Y es que Lauren había heredado el talento musical de su madre, pero no su pasión por el piano.

Lauren tenía ganas de vivir, y no podía conformarse con la música. En cierto modo, el piano, a pesar de las satisfacciones que le reportaba, le había impedido disfrutar de la vida, pues había estado tan ocupada estudiando, practicando y trabajando para pagarse las clases que no había tenido apenas tiempo para divertirse y descansar. A sus veintitrés años había viajado muchísimo por los Estados Unidos para participar en concursos, pero de las ciudades visitadas sólo había conocido la habitación del hotel y el auditorio. También había conocido muchos hombres, pero por falta de tiempo no pudo profundizar en ninguna relación.

En conclusión, le parecía que todo había sido una pérdida de tiempo, que había equivocado el camino y que debía buscar nuevas metas. La enfermedad de su padre y los apuros económicos la obligaron entonces a tomar una decisión radical. Su padre necesitaba ayuda, y ella era la única que podía dársela.

Al pensar en su responsabilidad, Lauren se sentía como si se le viniera el mundo encima. Necesitaba un trabajo, necesitaba dinero, y ambas cosas lo antes posible. Miró a su alrededor, confusa y temerosa, intentando imaginarse a sí misma trabajando para una empresa como aquella. En realidad no tenía nada que objetar, pues siempre estaba dispuesta a aceptar cualquier trabajo.

La secretaria, después de mantener una breve conversación, colgó el teléfono y se puso

en pie.

-El señor Whitworth la recibirá ahora, señorita Danner.

Lauren siguió a la secretaria y, antes de entrar en el despacho, rezó todas las oraciones que sabía pidiendo que Philip Whitworth no se acordase de ella y su desastrosa visita. Haciendo acopio de sangre fría, se dirigió con paso tranquilo hacia él, que se había puesto en pie nada más verla entrar. Curiosamente, parecía asombrado.

- Seguramente no me recordará usted, señor Whitworth -dijo Lauren, tendiéndole la mano-. Soy Lauren Danner.

Philip Whitworth se la estrechó, y la miró con una chispa de ironía.

- Todo lo contrario, Lauren; te recuerdo muy bien. Eras una niña bastante... inolvidable. Lauren sonrió, sorprendida por su sentido del humor.

-Es muy amable. No me habría extrañado nada que dijera insoportable en lugar de inolvidable.

- Siéntate, por favor.

-Le he traído mi currículum - le informó Lauren, sacando un sobre del bolso.

- Tu parecido con tu madre es asombroso -comentó después de un largo silencio-. Ella era italiana, ¿verdad?

-Mis abuelos eran italianos, efectivamente, pero mi madre nació aquí.

-Eres su vivo retrato, salvo en el pelo. El tuyo es mucho más claro -y luego, ojeando el currículum añadió-. Tu madre era toda una belleza.

Lauren se removió en su asiento, inquieta por el cariz que tomaba el encuentro. Resultaba desconcertante que después de su fría actitud catorce años atrás, ahora le dijera que su madre le parecía guapa. Nunca hubiera imaginado que opinaba así.

Mientras Philip leía el currículum, Lauren le observó detenidamente. Era un hombre que, a pesar de superar los cincuenta años, resultaba todavía extremadamente atractivo. Se trataba de un tipo alto y atlético, de aspecto impresionante y rostro aristocrático de rasgos finos. El paso del tiempo había sido indulgente con él, y apenas había dejado huellas, a excepción de las canas que surcaban sus cabellos. Mirándole desde su nueva perspectiva de adulta, a Lauren ya no le parecía el tipo orgulloso y engreído que había visto siendo niña, sino un hombre distinguido y amable con una buena dosis de humor.

-Aunque tu expediente universitario es muy bueno, comprenderás que la especialidad de música no sirve de mucho en el mundo de los negocios -dijo.

-Lo sé -respondió Lauren -. Estudié música porque me encantaba, pero ahora me he dado cuenta de que no tengo ningún futuro en ese campo.

A continuación, le explicó brevemente las circunstancias que la habían obligado a abandonar su carrera como pianista, haciendo especial hincapié en la salud de su padre y en la precaria situación económica que atravesaban.

Philip la escuchó atentamente, y después volvió a revisar su currículum.

-Aquí dice que empezaste un curso de comercio en la universidad.

-En efecto, pero no lo terminé, aunque me faltó muy poco.

-Y mientras asistías a la universidad trabajaste a media jornada como secretaria... y también en verano -añadió Philip con actitud pensativa-. Tu padre no me lo contó cuando hablamos por teléfono. ¿Es cierto lo que pone aquí de que sabes mecanografía y taquigrafía?

- Sí -afirmó Lauren.

Philip la miró en silencio un momento y luego dijo:

-Puedo ofrecerte un puesto de secretaria, Lauren, pero te advierto que se trata de un trabajo difícil, que requiere una gran dosis de responsabilidad. No puedo ofrecerte nada más hasta que no te gradúes en comercio.

-Pero... yo no quiero ser secretaria -suspiró Lauren.

Philip la miró con una sonrisa indulgente.

-Acabas de decirme que tu mayor preocupación, por el momento, es conseguir dinero... y ahora mismo existe una gran demanda de secretarias cualificadas. Te advierto que se trata

de un trabajo muy bien remunerado. Mi secretaria, por ejemplo, tiene el mismo sueldo que algunos ejecutivos.

-Pero aún así...

-Espera, déjame terminar. Tú has trabajado como secretaria del presidente de una pequeña empresa. En una pequeña empresa, todo el mundo está al tanto de lo que están haciendo los demás y por qué lo hacen. Por el contrario, en las grandes empresas como ésta, solamente los altos ejecutivos y sus secretarias pueden tener una visión general del negocio. ¿Quieres que te ponga un ejemplo?

- Sí, por favor.

- Imagínate que tú eres contable en nuestra sección de radios y te encargan que analices el coste de cada una de las radios que producimos. Emplearás semanas en preparar el informe sin saber para qué lo estás haciendo. Podría ser porque estamos considerando la idea de cerrar la sección de radios; o porque queremos ampliarla o quizás porque tenemos la intención de iniciar una campaña publicitaria para vender más radios. Pero tú no sabes por qué ni tampoco lo sabe tu superior, ni el superior de tu superior. Los únicos que tienen acceso a esa información confidencial son los directores de sección, los vicepresidentes y... ¡sus secretarias! Te digo esto para que te des cuenta de que si empiezas con nosotros como secretaria, vas a tener la oportunidad de aprender cómo funciona la empresa, y eso te será muy útil a la hora de elegir la profesión que puede interesarte en el futuro.

- ¿No hay ningún otro puesto disponible en la empresa con un sueldo comparable al de una secretaria? -preguntó Lauren, que no se dejaba convencer fácilmente.

-No. Hasta que traigas aquí un título de comercio, no puedo ofrecerte otra cosa. Lauren suspiró, necesitaba el dinero, y no le quedaba otra elección.

-Bien...

-No te desanimes -le dijo Philip-. El trabajo no será aburrido. Mira, te aseguro que mi secretaria conoce mejor que muchos ejecutivos los futuros planes de la empresa. Las secretarias de dirección tienen acceso a informaciones confidenciales de toda índole... Son... -en este punto se interrumpió y se quedó mirando a Lauren fijamente, de una manera muy extraña. Después repitió, en tono triunfante-: ¡Las secretarias de dirección tienen acceso a información confidencial de toda índole! ¡Una secretaria! ¡Nunca sospecharían de una secretaria! Lauren, estoy a punto de hacerte una oferta muy especial. Por favor, antes de decirme nada, escúchame atentamente. Dime, ¿sabes algo acerca de espionaje industrial o empresarial?

De pronto, Lauren tuvo la sensación de que se encontraba al borde de un precipicio. Sintió vértigo.

- Sí, sé que la gente va a la cárcel por esas cosas, señor Whitworth, y que yo tengo muy claro que no quiero verme mezclada en asuntos turbios.

-Es natural. Por favor, llámame Philip. Al fin y al cabo, somos parientes, y además yo te he estado tuteando todo el tiempo. Verás, yo no te estaba pidiendo que espíes en otra empresa, sino en la mía propia. Me explico; en estos últimos años, una compañía llamada Sinco se ha convertido en nuestra mayor competidora. Cada vez que intentamos obtener un contrato, no sabemos de qué manera, Sinco averigua la cantidad que vamos a pedir; ellos la rebajan ligeramente, y así nos arrebatan el negocio. Esto que te cuento ha vuelto a ocurrir hoy mismo. Solamente hay seis hombres en esta empresa que hayan podido decirle a Sinco a cuánto se elevaba nuestra oferta; uno de ellos tiene que ser el espía. Yo no quiero despedir a cinco honrados ejecutivos por culpa de un traidor, pero si Sinco continúa robándonos los contratos de esta manera, no voy a tener más remedio que empezar a despedir gente. Mira, Lauren; en esta empresa trabajan doce mil personas. Doce mil personas dependen de Whitworth Enterprises, y ahora tú tienes la oportunidad de asegurar su puesto de trabajo. Lo único que tienes que hacer es solicitar un puesto como secretaria en Sinco hoy mismo. Seguramente necesitarán aumentar su plantilla para atender todo el trabajo que nos están robando a nosotros. Dada tu preparación y experiencia, es muy probable que te ofrezcan un puesto de

secretaria de algún alto ejecutivo.

-Y en caso de que consiguiera el puesto, ¿qué tendría que hacer? -preguntó Lauren.

-Yo te daré los nombres de los seis sospechosos y lo único que tendrás que hacer será estar atenta por si alguna vez se menciona a alguno de ellos en Sinco. Es arriesgado, Lauren, pero la situación es tan desesperada que estoy dispuesto a intentarlo todo. Bien, si te presentas en Sinco esta misma tarde y te ofrecen un puesto de secretaria, acéptalo. Si el salario que te ofrecen es menor que el que aquí perciben nuestras secretarias, mi empresa te pagará una cantidad mensual que iguale la diferencia. En caso de que consigas averiguar el nombre del espía o cualquier otra información que sea de valor para mí, obtendrás una gratificación de diez mil dólares. Pero si pasan seis meses y no has conseguido averiguar nada, podrás abandonar tu puesto en Sinco y venir a trabajar con nosotros, y en cuanto termines los cursos que te faltan para graduarte en comercio, te daré aquí el trabajo que tú quieras, siempre que estés cualificada para él. Lauren... hay algo que no te gusta, ¿verdad? Dime qué es.

-No me gusta nada de este asunto. Detesto las intrigas, señor Whitworth.

-Llámame Philip, por favor. Por lo menos haz eso por mí -añadió con un suspiro de cansancio-. Lauren, soy consciente de que no tengo derecho a pedirte que te pongas a trabajar en Sinco. Quizás te resulte sorprendente, pero recuerdo lo desagradable que os resultó a tu madre y a ti vuestra estancia en mi casa, hace quince años. Pero ten en cuenta que mi hijo, Carter, se encontraba en una edad muy difícil; mi madre estaba obsesionada con la investigación de nuestro árbol genealógico, y mi esposa y yo... bueno, lo que quiero decirte es que siento mucho que no fuéramos más cordiales.

En otras circunstancias, Lauren no habría aceptado la disculpa y se habría marchado de allí sin molestarse en escuchar más. Pero, dada su situación, lo más importante era ganar el dinero. -De acuerdo -dijo lentamente-. Lo haré.

-Estupendo.

Inmediatamente descolgó el teléfono, pidió el número de Sinco, preguntó por el jefe de personal y después le paso el auricular a Lauren. El jefe de personal se interesó mucho y le dijo que se pasara por allí aquella misma tarde, pues necesitaban secretarias especializadas.

-Gracias -le dijo Philip cuando hubo terminado-. Cuando rellenes la solicitud de ingreso, pon la dirección de tu casa en Missouri, pero dales este número de teléfono que te he apuntado aquí para que te puedan localizar en nuestra casa. No hay problema, pues los criados no acostumbran a decir nuestro nombre cuando contestan.

-Pero yo no quiero quedarme en tu casa, Philip. Prefiero vivir en un hotel.

-No me extraña que no quieras venir a casa, pero yo quiero compensarte por aquella infortunada visita.

Lauren se dio por vencida.

- ¿No le importará a la señora Whitworth?

- Todo lo contrario; Carol estará encantada.

Cuando Lauren salió del despacho, Philip Whitworth cogió el intercomunicador y llamó a su hijo, que ocupaba un despacho cercano.

- Carter -le dijo-, creo que por fin vamos a dejar al descubierto a Nick Sinclair. ¿Te acuerdas de Lauren Danner...?

Capítulo 2

Cuando Lauren llegó a la oficina de personal de Sinco, eran ya más de las cinco, y cada vez estaba más convencida de que ella iba a ser incapaz de trabajar como espía a sueldo para Philip Whitworth, no porque no quisiera ayudarle, sino porque las intrigas y las mentiras la repugnaban. Y sin embargo, tampoco quería reconocer su cobardía ante él.

Mientras rellenaba los interminables formularios requeridos por Sinco se le ocurrió que la única forma posible de salir de aquel lío en que se veía envuelta sería cumplir la promesa

hecha a Philip; es decir, solicitar el trabajo, pero hacer todo lo posible por que no se lo ofrecieran.

Y efectivamente, así lo hizo: cometió faltas de ortografía intencionadas, redactó lo peor posible los textos mecanografiados y de taquigrafía y no mencionó los cursos de comercio que había estudiado. Pero lo que coronó sus esfuerzos por quedar mal fue la ultima pregunta del formulario, en la que le pedían que pusiera, por orden de preferencia, los tres trabajos que podría desempeñar en Sinco y para los que estuviera cualificada. Lauren escribió presidente en primer lugar, jefe de personal en segundo, y secretaria por último.

El verdadero jefe de personal, el señor Weatherby revisó con auténtico horror los formularios. Lauren tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contener la risa. Inmediatamente, muy indignado, el hombre le dijo que podía marcharse tranquilamente a su casa, pues no cumplía ninguno de los requisitos que Sinco exigía para cubrir sus puestos.

La tarde de agosto, encapotada y amenazadora, se había oscurecido prematuramente. El tráfico era densísimo, y mientras Lauren esperaba junto al semáforo para cruzar la calle, empezaron a caer gruesos goterones que iban a más. Cruzó a toda velocidad y cuando llegó a la acera opuesta, decidió acortar el camino hasta el garaje donde había dejado el coche atravesando el solar de un rascacielos en construcción, en lugar de ir por la acera.

Cada vez llovía con más fuerza y la oscuridad era absoluta alrededor del edificio, salvo por algunas ventanas iluminadas. Sin poder remediarlo, Lauren empezó a sentir miedo e intentó avanzar a la mayor velocidad posible.

De pronto, sintió unos pasos detrás de ella... pasos pesados, de hombre, que se hundían en el barro. Lauren avanzó más deprisa y los pasos del perseguidor se volvieron automáticamente más rápidos. Aterrada, echó a correr hacia la entrada del edificio y, en el momento en que llegaba ante la puerta, ésta se abrió y del rascacielos surgieron dos figuras de hombre.

- ¡Socorro! -gritó Lauren desesperada-. ¡Me persiguen!

De pronto, tropezó con un rollo de cables. El pie se le quedó atrapado, y Lauren, sintiendo un agudo dolor en el tobillo, levantó inútilmente los brazos y cayó en el barro de bruces. -Pero... ¡qué diablos hace usted! -gritó uno de los hombres alarmado.

Ambos se agacharon y la miraron ansiosamente. Lauren se incorporó como pudo, molesta por el tono irritado del hombre.

- ¿Qué voy a estar haciendo? Ensayar para el circo, si le parece.

Uno de los hombres se echó a reír y la ayudó a ponerse en pie.

- ¿Quién es usted?

-Me llamo Lauren Danner.

- ¿Puede andar?

-Perfectamente -mintió Lauren, a pesar de que el dolor del tobillo se hacia insoportable por momentos.

-En ese caso, entremos en el edificio para ver si tiene alguna herida -añadió el hombre amablemente, pasándole un brazo por la cintura.

-Nick -dijo entonces el otro hombre-. Yo creo que es mejor que tú te quedes aquí con la señorita Danner mientras yo voy a avisar a una ambulancia.

- ¡No, por favor, no llamen a una ambulancia! -suplicó Lauren-. Si en realidad no me he hecho nada... lo único que me pasa es que estoy muerta de vergüenza.

Suspiró aliviada, al principio, cuando el hombre llamado Nick la ayudó a entrar en el oscuro vestíbulo, pero después empezó a asustarse de nuevo pensando que no era nada aconsejable entrar en un edificio solitario con dos hombres desconocidos. Pero cuando encendieron las luces, sus temores se disiparon: Uno de ellos era un hombre de mediana edad elegantemente vestido que, más que un delincuente, parecía un ejecutivo acomodado. Después, Lauren se fijó en el joven que la sujetaba, que vestía unos pantalones vaqueros y una camiseta de algodón, y aparentaba algo más de treinta años. Su aspecto era normal también.

-Mike -dijo Nick, dirigiéndose al otro hombre-, debe haber un botiquín de primeros

auxilios en alguna parte. Ve a buscarlo.

-Bien. Ahora mismo -respondió el otro, dirigiéndose a una puerta que conducía a las escaleras.

Lauren miró con curiosidad el inmenso vestíbulo en el que se encontraban, todo él de mármol blanco, lleno de macetas alineadas junto a una pared.

Llegaron a los ascensores, y Nick presionó el botón. Al cabo de un momento, las puertas metálicas se abrieron, y la hizo pasar.

-Vamos arriba, a un despacho amueblado para que puedas sentarte a descansar.

Lauren esbozó una sonrisa y contempló al desconocido con disimulo, advirtiendo que era un hombre muy atractivo.

-Gracias -susurró, soltándose de su brazo, sintiendo una repentina turbación-. Puedo sujetarme sola, gracias.

Nick apretó el botón del piso dieciocho mientras Lauren le miraba a hurtadillas. Era guapísimo; por lo menos debía medir uno noventa, era ancho de hombros y de complexión atlética. Llevaba el cabello castaño oscuro muy corto, su mandíbula denotaba un carácter enérgico y sus labios eran sensuales...

Se encontraba absorta contemplando sus labios cuando descubrió con horror que esbozaba una sonrisa burlona... la estaba mirando. Lauren carraspeó y, nerviosa como una niña cogida en falta, dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

-Los ascensores... me dan miedo. Por eso procuro concentrarme en otra cosa; para no pensarlo.

-Es un buen método para olvidarse del miedo -comentó él en tono burlón.

Se había dado cuenta. Lauren no sabía si echarse a reír o ruborizarse hasta las orejas al ser cogida en tan flagrante mentira. Finalmente, optó por callarse y permanecer con la mirada fija en la puerta hasta que ésta se abrió en el piso dieciocho.

-Espera un momento, voy a encender las luces -dijo Nick.

Al cabo de breves segundos, los paneles fluorescentes del techo iluminaron un amplio pasillo enmoquetado y de paredes lujosamente forradas de madera. Nick la cogió del brazo y la condujo a través de un amplio vestíbulo hasta llegar a un despacho sobrio pero lujosamente decorado.

- ¡Qué despacho tan bonito! -exclamó Lauren sin poder contenerse-. Yo he sido secretaria, y mi oficina no tenía comparación con ésta. Precisamente ahora venía de ahí enfrente; acabo de solicitar trabajo en Sinco.

-Este es el despacho del presidente -dijo Nick, que no apartaba sus ojos grises de sus piernas-. El único que ya ésta completamente amueblado.

Lauren miró en torno, impresionada. La pared que tenía enfrente era una inmensa cristalera a través de la cual se vislumbraban las rutilantes y fantásticas luces de la noche de Detroit: rascacielos, puentes, carreteras, anuncios de neón... En un extremo se encontraba el escritorio, y enfrente un gran sofá tapizado en blanco, como la moqueta.

-Voy a preparar unas copas mientras Mike llega con el botiquín -dijo Nick.

Cuando la miró, Lauren advirtió una mueca burlona en su rostro; algo así como una sonrisa mal disimulada. Sin duda le hacia gracia su admiración ante tanta opulencia.

Después de seis años de soportar las miradas y los comentarios lascivos de los hombres, se encontraba ante un individuo guapísimo al que quería impresionar, y éste no le hacia ningún caso... y además se reía de ella.

-Hay un cuarto de baño ahí, por si quieres lavarte un poco -le informó Nick, señalando hacia la pared, junto al bar.

- ¿Dónde? -preguntó Lauren, que por más que miraba no veía ninguna puerta. -Enfrente de ti, en la pared. Sólo tienes que apretar los paneles de madera.

Nick sonrió, y Lauren le dirigió una mirada de exasperación. Llegó a la pared, apretó con la punta de los dedos, y una puerta invisible se abrió, dando paso a un espacioso cuarto de baño. En el momento en que ella entraba, llegó Mike.

-Por fin he encontrado el botiquín de primeros auxilios -dijo. Y luego añadió en voz más baja-: Nick, como abogado de la empresa, yo te aconsejo que debes llevar a esa chica al médico esta misma noche para asegurarnos de que no tiene ninguna herida de importancia. Si no lo haces, en un momento dado podría querellarse con nosotros alegando que ha quedado lisiada y pedir a la empresa millones de indemnización.

-Vamos, vamos, no le des más importancia de la que tiene en realidad -oyó que contestaba Nick-. Si no es más que una niña que se ha llevado un susto de muerte. Si ahora la metemos en una ambulancia, lo único que conseguiremos será aterrorizarla más.

-De acuerdo. Me tengo que marchar; ya llego tarde a mi cita en Troy. Pero por lo que más quieras; no se te ocurra ofrecerle ninguna bebida alcohólica. Sus padres podrían denunciarte por intento de perversión de una menor y...

Lauren cerró calladamente la puerta del cuarto de baño, ofendida por lo que acababa de oír. Pero cuando se miró al espejo, todo su enfado se disolvió en una sonora carcajada. No se había imaginado que pudiera tener un aspecto tan lamentable. Tenía la cara irreconocible debajo de las manchas de barro; el moño medio deshecho, y el cabello se le escapaba por todas partes. En cuanto a la chaqueta y la falda estaban mojadas y arrugadas.

Parecía una caricatura de sí misma. Sin saber por qué, se hizo el firme propósito de que debía salir de aquel cuarto de baño hecha un brazo de mar para dejar impresionado al engreído personaje que la esperaba fuera. Así que se aplicó a limpiarse el barro de la cara con todas sus energías. Le temblaban las manos, y ella achacaba su nerviosismo a la oportunidad que se le brindaba de reírse de él, y además de reírse la ultima. ¡Menuda sorpresa se iba a llevar cuando la viera salir limpia y presentable!

Cuando se hubo limpiado el barro, se quitó las medias rotas, se sacudió la ropa y se la colocó bien. Después sacó del bolso un cepillo, se quitó las horquillas y se cepilló el pelo vigorosamente, dejándolo suelto. A continuación, se dio un toque de lápiz de labios y de colorete y se miró satisfecha al espejo. La suave melena le caía graciosamente sobre los hombros; además, los ojos le brillaban de excitación y tenía las mejillas encendidas. El efecto era perfecto; como ella quería.

Cuando salió, Nick estaba de espaldas a ella, sirviendo las bebidas. Sin volverse, preguntó:

- ¿Has encontrado en el cuarto de baño todo lo que necesitabas?

- Sí, gracias -contestó Lauren, dejando sobre una silla el bolso y la chaqueta. -Lo siento mucho; en el bar no hay refrescos ni limonada, Lauren. Te he puesto una tónica con hielo. Espero que te guste.

Cuando se volvió, Nick avanzo dos pasos hacia ella y luego se detuvo, como fulminado.

Sus ojos grises recorrieron con expresión incrédula la cascada de pelo rubio que caía en suaves ondas sobre su espalda, su cara, sus ojos, los senos que la fina blusa blanca evidenciaba, su estrecha cintura...

Lauren quería que la mirase como a una mujer y lo había conseguido plenamente. A continuación, lo que cabía esperar era que la dijera algo agradable, pero él no lo hizo, sino que, sin decir nada, volvió al bar y volcó el contenido de uno de los vasos en la pequeña pila.

- ¿Qué estás haciendo? -preguntó Lauren.

-Nada. Voy a poner ginebra en tu tónica.

Sin poderse contenerse más, Lauren se echo a reír. Entonces, él se volvió y la miró con una tímida sonrisa.

- Sólo por curiosidad, ¿cuántos años tienes?

-Veintitrés.

- ¿Y acabas de solicitar un puesto de secretaria en Sinco antes de caerte delante de nosotros?

- Sí.

Nick le tendió el vaso y le hizo una seña en dirección al sofá.

- Siéntate... no debes apoyarte en el tobillo.

Lauren le obedeció, aunque de mala gana.

- Si no me duele, de verdad.

Nick se quedó de pie frente a ella y la contempló con curiosidad.

- ¿Te concedieron el trabajo en Sinco?

-No.

-Déjame que te mire el tobillo.

Diciendo esto, se arrodilló frente a Lauren y la desabrochó la correa de la sandalia. En cuanto sintió el contacto de sus dedos en el tobillo, Lauren experimentó un excitante cosquilleo en la pierna. Nick, sin advertir su turbación, hizo girar cuidadosamente el pie entre sus manos y le examinó el tobillo.

- ¿Eres una buena secretaria?

-Eso decía mi jefe cuando trabajaba para él.

-Actualmente hay mucha demanda de secretarias especializadas. Seguramente al final recibirás una llamada de la oficina de personal de Sinco diciéndote que te aceptan.

-Lo dudo -dijo Lauren sin poder reprimir una sonrisa-. Me temo que el señor Weatherby, el jefe de personal, no se quedó muy contento conmigo.

Nick levantó la cabeza y la miró de una manera muy peculiar.

-Lauren, a mi me pareces una chica muy brillante. Weatherby debe estar ciego.

- ¡Sí, sí, claro que está ciego! -exclamó Lauren con una pícara sonrisa-. Figúrate: llevaba una corbata verde con una chaqueta azul.

- ¿De verdad? Bueno, parece que no te has hecho nada serio en el tobillo. ¿Te duele? - Muy poco. Es mi orgullo el que ha quedado malparado.

-En ese caso, mañana tu tobillo y tu orgullo estarán perfectamente.

Dicho esto, cogió la sandalia y se la colocó en el pie con mucho cuidado. La miró entonces con una sonrisa, y añadió:

-Dime, ¿no había un cuento de hadas que se trataba de un príncipe que buscaba a la dueña de un zapato que él guardaba?

- Sí, es el cuento de Cenicienta -respondió Lauren con los ojos brillantes.

- ¿Y qué me pasará a mí si la sandalia te queda bien?

-Pues que te convertiré en rana.

Rieron a coro, mirándose a los ojos, y por un instante, a Lauren le pareció advertir un brillo especial en sus ojos. Pero el momento mágico pasó pronto; Nick se incorporó y apuró su copa, dando por terminada la entrevista. Enseguida cogió el teléfono y marcó un número.

-¿George? Hola, soy Nick Sinclair. La jovencita que perseguías creyendo que era un ladrón ya se ha recuperado de su caída. Haz el favor de esperarnos con el coche de seguridad en la puerta para llevarla hasta su coche. ¿Bien? De acuerdo, nos veremos dentro de cinco minutos.

Lauren sintió una extraña opresión en el pecho. Cinco minutos... ¡Y no seria Nick quien la llevara hasta su coche, sino un vigilante! Además, casi sabía con certeza que él no pensaba pedirle su número de teléfono y que, por lo tanto, no iba a volver a verle nunca más.

- ¿Trabajas para la compañía que construye este rascacielos? -preguntó Lauren, intentan-do ganar tiempo y averiguar de paso algo acerca de él.

Nick miró su reloj con cierta impaciencia.

- Sí.

- ¿Te gusta trabajar en la construcción?

- Sí, me gusta construir cosas, soy ingeniero.

- ¿Y te mandarán a otra ciudad cuando este edificio esté terminado?

-No. Pasaré los próximos años aquí.

Lauren se levantó y cogió su chaqueta un poco desconcertada, pensando que quizás, debido a las computadoras que lo controlaban todo, desde la calefacción a los ascensores, seguía haciendo falta la presencia de un ingeniero después de construido el edificio. Aunque de nada servía, cavilar, pues probablemente nunca volvería a verle.

-Bueno, gracias por todo. Espero que el presidente no se entere de que has cogido bebidas de su bar.

-Aquí entra todo el que quiere -dijo Nick-. Habría que cerrar con llave para evitarlo.

Mientras bajaban en el ascensor, Nick parecía inquieto y preocupado. Lauren imaginó que tendría una cita con alguna mujer, una modelo, por lo menos, si le igualaba en atractiva. Aunque también podía estar casado, pero le parecía menos probable, pues no llevaba alianza y no daba el tipo.

En la puerta les esperaba un coche blanco con el letrero: Sección de Seguridad de Global Industries, con un hombre de uniforme al volante. Nick la acompañó hasta el vehículo y le abrió la puerta del asiento delantero. Cuando Lauren estuvo dentro, asomó la cabeza por la ventanilla y le dijo:

- Conozco a gente de Sinco; llamaré a alguien para ver si pueden conseguir que Weatherby cambie de opinión.

Lauren se alegró inmensamente de que mostrase tanto interés por ella, pero a pesar de todo no olvidó sus propósitos e intentó desanimarle.

-No te molestes; estoy segura de que no cambiará de opinión, porque le produje una impresión pésima. De todas formas, te lo agradezco mucho.

Diez minutos más tarde, Lauren salía del aparcamiento y se internaba en el denso tráfico del bulevar. Mientras, procuró apartar de su mente el persistente recuerdo de Nick Sinclair y se concentró en el siguiente paso que la esperaba; el encuentro con la familia Whitworth.

Todavía recordaba con horror a Carter, el hijo adolescente de Philip, que catorce años antes había hecho todo lo posible para que su estancia en aquella casa le resultase insoportable, y lo consiguió con todo tipo de humillaciones y maldades, empezando por reírse de sus gafas y llamarla «cuatro ojos»

Un día, paseando por el jardín, la empujó sin ningún disimulo, haciéndola caer en medio de un rosal espinoso. Después, en cuanto se cambió de vestido, la llevó a ver los perros, dos fieras doberman, y en un descuido, la dejó encerrada con ellos en la jaula, advirtiéndola antes de marchar-se que debía estarse quieta si no quería que se le tiraran al cuello. Allí se quedó Lauren, mirando a los animales aterrorizada, hasta que el jardinero la encontró y la sacó de allí después de dirigirle una buena regañina.

Capítulo 3

Cuando llegó a la gran mansión de los Whitworth, un caserón estilo Tudor de tres pisos, Lauren se encontraba agotada y sin ánimos para nada, lo cual no resultaba extraño después de haber tenido que conducir dos horas seguidas para llegar puntual a su cita con Philip Whitworth y haber pasado por todas las peripecias que le habían sucedido después.

Su intención era dormir una noche en aquella casa y, al día siguiente, viernes, salir a buscar un apartamento.

Acudió a abrirle un mayordomo uniformado.

-Buenas tardes -empezó a decir- pero fue interrumpida por Philip.

-Lauren, estaba preocupadísimo por ti. Dime, ¿por qué has tardado tanto?

Parecía tan ansioso, que Lauren se arrepintió de haberle hecho esperar y se sintió un poco culpable por la estratagema que había empleado para procurar que no la aceptaran en Sinco. En pocas palabras, le explico que las cosas no habían marchado demasiado bien y le contó apresurada-mente su caída frente al rascacielos de Global Industries.

A continuación, el mayordomo la condujo hasta su habitación, y allí se duchó, se peinó

y se cambió de ropa.

Abajo, junto a la entrada del comedor, la esperaba Philip, que la recibió con una sonrisa. -Eres muy rápida, Lauren -comento amablemente-. Carol, ¿te acuerdas de Lauren?

- añadió, dirigiéndose a su mujer.

Lauren sí que recordaba perfectamente su carácter frío y desagradable, pero a pesar de sus reparos, tuvo que reconocer que Carol Whitworth no había perdido su belleza.

- Sí, como no me voy a acordar -dijo Carol con una sonrisa estudiada-. ¿Qué tal estás, Lauren?

-Resulta evidente que Lauren está muy, pero que muy bien, mamá -intervino Carter Whitworth, levantándose de su sillón.

Y diciendo esto, paseó su mirada por el cuerpo de Lauren sin el menor disimulo. Ella intentó no darse por aludida y aceptó con una sonrisa el vaso de whisky que Carter le ofrecía. Después, se acomodó en el sofá, y un instante más tarde, Carter había abandonado su sillón y estaba sentado junto a ella.

-Has cambiado mucho -comentó, mirándola de arriba abajo.

- Tú también.

Carter extendió el brazo en el respaldo del sofá, por detrás de ella.

- Si no recuerdo mal, cuando estuviste aquí de pequeña, no nos llevamos demasiado bien. -No, la verdad -dijo Lauren, dirigiendo una mirada inquieta a Carol, que contemplaba el flirteo de su hijo con absoluta indiferencia.

- ¿Y por qué no nos llevábamos bien? -insistió Carter.

-Pues... no sé. No me acuerdo.

-Yo sí -dijo él con una sonrisa-. Me porté fatal contigo.

Lauren le miró y le pareció que lo sentía de verdad.

- Sí, no fuiste muy amable.

-Pero tú tampoco te quedaste corta. Eras una niña malcriada.

-La verdad es que sí -admitió Lauren con una sonrisa.

En aquel momento, el mayordomo anunció que la cena estaba servida, y Carter, levantándose inmediatamente, le ofreció el brazo.

- ¿Vamos?

Cuando estaban terminando el último plato, el mayordomo apareció en el comedor.

-Una llamada telefónica para la señorita Danner. Es el señor Weatherby, de la compañía Sinco.

Philip Whitworth sonrió satisfecho.

-Muchas gracias, Higgins. Haga el favor de traer el teléfono a la mesa.

La conversación telefónica fue breve, y Lauren se limitó prácticamente a escuchar. En cuanto colgó, se encontró con las miradas impacientes de todos.

-Vamos, vamos, cuenta -le urgió Philip-. Carol y Carter también saben lo que vas a hacer para ayudarnos.

-Al parecer el hombre que me atendió después de mi caída debe tener un amigo muy influyente en Sinco. Este amigo acaba de llamar al señor Weatherby, que me ha ofrecido inmediatamente un puesto de secretaria que, según dice, me va a la perfección. Mañana mismo tendré una entrevista.

- ¿Te ha dicho quién va a entrevistarte?

- Sí, el señor Williams.

-Jim Williams -murmuró Philip con una enigmática sonrisa.

Poco después, Carter se marchó a su apartamento de Detroit y Carol se retiró a acostarse. Cuando Lauren se disponía a hacer lo mismo, Philip le pidió que se quedase un momento.

-Escucha -dijo-. Es posible que Williams quiera que empieces a trabajar inmediatamente. ¿Cuánto tiempo necesitarás para ir a tu casa, recoger todas tus cosas y volver aquí?

-No sé exactamente, porque no podré marcharme a casa hasta que haya encontrado un

apartamento aquí.

- Claro, es cierto. Tienes que buscar algún sitio para vivir... ¡Ya sé! Verás: hace unos cuantos años, compré un piso en Bloomfield Hills para una tía mía. Pero por el momento ella está en Europa y piensa quedarse un año más, por lo menos. Yo estaría encantado si te quedas en el piso mientras tanto.

-No, no. De ninguna manera -dijo Lauren inmediatamente-. Ya has hecho bastantes cosas por mí Philip. Esto sería abusar de tu amabilidad.

- Insisto, Lauren. De todas maneras, me harías un gran favor. Así no tendría que pagar al guarda jurado que vigila la casa. Si lo aceptas, los dos saldremos ganando.

Lauren pensó que si se ahorraba la cantidad mensual de un alquiler, tendría más dinero para mandarle a su padre, y por esta parte estaba bien, pero...

-No sé, Philip...

Pero él ya había sacado una pluma del bolsillo y estaba escribiendo algo sin hacer caso de sus objeciones.

-Mira, aquí tienes la dirección y el número de teléfono del piso -dijo, tendiéndole una tarjeta-. Pon estos datos cuando rellenes los formularios mañana. Así no te relacionarán conmigo.

Lauren sintió un escalofrío al recordar la desagradable tarea que le tocaba desempeñar en Sinco... espiar. Bueno, no era exactamente espiar, sino averiguar el nombre de un traidor. Además, así tendría la oportunidad de volver a encontrarse con Nick Sinclair, que trabajaba al lado.

La voz de Philip vino entonces a interrumpir sus pensamientos.

- Si te ofrecen definitivamente el puesto de secretaria mañana, márchate cuanto antes a Missouri. Yo mientras me encargaré de que el piso esté preparado para cuando llegues.

A la mañana siguiente, exactamente a las once y media en punto, Lauren tuvo la suerte de encontrar una plaza de aparcamiento al lado de las oficinas de Sinco, y frente al edificio de Global Industries. En medio de un estado de miedo mezclado con impaciencia se dirigió con paso resuelto al despacho del señor Weatherby.

El jefe de personal la recibió con una sonrisa de circunstancias, pero no obstante, resultaba fácil adivinar que todo aquel asunto le contrariaba bastante.

- Señorita Danner, le aseguro que nos habría ahorrado tiempo y problemas si me hubiera dicho desde el principio que es usted amiga del señor Sinclair.

- ¿Es que le dijo el señor Sinclair que yo era amiga suya? -preguntó Lauren con curiosidad.

-No -replico el señor Weatherby haciendo ostensibles esfuerzos por disimular su irritación-. El señor Sinclair telefoneó al presidente de nuestra compañía, el señor Sampson. Este llamó al vicepresidente ejecutivo, quién llamó a mi jefe, y anoche mi jefe me llamó a mí y me dijo que había ofendido e infravalorado a la señorita Danner, que es una mujer brillante y cualificada y muy amiga del señor Sinclair. No me dijo más; colgó inmediatamente.

A Lauren le parecía increíble que ella sola hubiera podido provocar tanto furor.

- Siento haberle causado tantos problemas. Usted tenía razón, porque tal y como yo rellené los formularios, no estaba capacitada para el trabajo.

El hombre asintió.

-Yo le dije a mi jefe que usted no sabía hacer la «o» con un canuto y... ¿sabe lo que me contestó? Pues me dijo que aunque escribiera usted a máquina con los dedos de los pies, le traía sin cuidado. Bien, y ahora, si es tan amable, acompáñeme al despacho del señor Williams, nuestro vicepresidente ejecutivo; su secretaria acaba de marcharse a California. Quiere entrevistarla a usted como posible sustituta.

Lauren le siguió por los pasillos, con la desagradable impresión de que el tal señor Williams le ofrecía el trabajo por obediencia a sus superiores. Sin embargo, en cuanto entró

en su despacho y le vio, abandonó la idea. James Williams era un hombre de treinta y tantos años de aspecto serio y autoritario. Evidentemente, no debía de dejarse manejar fácilmente por nadie. Cuando el señor Weatherby la hizo entrar, levantó la vista de unos documentos que estaba leyendo y le indicó con un gesto frío que se sentara en el sillón, frente a su escritorio.

- ¿Es usted Lauren Danner? -preguntó en tono indiferente.

- Sí. Eso me temo.

Williams se levantó y la examinó con mirada penetrante. Al parecer, su respuesta le había resultado graciosa.

-Por su respuesta, me doy cuenta de que está enterada del alboroto que se montó anoche por su culpa.

- Sí -suspiró Lauren-. Verdaderamente horrible y vergonzoso.

- ¿Puede deletrearme la palabra «horrible»?

- Sí -respondió Lauren cogida por sorpresa.

- ¿Cuántas pulsaciones alcanza por minuto con la máquina de escribir?

Lauren se ruborizó.

-Unas trescientas.

- ¿Sabe taquigrafía?

- Sí.

Sin apartar le mirada de ella, Williams cogió un cuaderno y un lápiz de su mesa y se los tendió.

- Copie, por favor.

Lauren apenas tuvo tiempo para sorprenderse, pues él empezó a dictar enseguida, con monótona y rápida voz:

-Estimada señorita Danner, como mi ayudante administrativo, deberá usted desempeñar las funciones propias de secretaria y actuar como intermediario entre mis empleados y yo. Deberá usted atenerse siempre y, estrictamente, a las normas de la compañía, olvidando, si es preciso, su amistad con el señor Nick Sinclair. Dentro de algunas semanas, nos trasladaremos al edificio Global, y si en alguna ocasión, intenta usted sacar partida de su amistad con el señor Sinclair, bien escamoteando sus obligaciones o bien desafiando las normas que rigen al resto de los empleados, será usted despedida en el acto y yo mismo tendré el placer de acompañarla hasta la puerta de la

calle. Si por lo contrario, demuestra usted interés e iniciativa pondré en sus manos todas las responsabilidades que sea usted capaz de manejar. Si está de acuerdo con mis condiciones, preséntese en mi despacho dentro de dos semanas, a partir del lunes, a las nueve en punto de la mañana.

Lauren terminó de copiar y le miró.

- ¿Alguna pregunta, Lauren?

- ¿Quiere decir que ya tengo el puesto?

-Eso depende de si es usted capaz de pasar a máquina mi dictado sin ningún error en un tiempo razonable.

Lauren estaba demasiado perpleja ante sus modales fríos e indiferentes como para pensar en los nervios, así que, sin esperar más, se sentó ante la máquina de escribir, y al cabo de unos minutos le presentó un folio mecanografiado.

-Aquí tiene su dictado, señor Williams.

-Muy eficiente -comentó el vicepresidente después de examinarlo-. Dígame, ¿de dónde sacó Weatherby la idea de que era usted una cabeza de chorlito?

-No sé. Esa impresión le causé, desde luego.

- ¿Le importaría explicarme qué es lo que pasó?

-No, en absoluto. Todo fue un... malentendido.

-Bueno, está bien, lo dejaremos así. Y ahora, ¿quiere preguntarme algo? Ah sí, su sueldo. El sueldo resultaba más bajo que el ofrecido por Philip; exactamente dos mil dólares mensuales, pero Lauren confiaba en su promesa de que le pagaría la diferencia.

-Y bien, ¿acepta el trabajo?

- Sí -dijo Lauren con una débil sonrisa-. Y no. A mí me gusta la idea de trabajar con usted porque sé que tendría la oportunidad de aprender muchas cosas. Pero no quiero el trabajo si usted se ve obligado a ofrecérmelo por... por...

- ¿Por Nick Sinclair?

- -Sí.

-Nick no ha influido en absoluto en mi decisión. Le conozco desde hace años, y somos muy buenos amigos. Sin embargo, la amistad no tiene nada que ver con los negocios. Nick tiene su trabajo y yo el mío. Yo nunca he pretendido decirle cómo tiene que desempeñar su trabajo y le ase-guro que no voy a permitir que él me diga a quién debo elegir como secretaria.

-Entonces, ¿por qué ha querido entrevistarme hoy si no superé las pruebas de acceso? -Ah, es eso. Verá, mi anterior secretaria, una mujer eficiente y responsable que merece

todos mis respetos, no le gustó nada a Weatherby desde el primer momento. Por eso no me fié

excesivamente del criterio de nuestro jefe de personal y prefiero seleccionar personalmente...

¿comprende? Cuando me enteré de que usted se presentó ayer y había sido rechazada, pensé que

podía ser usted otra Theresa. No lo es, pero creo que trabajaremos muy bien juntos, Lauren. -Gracias, señor Williams. Nos veremos dentro de quince días.

-Llámeme Jim.

Lauren sonrió, y estrechó la mano que él le tendía.

-En ese caso, puede usted llamarme Lauren.

- Sí, ya la estaba llamando así.

-Adiós, Jim.

Lauren salió exultante de jubilo y cruzó la soleada calle en dirección a su coche. Cuando estaba dentro, las puertas de la entrada principal del edificio de Globe Industries se abrieron y apareció Nick Sinclair en persona. Lauren creyó por un momento que la había visto y se dirigía hacia ella, pero de pronto giró a la derecha y se dispuso a doblar la esquina.

- ¡Nick! -gritó entonces Lauren impulsivamente-. ¡Nick!

Nick miró hacia atrás y Lauren agitó la mano. En cuanto la vio, esbozó una sonrisa y acudió a paso rápido.

- ¡Hola!

- ¡Hola! ¿A que no adivinas dónde he estado? -exclamó Lauren alegremente. Nick la contempló largamente con los ojos brillantes.

-Vamos a ver... estás muy guapa... ¿En un pase de modelos?

Lauren se sintió muy halagada, pero decidió no dejarse llevar excesivamente por su entusiasmo.

-No, he estado ahí enfrente, en Sinco Electronics y me han dado el trabajo, gracias a ti. -Entonces, ¿lo has aceptado?

- ¡Por supuesto! Me pagan un sueldo buenísimo, mi jefe es encantador y el trabajo parece interesante. ¿Qué más se puede pedir?

- ¿Estás contenta?

Lauren asintió, y luego esperó unos instantes en silencio, con la esperanza de que le pidiera el número de teléfono o le dijera algo. Pero Nick le sujetó la puerta para que entrara en el coche sin decir absolutamente nada, en vista de lo cual, Lauren creyó llegado el momento de arriesgarse.

-Nick -dijo-. Esto hay que celebrarlo... Te invito a comer; tú sólo tienes que elegir el sitio.

Nick vaciló una fracción de segundo, pero luego sonrió.

-Es la mejor oferta que me han hecho en todo el día.

Nick se puso al volante del coche y la llevó a un pequeño restaurante cercano que ostentaba en la puerta un cartel con el nombre de Tony's. El comedor era cálido y acogedor, y los manteles a cuadros blancos y rojos le daban un toque casero.

El camarero que fue a la puerta al verles entrar saludó a Nick como si le conociera y los condujo hasta la única mesa libre de todo el local. Lauren notó que había pocas mujeres en el establecimiento, y que los hombres, todos con corbata y chaqueta, parecían ejecutivos.

Al cabo de un momento, otro camarero se acercó a su mesa y saludó a Nick alegremente. -Me alegre de verte por aquí, amigo -dijo, tendiéndoles los menús.

- Tomaremos el especial de la casa, Tony -dijo Nick, y luego, dirigiéndose a Lauren, aclaró-: El especial es un sándwich a la francesa... ¿Te parece bien?

- Sí, sí, pide lo que quieras, Nick. Estamos celebrando un nuevo trabajo, lo que quiere decir que puedo permitirme el lujo de invitarte a lo que quieras.

Cuando Tony se hubo marchado, Nick le preguntó:

- ¿Qué te parece la idea de vivir en Detroit, Lauren? Viniendo de Missouri, una ciudad como ésta debe imponer bastante, ¿no?

-No creas. Viví en Chicago hasta los doce años, así que ya sé cómo es la vida en una gran ciudad. Cuando mi madre murió, mi padre y yo nos trasladamos a Fenters, en Missouri, donde él había nacido. Allí, mi padre trabajó como profesor en el mismo colegio en el que se había educado.

- ¿Eres hija única?

- Sí, aunque no del todo, porque mi padre se volvió a casar cuando yo tenía trece años. Mi madrastra trajo hijos de su anterior matrimonio: una niña dos años mayor que yo y un niño un año mayor.

Nick pareció advertir la nota de disgusto que empañaba su voz.

-Yo creía que a todas las niñas les gustaba la idea de tener un hermano mayor. ¿A ti no? El rostro vivaracho de Lauren se iluminó con una sonrisa.

- Sí, al principio me gustaba la idea, pero en cuanto lo vi, cambié de opinión. Lenny y yo nos caímos muy mal a primera vista. Después, él no hacía más que gastarme bromas pesadas, tirar-me de las trenzas y robar dinero de mi hucha. Yo me vengaba diciéndole a todo el mundo que era un mariquita... ¡Pero no me sirvió de mucho, porque cada día salía con una chica distinta!

Nick sonrió divertido.

- ¿Y tu hermanastra? ¿Cómo era?

- Guapísima. Ni siquiera podía andar tranquilamente por la calle; los chicos no la dejaban en paz.

-¿Y te quitaba a ti los novios?

-La verdad es que yo no tenía novios... hasta que cumplí diecisiete años.

Nick contempló con expresión incrédula sus luminosos ojos azules, sus delicadas facciones y sus suaves cabellos de color miel.

- Qué raro que no tuvieras novio.

-Pues te aseguro que es verdad -murmuró Lauren, ruborizándose y bajando los ojos.

En aquel momento, llegó Tony con dos inmensos sandwiches de carne y una jarrita de salsa. Con un gracioso ademán, los colocó en la mesa, exclamando:

- ¡Probadlos! Están buenísimos.

Así lo hizo Lauren.

- ¡Humm, delicioso!

-Me alegro de que le guste -replico el simpático hombrecillo retorciéndose el bigote-. ¡Ah! Y le aconsejo que se deje invitar por Nick. El tiene más dinero que usted, ¡seguro! Fue su abuelo quién me prestó el dinero para abrir este local.

Dicho esto, se marchó tal y como había venido; como una exhalación.

La comida transcurrió en silencio, roto a veces por Lauren para preguntar detalles acerca del propietario del restaurante. Por lo poco que le dijo Nick, supo que su familia y la de

Tony habían sido amigas durante tres generaciones y que en una ocasión el padre de Nick había trabajado para el de Tony.

En cuanto terminaron, Tony apareció y retiró los platos.

- ¿Qué queréis de postre? -preguntó Tony, mirando a Lauren-. Mejor decidiré yo. A usted, señorita, le traeré un canoli o... algún spumoni especial. Mis spumoni no tienen comparación con los que se venden en las tiendas. Los míos son los de verdad, con cremas de todos los sabores y rellenos de...

- Trocitos de fruta y nueces -dijo Lauren con una sonrisa-. Así los hacia mi madre. Tony abrió desmesuradamente los ojos y la estudio más despacio.

- ¡Usted es italiana! -exclamó con un aspaviento.

- Sólo a medias. La otra mitad es irlandesa.

En cuestión de un minuto, Tony averiguó su nombre completo, el nombre de la familia de su madre y se enteró de que iba a ir a vivir a Detroit, donde no conocía a nadie.

Si necesitas cualquier cosa, Lauren, no dudes en acudir a mí. Una joven sola en una ciudad tan grande como Detroit necesita una familia que la ayude en caso de apuro. Aquí siempre habrá un plato de comida para ti, ¡un plato de estupenda comida italiana! Y ahora dime, ¿qué tal un estupendo spumoni de postre?

Lauren sonrió.

- Sí, por favor.

Nick guiñó un ojo al italiano.

-Lauren necesita alimentarse. Está en la edad del crecimiento, Tony.

Lauren recibió aquel comentario con cierta exasperación.

-Nick -dijo al cabo de un momento-, ¿puedo hacerte una pregunta?

- Sí, cómo no.

Lauren se apoyó con los brazos cruzados en la mesa y le miró directamente a los ojos.

- ¿Te importaría decirme por qué te refieres a mí siempre como si fuera una colegiala quinceañera?

Nick esbozó una sonrisa burlona.

-La verdad es que no me había dado cuenta. No sé, será para recordarme a mí mismo que eres muy joven, que vienes de un pueblecito de Missouri y que, probablemente, eres muy ingenua.

- ¡Pues para que te enteres, yo ya soy toda una mujer, y no sé a santo de qué viene eso de que procedo de un pueblo! Ah, y además no sé por qué te lo habré parecido, pero te aseguro que yo no tengo ni un pelo de ingenua.

Nick abandonó su actitud burlona y se inclinó sobre la mesa, mirándola fijamente. -Ah, ¿no?

-No, ya te lo he dicho.

-Pues en ese caso, ¿qué piensas hacer este fin de semana?

Lauren estuvo a punto de saltar de alegría, pero la cautela la contuvo.

- ¿Qué vas a hacer tú? -preguntó.

- Tengo una fiesta que organizan unos amigos míos en su casa, cerca de Harbor Springs. Cuando nos hemos encontrado esta mañana, iba para allá. Se tarda cinco horas en llegar en coche... y estaríamos de vuelta el domingo.

Lauren había pensado salir para Fenster aquella misma tarde, pero al fin y al cabo tenía tiempo de sobra para recoger sus cosas en dos semanas. No corría tanta prisa y... simplemente, la entusiasmaba la idea de marcharse con Nick.

- ¿Tus amigos no pondrán ningún inconveniente en que yo vaya contigo?

-Al contrario; esperan que aparezca con alguien.

-En ese caso -concluyó Lauren con una sonrisa-, acepto encantada. Además, ya tengo la maleta en el portaequipajes del coche.

Antes de salir del restaurante, Nick dijo que tenía que hacer una llamada telefónica y, mientras tanto, Lauren fue al cuarto de baño. Cuando salía, reconoció su alta figura junto al

teléfono que había en la entrada del pasillo. Aunque estaba hablando en voz baja, pudo entender una sola palabra que bastó para ponerla en guardia: «Ericka»

Lo primero que pensó Lauren es que había elegido un momento poco apropiado para hablar con otra mujer. O quizás... Sí, le había dicho que sus amigos esperaban que apareciese con alguien, por tanto era muy posible que hubiera quedado ya y que ahora estuviese llamando para deshacer la cita.

Cuando Nick puso en marcha el pequeño deportivo de Lauren, se quedó mirando preocupado una lucecita roja que advertía algún fallo en el funcionamiento de la batería. Lauren se apresuró a tranquilizarle.

-No te preocupes, no creo que le pase nada. Esta mañana, al salir de casa, me pasé por un taller y el mecánico no encontró nada. Me dijo que podía ser un fallo del sistema eléctrico que hace que la luz se encienda sin motivo. El coche es nuevo, no tiene más de seis meses...

- Si quieres podemos ir con él a casa de mis amigos, así nos aseguraremos de que no le pasa nada y podrás hacer el viaje hasta Missouri con toda confianza.

-Estupendo.

- Cuéntame más cosas de tu familia y de ti -le instó Nick cuando salían del aparcamiento.

Lauren volvió la cabeza, intentando disimular su nerviosismo. El pequeño entramado de mentiras que había urdido al principio crecía cada vez más. El problema era que Nick tenía amigos en Sinco, y por tanto no podía decirle que había pasado los últimos años en al universidad, pues al rellenar la solicitud de trabajo había omitido ese dato. Además, también le había mentido con respecto a su edad, ya que le faltaban todavía tres semanas para cumplir veintitrés años, y había dicho a Tony que no conocía a nadie en Detroit por no descubrir su relación con Philip. Lauren suspiró; muy bien, olvidaría sus cinco últimos años de vida.

- Oye, ¿era tan difícil mi pregunta como para que la tengas que pensar tanto? -dijo Nick alegremente.

Lauren le miró embelesada, deseando besarle y acariciar su pecho fuerte y cubierto de vello. -Ya te lo he contado todo. Lenny, mi hermanastro, tiene ya veinticuatro años, y está casa- do. Mi hermanastra, Melissa, se casó en abril. Su marido es mecánico.

- ¿Y tu padre y tu madrastra?

-Mi padre es profesor. Es un hombre muy inteligente. Mi madrastra es una mujer estupenda; le quiere mucho.

-Me extraña que tu padre, siendo profesor, no te animara a ir a la universidad en lugar de trabajar pronto como secretaria.

- Sí, claro que me animó -respondió Lauren sin darse cuenta.

Pero afortunadamente, Nick, ocupado en tomar una difícil curva, pareció no escucharla. Al cabo de pocos minutos, habían salido de la ciudad y se encontraban en la autopista, dejando atrás la zona de fábricas y los lujosos barrios residenciales de Detroit.

- ¿Tú no llevas equipaje? -preguntó entonces Lauren.

-No. Tengo algo de ropa en mi casa de Harbor Springs.

Lauren se colocó sus gafas de sol y procuró no mirarle demasiado, pues la proximidad de su cuerpo varonil la turbaba. Sentada junto a él, como estaba, percibía el aroma de su colonia, y sentía tentaciones de rozar su muslo con la rodilla. Aquel hombre era un peligro... y ella estaba un poco loca al marcharse con él así, por las buenas. Pero es que la atraía con una fuerza irresistible.

Las tres horas siguientes se le pasaron volando. Lauren advirtió que Nick era extremadamente reservado cuando se trataba de hablar de sí mismo, pero que por el contrario, se mostraba ávido por conocer detalles de la vida de ella. Lo único que consiguió averiguar Lauren con respecto a él fue que su padre había muerto cuando él contaba cuatro años, y que sus abuelos, que le criaron, también habían fallecido recientemente.

Cuando pasaron por Grayling, avanzaron unos cuantos kilómetros y se detuvieron en un bosquecillo cercano a la carretera, donde había mesas de madera y bancos para los

excursionistas.

- ¡Qué día tan bonito! ¿Verdad? -exclamó Lauren, contemplando las nubes blancas que corrían por el cielo azul.

Cuando quiso darse cuenta, Nick la estaba observando con indulgencia, como si fuera incapaz de participar de su entusiasmo infantil. Lauren decidió no molestarse por ello y añadió:

-En mi pueblo el cielo no esta nunca tan azul, y además hace mucho calor. Me imagino que será porque Missouri está más al sur. Oye, Nick. Me has dicho que tu padre murió cuando tenias cuatro años, y que te criaron tus abuelos, ¿Y tu madre? ¿Le ocurrió algo?

-No, no le pasó nada.

Dicho esto, se puso un cigarrillo entre los labios, prendió una cerilla y lo encendió mientras Lauren le observaba con curiosidad.

-Nick, ¿por qué eres tan reservado cuando se trata de hablar de ti?

- ¿Reservado yo? Pero si llevo más de doscientos kilómetros hablando sin parar. -Pero no me has contado nada verdaderamente personal. Dime, ¿qué le pasó a tu madre? Nick se echó a reír.

- ¿Te han dicho alguna vez que tienes unos ojos preciosos?

- Sí, ¡no cambies de tema!

- ¿Y que hablas muy bien, con un vocabulario muy escogido? -prosiguió él sin escucharla.

-Es normal teniendo en cuenta que mi padre es profesor de literatura inglesa, como ya te he dicho.

Nick miró a la carretera, al cielo y finalmente a Lauren, que dejo escapar un suspiro de exasperación.

-Fíjate, Lauren. No me he dado cuenta de lo tenso que estaba hasta hace tres horas, cuando salimos de Detroit. A partir de entonces, he empezado a relajarme... Lo necesitaba.

- ¿Es que has tenido mucho trabajo?

-Llevo dos meses trabajando una media de catorce horas diarias -Lauren le miró con los ojos rebosantes de comprensión y él esbozó una sonrisa-. ¿Sabes que tu compañía es muy relajante? -añadió en voz más baja.

A Lauren no le emocionó excesivamente saber que mientras ella se ponía nerviosísima con sólo mirarle, para él tuviera un efecto sedante.

-Gracias... procuraré no dormirte mientras llegamos a Harbor Springs.

- Si quieres, puedes hacerme dormir cuando lleguemos allí.

-No me interpretes mal. Yo quería decir que espero que no te aburras conmigo.

-Puedes estar segura de que no me aburres. Es más, desde el momento que saliste del cuarto de baño del despacho y te vi allí, haciendo esfuerzos por no reírte, he estado deseando hacer una cosa.

Lauren supo enseguida que iba a besarla. Nick la atrajo hacia sí, aprisionándola entre sus brazos y la besó en la boca, despacio al principio, provocándola, pero con pasión después. Cuando Lauren entreabrió los labios y sus lenguas se unieron en una caricia sensual, la respiración de Nick se hizo agitada y la estrechó con todas sus fuerzas contra su pecho. En ese momento, algo explotó en el interior de Lauren, que se abandonó a él sin ningún tipo de reservas, arqueando la espalda y acariciándole la nuca con las manos temblorosas.

Cuando al final Nick alzó la cabeza, Lauren había perdido la noción de la realidad, y sólo quería el calor de sus brazos. Temblando, apoyó la cabeza en su hombro, mientras él la besaba la sien y la mejilla y jugueteaba con el lóbulo de su oreja.

- Creo que debo pedirte perdón, Lauren.

Lauren le miró, y vio en sus ojos grises una tormenta desatada.

- ¿Por qué?

Nick le acaricio la espalda y tardó un momento en contestar.

-Porque aunque tu me habías asegurado que no eres nada ingenua, yo tenía miedo de

que este fin de semana fuera demasiado para ti... distinto a lo que esperabas.

-Y ahora, ¿qué crees? -preguntó Lauren en un susurro.

-Ahora creo que este fin de semana va a ser mucho más de lo que yo me esperaba. Y también te digo que si sigues mirándome de esa manera vamos a llegar a Harbor Springs con un par de horas de retraso. Esos ojos tuyos van a ser mi perdición -añadió en un susurro.

Después, la cogió del brazo y fueron hacia el coche.

Capítulo 4

Lauren contempló el ir y venir de las azules aguas del lago Michigan que iba a morir a la playa con suaves olas erizadas de espuma.

-Ya estamos a punto de llegar -le dijo Nick cuando abandonaron la autopista y se internaron en una carretera comarcal.

Poco después, tomaron un camino privado de la finca, bordeado de naranjos cargados de frutos. Cuando llegaron al pequeño aparcamiento repleto de lujosos automóviles, el sol del crepúsculo lo llenaba todo son su luz anaranjada. Un poco más allá, se levantaba una gran mansión de es-tilo modernista de tres pisos, rodeada por un extenso jardín con mesitas y sombrillas, que iba a dar a la playa. Los camareros se afanaban pasando bandejas entre los invitados, que superaban el centenar y que pululaban por la playa o reposaban en las tumbonas que rodeaban la piscina.

En el horizonte dorado del lago se recortaban los perfiles de varias embarcaciones de recreo, que navegaban perezosamente por sus tranquilas aguas.

Nick salió del coche y abrió la portezuela de Lauren. Después, la cogió del brazo y la condujo por entre los lujosos coches deportivos hasta un grupo de invitados. Lauren reconoció entre ellos a varios actores de cine famosos y otras caras conocidas del mundo del espectáculo y de la jet-set.

Nick no parecía impresionado ni intimidado ante aquel despliegue de belleza y opulencia, por el contrario, daba la impresión de que la presencia de aquella gente le irritaba.

- Lo siento, Lauren, si yo hubiera sabido que la «reunión íntima» de Tracy iba a ser una cosa así, no te habría traído. Esto va a ser una fiesta ruidosa y llena de gente.

Lauren intentó sonreír, sin mucho éxito.

-No te preocupes, con un poco de suerte no se darán cuenta de que estamos aquí. -No cuentes con ello.

Se detuvieron junto a la pequeña barra improvisada para uso de los invitados. Mientras Nick

servia las copas, Lauren, en lugar de quedarse mirándole como una estúpida intentó adoptar una

actitud natural y se dedicó a contemplar los alrededores. No había pasado ni un minuto cuando una

bellísima pelirroja se acercó a Nick, abandonando precipitadamente el grupo donde se encontraba.

- ¡Nick, cariño! -dijo entre risas, abrazándole.

Nick dejo la botella de licor que tenía en la mano y le dio un beso. Después, observo a Lauren. La pelirroja no se separó ni un centímetro de él y le miró fijamente a los ojos, con una cálida sonrisa.

-Ya empezábamos a pensar todos que nos ibas a dejar plantados -le dijo-. Aunque yo sabía que tenias que venir, porque el teléfono no ha dejado de sonar en toda la tarde. Llamaban de tu oficina, preguntando por ti. Los criados tienen un montón de recados para ti. Dime, ¿quién es tu amiga? -añadió, soltándole y mirando a Lauren con curiosidad.

- Lauren, te presento a Barbara Leonardos.

- Llámame Bebe. Mis amigos me llaman así -y a continuación se volvió a Nick, como si

ella no estuviera-. Yo pensaba que ibas a venir con Ericka -dijo.

Nick hizo una mueca.

- ¿Ah, sí? Y yo creía que tú a estas alturas estarías en Roma con Alex.

-Hemos estado, pero he venido para verte.

Cuando su amiga se hubo marchado, Nick empezó a darle explicaciones.

-Bebe es...

-No te molestes, sé quién es. La heredera de la mayor fortuna americana del petróleo, casa-da con un armador griego. Estoy harta de verla en las revistas y en los periódicos.

Nick le dio su bebida, cogió la suya y luego señaló a una pareja que en aquel momento pasaba junto a ellos, cogidos del brazo.

- ¿Conoces a aquellos?

-No -respondió Lauren-. No me suenan de nada.

Nick le sonrió.

-Pues en eso caso, te los presentaré. Son los anfitriones de la fiesta, y además muy buenos amigos míos.

Lauren contempló con curiosidad a la pareja: una bella mujer morena de treinta y tantos años y un hombre maduro, rayando en los sesenta, bastante grueso.

- ¡Nick! -exclamó la mujer sonriendo encantada y abrazándole cuando salieron a su encuentro-. ¡Hacia meses que no sabíamos nada de ti! ¿Dónde te habías metido?

- Ten en cuenta que todavía queda gente que tiene que trabajar para ganarse la vida -respondió Nick con una sonrisa-. Mira Lauren, te presento a nuestros anfitriones, Tracy y George Middleton.

-Hola, Lauren, me alegro mucho de conocerte. Pero vamos a ver -añadió volviéndose a Nick-, ¿qué hacéis aquí vosotros dos solos, lejos de todo el mundo? Nadie se habrá dado cuenta de que habéis llegado.

-Precisamente por eso hemos venido aquí detrás -dijo Nick bruscamente.

Tracy se echo a reír, sonrojándose ligeramente.

-Ya sé que te prometí que esto iba a ser una reunión íntima, pero es que no se me pasó por la imaginación que fuera a venir tanta gente. Tenemos un lío tremendo en la casa. A propósito, la gente se está vistiendo ya para la cena. ¿Vosotros vais a ir a la Cueva o preferís vestiros aquí?

Lauren sintió deseos de que se la tragase la tierra. ¿Cómo iba a cambiarse si no había lleva-do ningún vestido de fiesta? Disimuladamente, pellizcó el brazo de Nick, pero él, haciendo caso omiso, dijo:

- Será mejor que Lauren se vista aquí. Mientras tanto yo iré a la Cueva para contestar a las llamadas que me hayan hecho y volveré vestido.

Tracy sonrió a Lauren.

- La casa está rebosante de gente; si te parece bien tú y yo podemos meternos en mi habitación y George ya buscará otro lugar para cambiarse. ¿Vamos?

-Perdona un momento -intervino Nick-. Creo que Lauren quiere decirme algo. Ve tú delante.

En cuanto la pareja se hubo alejado, Lauren miró a Nick angustiada.

-Nick, no tengo nada que ponerme. ¿No tendrás tú algo en tu casa?

- Sí, hay bastantes cosas en la Cueva. Creo que encontraré algún vestido para ti -dijo Nick en tono tranquilizador-. Yo me encargare de mandártelo, no te preocupes. Estará en la habitación de Tracy cuando te vayas a vestir.

El interior de la casa era un hervidero de bullicio: voces y risas de los invitados; camareros que corrían de acá para allá con ropa recién planchada y bandejas de bebidas... Nick detuvo a uno de los criados y le preguntó por los recados telefónicos. Al momento le entregaron un papel.

- Lauren, nos veremos fuera, junto a la piscina, dentro de una hora. ¿Podrás arreglártelas sin mí hasta entonces?

- Sí, no te preocupes. Tú tomate todo el tiempo que necesites.

- ¿Seguro?

Con aquellos maravillosos ojos grises clavados en los suyos, Lauren no estaba segura ni de su propio nombre, pero no obstante se despidió con una sonrisa. Cuando Nick se hubo marchado, se encontró con Bebe junto a ella, mirándola sin ningún disimulo.

-Bebe, ¿sabes dónde hay un teléfono? -le preguntó Lauren-. Quiero llamar a casa.

- Sí, por supuesto. Y a propósito, ¿dónde está tu casa?

- En Fenster, en el estado de Missouri.

- ¿Fenster? -repitió Bebe, arrugando la nariz, como si el simple nombre del pueblo trajese ya mal olor.

Y acto seguido se marchó, dejándola sola en una salita.

La conferencia con su padre no fue demasiado larga, pues ambos sabían lo mucho que co- taba. Pero su padre tuvo tiempo para reírse lleno de orgullo y asombro cuando se entero del trabajo que había conseguido, además del piso que le ofrecía Philip Whitworth sin cobrarle alquiler. Por no preocuparle, Lauren no mencionó que en realidad trabajaba para Philip; con asegurarle que sus problemas económicos habían terminado, era bastante.

Después de colgar el aparato, cuando se disponía a abrir las puertas correderas de la salita para salir, Lauren oyó una chillona voz femenina que provenía del pasillo.

- ¡Bebe, querida, qué guapísima estás! ¡Qué vestido tan ideal! Oye, ¿tú sabias que Nick Sinclair iba a venir y que todavía no ha aparecido?

- Sí, ha venido -respondió Bebe-. He estado hablando con él.

-Pues menos mal que ha venido, porque Carlton me ha sacado a la fuerza de una playa divina en las Bermudas sólo para verle a él. Al parecer tiene que hablarle de un asunto de negocios muy importante.

-Pues tendrá que ponerse a la cola, hija -dijo Bebe con indiferencia-, porque Alex y yo también hemos venido para verle. Alex va a proponerle que se asocie con él para montar una cadena

de hoteles por todo el mundo. Llevaba dos semanas intentando localizarle por teléfono desde Roma, pero como no contestaba, no hemos tenido más remedio que coger un avión y venir. -Pues tampoco he visto a Ericka -comentó la otra.

-No la has visto porque Nick no la ha traído... ¡Ya verás cuando conozcas su nuevo fichaje! ¡Es increíble, chica! Es una cría de dieciocho años directamente importada de una granja de Missouri. Hace un momento Nick la estaba diciendo que tenía que dejarla sola durante una hora y le preguntaba si podría arreglárselas sin él.

En aquel punto, las voces se alejaron, pues las dos mujeres, salieron del pasillo.

Lauren salió de la salita con ganas de asesinar a alguien, pero, con un suspiro, decidió que lo mejor que podía hacer era tranquilizarse, pues al fin y al cabo no merecía la pena.

Una hora después, sentada ante el tocador de Tracy, Lauren se cepilló concienzudamente la larga y ondulada melena rubia y la dejó suelta. A continuación, se aplicó unos ligeros toques de maquillaje. Mientras se ponía los pendientes de oro de su madre, pensaba que su sonrisa y el brillo de sus ojos se debían a la emoción... Nick debía estar esperándola ya junto a la piscina.

Mientras tomaba un baño, Nick le había enviado un vestido recto de punto de color crema, que se ajustaba a su cuerpo como un guante, resaltando sus formas redondeadas. Lauren se con-templó satisfecha en el espejo de pie, y después se puso las sandalias de fiesta doradas que Tracy le había prestado.

- ¡Perfecto! -exclamó su anfitriona, mirándola sonriente-. Vuélvete, por favor. Es sor-prendente, un vestido tan recatado por delante y tan atrevido por detrás, con ese escote hasta la cintura. Tienes una espalda preciosa, Lauren. Bueno, ¿bajamos ya?

Por las ventanas abiertas de par en par se filtraba el bullicio de las risas mezclado con la música. En cuanto llegaron abajo, un grupo de gente se aproximó a ellas, y en un momento se llevaron a Tracy dejando a Lauren completamente sola. Ella miró aquí y allá, buscando a

Nick, al que no tardó en encontrar, sentado cerca de la piscina con otros hombres y mujeres. Lauren se acercó a él, abriéndose paso por entre la multitud de mesas, sombrillas, camareros e invitados. En cuanto la vio, Nick se disculpó apresuradamente de sus amigos y salió a su encuentro sin dejar de mirar-la. Lauren, por su parte, también le contempló con cierto orgullo, tan alto y tan guapo con su traje de etiqueta... aquella piel morena en contraste con la blancura resplandeciente de la camisa.

- ¿Te han dicho alguna vez que eres muy guapo? -le preguntó Lauren cuando estuvo junto a ella.

Nick esbozó una sonrisa maliciosa.

- ¿Qué pensarías si te dijera que no?

-Pensaría que estás haciéndote el modesto -respondió Lauren, echándose a reír.

- Entonces, ¿qué debo hacer?

-No sé... lo natural seria que te pusieras rojo y nervioso.

-Yo no me sonrojo ni me pongo nervioso así como así.

-Pues entonces podrías intentar sonrojarme a mí diciéndome lo guapa que estoy -dicho esto, giró sobre sí misma lentamente, sacudiendo el pelo, que brillaba a la luz de las antorchas-. ¿Y bien? ¿Qué te parece?

Los ojos grises de Nick ardían, pero no contestó, sino que la miró repetidamente de arriba abajo y de abajo arriba. Vaciló un momento y por fin dijo:

-Me parece que ese vestido te sienta divinamente.

Lauren rompió a reír.

- ¡Desde luego, los piropos no son tu especialidad!

- ¿Ah, no? -repuso él en tono desafiante-. Pues para demostrarte lo contrario voy a decirte exactamente lo que pienso: eres una mujer encantadora, y además en ti hay una fascinante mezcla de mujer sofisticada y sexy y de niña angelical. Y te diré más; ojalá que no estuviéramos aquí, rodeados de gente, porque cada vez que te miró... siento un ansia incontenible de averiguar inmediatamente cómo va a ser esta velada, cuando te tenga entre mis brazos esta noche.

Lauren enrojeció vivamente pues, a pesar de su apariencia angelical, sabía muy bien lo que era aquella ansia a la que Nick se refería. Miró a su alrededor, a los invitados, a los yates iluminados que se deslizaban mansamente por el lago... a todas partes menos a la figura alta y fuerte de Nick. ¿Por qué habría sido tan brusco? Quizás sospechara que ella nunca había dormido con nadie y pretendía meterle miedo para obligarla a confesarlo. Quizá le molestase el hecho de que ella fuera virgen... A juzgar por su manera de comportarse y por su actitud, Nick debía ser un hombre con mucha experiencia en el terreno sexual, pero no obstante, Lauren intuía que no iba a querer seducir a una chica virgen. Ella, por su parte, deseaba ardientemente ser seducida por él, pero no tan pronto y de una manera tan fácil. A Lauren le hubiera gustado esperar hasta que Nick sintiera algo por ella, aunque no sabía si le iba a ser posible.

Nick la cogió por la barbilla obligándola a mirarle.

- Si soy tan guapo como dices, ¿por qué no me miras?

-Ha sido una tontería de mi parte decirte eso -se disculpó Lauren-, y además...

-Más que una tontería, a mí me parece una tremenda exageración, pero me ha gustado; para qué te lo voy a negar. Y por si te interesa, nadie me la había dicho antes. Ahora vamos a comer algo, ¿te parece?

Mientras se dirigían a la gran carpa donde los camareros servían canapés fríos y calientes, alguien llamó a Nick por su nombre, pero él fingió no haberlo oído.

- Es una pena, Lauren, pero aunque lo que más me apetece es estar solo contigo, no voy a tener más remedio que entablar conversación con la gente. Como comprenderás, no voy a seguir haciéndome el sordo y el ciego.

- Comprendo. Como tú trabajas para ellos, creen que tienen derechos sobre ti, ¿no? Nick arrugó el gesto, asombrado.

- ¿Por qué has llegado a la conclusión de que trabajo para ellos?

- Es que escuché por casualidad que Bebe Leonardos le decía a alguien que su marido ha venido expresamente desde Roma para hablar contigo de la construcción de una cadena internacional de hoteles.

Nick miró a su alrededor con verdadera angustia.

-Pues te aseguro que yo he venido aquí porque llevo dos meses matándome a trabajar y necesitaba un poco de paz.

-Pues si no quieres hablar de negocios con nadie, no lo hagas.

- Sí, pero lo malo es que cuando una persona ha recorrido miles de kilómetros para verte es difícil decirle que no. Y si no me equivoco -añadió echando una mirada a los invitados-, hay aquí por lo menos cuatro o cinco personas que han venido con el mismo propósito.

Lauren sonrió maliciosamente.

-Déjamelos a mí. Yo los entretendré.

- ¿Ah, sí? ¿Te importa decirme cómo?

Lauren le dirigió una larga mirada insinuante.

-Muy fácil. En el momento en que alguno empiece a hablarte de negocios, yo entraré en acción y pretenderé distraerte con algún pretexto tonto.

Nick la miró fijamente a los labios.

-No va a ser nada difícil... Tú siempre me distraes.

Y durante las tres horas siguientes, Lauren cumplió fielmente su promesa, salvando a Nick de más de una docena de enojosas conversaciones con sutiles tácticas dignas del mismo Napoleón. En cuanto la discusión amenazaba con alargarse y ponerse seria, Lauren cortaba por lo sano para recordarle que le había prometido servirle una copa, llevarla a dar un paseo o enseñarle el muelle... lo primero que se le ocurriera en el momento.

Nick la dejaba hacer entre admirado y divertido, y no la soltaba ni un momento. Pero a medida que avanzaba la noche el alcohol corría, el volumen de las conversaciones aumentaba, las risas se hacían más escandalosas, las bromas más atrevidas... y los hombres interesados en negocios, más persistentes.

- ¿Es verdad que te ha dado un calambre y necesitabas andar? -preguntó Nick, que a duras penas había podido contener la risa ante tan disparatada excusa.

Acababan de abandonar apresuradamente a un invitado que pretendía que Nick le contase en un momento todo lo que sabía acerca de cierta compañía petrolera de Oklahoma. Lauren estaba terminando su tercera copa de una bebida que se parecía mucho, en el color y la consistencia, al batido de chocolate, pero cuyos efectos eran mucho más fuertes de lo que ella había imaginado.

- ¡Qué va! Tengo las piernas perfectamente -exclamó alegremente.

En aquel momento, pasaban junto a un campo de tenis, donde dos parejas jugaban dando grandes gritos. Una de las mujeres, concretamente una conocida actriz, se había quitado la falda y lucía sin ningún pudor sus bragas de encaje negro.

Nick le quitó a Lauren el vaso vacío de la mano, y lo dejó en una mesa, junto al suyo.

- ¿Quieres que vayamos a la playa?

En unos de los yates se celebraba una fiesta. Desde la playa, Lauren y Nick escucharon la música y las risas, y contemplaron en silencio la estela que dejaba la luna en la superficie del lago.

- ¿Bailamos? -preguntó Nick.

Lauren apoyó la mejilla en su pecho y se dejó llevar por sus brazos cálidos y por el ritmo de la música, que parecía envolverla y alejarla de la realidad...

De pronto, se le vino a la mente la actriz francesa que acababa de ver.

-Yo en su lugar, para jugar al tenis, me habría dejado la falda puesta y me habría

quitado los zapatos de tacón. ¿A que no sabes por qué?

- ¿Para jugar mejor, quizás? -murmuró Nick, apartándole el sedoso mechón de pelo que caía sobre su sien.

-No, nunca he sabido jugar al tenis -dijo Lauren, alzando los ojos hacia él-. Me dejaría la falda por modestia o... quién sabe, quizás porque no soy ni modesta ni reprimida. Lo que soy es el confuso producto de una sociedad puritana y una educación liberal. Lo que equivale a decir que soy muy estricta con lo que yo hago, pero que me parece muy bien que cada cual haga lo que quiera. ¿Tú crees que tiene sentido?

- Oye, Lauren, ¿por casualidad te estás empezando a sentir borracha?

-No sé, no estoy segura.

Lauren echó la cabeza hacia atrás e inmediatamente, toda la atención de Nick se centró en su boca. Fue cuestión de segundos: cuando quiso darse cuenta, Lauren sintió aquellos labios en los suyos y no supo más... se sintió de pronto arrastrada como en un remolino, directamente al centro de la oscuridad, poseída por un sinfín de sensaciones provocadas por la caricia húmeda de los labios de Nick. El hundió la mano en sus cabellos, junto a su nuca; entonces Lauren abrió la boca y recibió la caricia húmeda de su lengua en su interior, mientras notaba contra su cuerpo el cuerpo rígido y excitado de Nick. Se abrazaron con todas sus fuerzas, temblando de pasión y de placer.

Después de una eternidad, Nick dejo su boca y la besó en la mejilla.

-Desde luego, no besas como una puritana -susurró roncamente, y después volvió a besarla.

Su beso fue aflojándose hasta llegar al final. Lauren apoyó la frente contra su pecho, respirando agitadamente, temerosa de pronto al darse cuenta de que se hundía en el camino sin retorno del deseo.

- Lauren, vayamos a casa...

-Nick, yo...

Nick deslizó las manos por sus brazos, y finalmente la sujetó con firmeza por los hombros, apartándola de sí.

-Mírame -dijo suavemente, y cuando ella alzó sus asustados ojos azules hacia él, añadió-: Lauren, te deseo.

-Ya lo sé -susurró Lauren estremeciéndose-. Y me alegro.

Nick alargó la mano y le acarició la mejilla con una sonrisa.

- ¿Y qué más...?

Lauren que no podía dejar de mirarle a los ojos, tragó saliva.

- Qué yo también te deseo.

-Pues entonces, ¿qué hacemos aquí?

- ¡Eh, Nick! -exclamó una voz jovial desde atrás-. ¿Eres tú?

Lauren retrocedió, soltándose de su abrazo, asustada como una niña cogida en falta. Pero Nick la volvió a coger, y gritó al desconocido:

- ¡Sinclair se ha marchado hace más de una hora!

- ¿Qué se ha marchado? -preguntó el otro, invisible en la oscuridad del jardín-. ¿Y por qué?

- ¡Vaya usted a saber! Probablemente tendría cosas mejores que hacer.

-Ya veo, ya -gritó el individuo entre carcajadas.

El hombre había reconocido a Nick, era evidente, pero en lugar de darse por enterado de la indirecta y marcharse, se aproximó a ellos sin ningún rubor y con una amplia sonrisa. Al distinguirle entre las sombras, Lauren pensó que aquel individuo torpón y desaliñado se asemejaba a un oso de peluche con su americana arrugada, la camisa desabrochada y la corbata de cualquier manera. Tenía un aspecto... adorable, al menos así pensó Lauren, mientras Nick se lo presentaba.

- Lauren, te presento al señor Numbers.

- ¿Cómo está usted, señor Numbers?

-No puedo quejarme, jovencita -replicó él con una afable sonrisa, y luego, volviéndose a Nick, le explicó-: No puedes ni imaginarte la partida de blackjack que están jugando en el yate de Middleton. Bebe Leonardos acaba de perder veinticinco mil dólares. Tracy Middleton no baja sus apuestas de tres mil y George lleva dos manos seguidas con dobles parejas... lo cual, según las leyes de probabilidades es algo prácticamente imposible...

Lauren apoyó la cabeza en el pecho de Nick, buscando su calor, mientras fingía escuchar el relato de Dave Numbers. Además de frío, empezaba a sentir sueño, pues las caricias de Nick en su espalda tenían un efecto sedante... Bostezó una vez, y luego otra, y al final se le cerraron los ojos.

-Me parece que estoy aburriendo a tu joven acompañante, Nick -dijo Numbers en tono contrito.

Lauren se enderezó e intentó esbozar una sonrisa, que no pasó de una mueca somnolienta. -Yo creo que ya es hora de que Lauren se vaya a la cama -dijo Nick, contemplándola di-vertido.

Numbers le guiñó un ojo, y echo a andar hacia la casa, no sin antes decirle:

- ¡Qué suerte tienes, maldito!

Nick volvió a envolverla entre sus brazos y, acercando la boca a su oído, murmuró:

- ¿Tú crees que tengo suerte, Lauren?

Lauren se acurrucó contra su pecho.

- ¿Qué si tienes qué...?

- Que si voy a tener suerte esta noche.

-No.

-Ya me parecía a mí -rió él, sacudiéndola suavemente-. Anda, vámonos. Ya estás me-dio dormida.

Y cogiéndola por la cintura, la condujo hacia la casa.

-Me gusta el señor Numbers -susurró Lauren.

- Su nombre de verdad es Mason. Numbers es una especie de mote.

-Pues es muy simpático y agradable -insistió Lauren con voz somnolienta.

Cuando llegaron junto a la casa, la fiesta se hallaba en su mayor apogeo, a pesar de lo avanzado de la hora.

-¿Es que esta gente no piensa dormir? -preguntó Lauren cuando entraron en el interior de la casa, donde había un gran alboroto de risas y voces.

-Pues no, no creo que duerman, si son capaces de aguantar.

Nick preguntó a un criado por la habitación que le había sido asignada a Lauren, y después la ayudó a subir por la escalera.

-Yo me quedaré en la Cueva esta noche, y mañana pasaremos el día allí, los dos solos. Las llaves de tu coche las tiene el mayordomo. Mañana, en cuanto te levantes, coge la carretera en dirección norte, y, cuatro kilómetros después, tuerces a la izquierda. La Cueva está al final del camino; no tiene pérdida, porque es la única casa de la zona. Te espero allí a las once.

Lauren escuchó las arrogantes palabras, que más bien parecían ordenes, entre divertida y molesta.

-¿No deberías preguntarme si estoy dispuesta a ir allí para estar sola contigo?

-No te lo preguntó porque sé que quieres. De todas maneras, si cambias de opinión, sólo tienes que girar hacia el sur y coger la autopista de Missouri. Nos veremos a las once -añadió después de darle un largo beso.

Cuando se hubo marchado, Lauren se dejó caer en la cama sonriendo, preguntándose cómo un hombre podía ser tan arrogante, presumido y al mismo tiempo maravilloso.

Nick jugaba al juego del deseo, pero Lauren quería ganarse antes su cariño; ganarle a él. Y para ser considerada «especial» por Nick, tenía que ser diferente a las mujeres que él conocía... Por ejemplo, estaba seguro de que ella iba a ir a la Cueva, y un poco de incertidumbre a ese respecto le haría bajarse de su pedestal de «controlo y mando», y a ella la

ayudaría a salirse con la suya. Lauren decidió que llegaría tarde; lo suficiente para que él pensara que se había marchado. Las once y media era una hora perfecta, sí.

Lauren se quedó dormida con la almohada entre los brazos, feliz y segura, con la certeza de haber encontrado al hombre de sus sueños.

Capítulo 5

Lauren pidió las llaves al mayordomo a las once y veinte, pero cuando llegó a su coche, se encontró con la desagradable sorpresa de que éste se encontraba bloqueado por otros seis vehículos, por lo menos. Cuando después de conseguir localizar a los propietarios, éstos retiraron los coches, eran ya las doce menos cuarto, y Lauren no podía más con sus nervios. Por fin, se puso en camino, temiendo que Nick no la hubiera esperado.

Cuando llegó al final del camino que él le indicara, pudo ver una gran casa de fachada acristalada en forma de «ele»; una típica residencia veraniega de las que abundaban en la costa del Pacifico.

Lauren salió a toda prisa del coche y subió corriendo por la escalera de la entrada, hasta la puerta. Apretó el timbre; esperó, nada. Volvió a apretarlo; esperó un rato más largo, nada tampoco. La tercera vez, sabía ya con seguridad que no había nadie dentro para abrirle. Lauren miró triste-mente al jardín de césped que se extendía a sus pies. Ni siquiera cabía la esperanza de una puerta trasera, pues la casa terminaba en el mismo precipicio que descendía hasta el lago.

No quedaba más que pensar que Nick no la había esperado, creyendo, por su tardanza, que había optado por marcharse a Missouri. El no tenía el coche allí, así que lo más probable era que se hubiera marchado a algún lugar con el dueño de aquella casa.

Lauren echó a andar por el sendero que conducía a la salida, desolada y con ganas de llorar. No podía quedarse allí sentada esperando que Nick acudiera a dormir aquella noche, y tampoco podía volver a casa de los Middleton sin él, pues ella no era más que su acompañante. Se sentía como una tonta por haber intentado hacerle una jugarreta a un hombre que era un maestro en semejantes menesteres. Por pasarse de lista iba a tener que pasarse aquel día en la carretera, de vuelta a Missouri, en vez de disfrutar de unas horas maravillosas con Nick.

Cuando se disponía a entrar en el coche, oyó un extraño ruido metálico a su izquierda y, al volver la cabeza, vio que había unas escalinatas excavadas en la roca que descendían hasta la playa por ese lado. Con el corazón palpitante, inició el descenso sospechando que allí había alguien.

Se detuvo en el último escalón; paralizada por la emoción y la alegría; ante sus ojos se erguía la figura alta y ágil de Nick, vestido únicamente con unos pantalones blancos de tenis, luciendo al sol su hermosa piel bronceada y su cuerpo musculoso. Se encontraba muy ocupado arreglando el motor de una pequeña lancha sobre la arena, de espaldas a ella.

En un momento determinado, consultó su reloj de pulsera y luego miró con evidente impaciencia a su derecha. Lauren siguió su mirada y quedó conmovida por lo que allí vio. Nick había ex-tendido dos mantas sobre la arena, bajo una sombrilla, y un poco más allá, un mantel preparado con cestas de picnic que tenían el aspecto de estar repletas de comida.

Lauren, con una sonrisa, avanzó hacia él.

- ¡Hola! -gritó alegremente.

Nick, que en aquel momento se encontraba agachado manipulando una llave inglesa, le dirigió una mirada fría e impenetrable.

- ¿Creías que ya no iba a venir? -preguntó Lauren en tono inocente.

Nick sonrió con sarcasmo.

-Ah, ¿es que no era eso lo que querías hacerme creer?

Aquello no era una pregunta, sino una acusación en frío. El primer impulso de Lauren

fue negarlo, pero terminó por asentir con la cabeza sin poder contener una sonrisa.

-Exactamente -admitió, satisfecha al ver que el enfado de Nick desaparecía, sustituido por una mirada de interés-. Dime, ¿te daba pena que me hubiera marchado así, sin despedirme? -Muchísima pena. Oye, Lauren -añadió, poniéndose de pie y avanzando hacia ella. Lauren retrocedió un paso.

- ¿Sí?

- ¿Te apetece comer algo antes?

- ¿Antes? -repitió Lauren en un susurro-. ¿Antes de qué?

-Antes de ponernos a navegar.

- ¡Vaya! -exclamó Lauren, rompiendo a reír a carcajadas-. Sí, gracias, comeré algo. Me encanta navegar.

Aquel día resultó ser uno de los más felices de la existencia de Lauren. Llevaban dos horas navegando y durante ese tiempo se había establecido entre ellos una agradable camaradería. Habían charlado y reído hasta la saciedad, y en aquel momento descansaban en silencio. Lauren contemplaba el puro cielo azul, surcado por algunas nubecillas blancas. Nick, sentado en la proa, la miró sonriente y ella le devolvió la sonrisa. Luego, volvió la cara al cielo, consciente de que los escrutadores ojos grises de Nick no se separaban de ella.

-Podríamos echar aquí el ancla para tomar el sol y pescar un poco. ¿Te apetece?

- preguntó Nick.

- Sí, estupendo.

-Con un poco de suerte, podremos pescar algo de pescado azul para la cena -comentó Nick, sacando dos cañas de pescar-. También hay unos salmones estupendos en el lago, pero para capturarlos necesitaríamos cañas especiales, y además, es muy complicado.

Lauren había ido a pescar muchas veces con su padre por los ríos y arroyuelos de Missouri, pero nunca lo había hecho desde una embarcación. No tenía ni idea, por tanto, de cómo era aquella caña especial ni las complicadas maniobras que habría que hacer con ella, pero estaba dispuesta a averiguarlo, pues si al hombre del que estaba enamorada le gustaba la pesca, a ella también.

- ¡Ha picado uno! -exclamó Nick media hora después, tirando del sedal.

Lauren dejó caer su caña y corrió hacia él excitadísima, dándole órdenes a gritos.

- ¡Mantén la caña arriba y el sedal tenso! ¡No dejes que se afloje! Ahora será mejor que sueltes un poco el sedal.

-Eres un poco mandona, ¿no te parece? -exclamó Nick con una sonrisa y tirando con fuerza-. Bueno, ¿qué te parece? -exclamó con orgullo casi infantil señalando el hermoso pez que se retorcía en el extremo del anzuelo.

Al ver su sonrisa ilusionada y sus ojos brillantes, Lauren sintió que el amor que Nick despertaba en ella crecía y le oprimía el pecho con una emoción desconocida.

-Es un pez grandísimo -dijo.

Y en aquel momento, aparentemente sin importancia, Lauren tomó una decisión inquebrantable. Aquel hombre era ya dueño de su corazón; era justo que aquella misma noche tomara posesión de su cuerpo.

La luz del sol iba adquiriendo una tonalidad rojiza sobre las aguas cuando Nick desplegó la vela, levó el ancla y puso rumbo a la Cueva. Sentado en la proa, contemplaba a Lauren con atención.

- ¿En que estás pensando? -le preguntó de repente.

Lauren dudó un momento antes de contestar.

-Pensaba que apenas te conozco; sé muy poco acerca de ti.

- ¿Y que te gustaría saber?

-Bueno, para empezar, cuéntame de qué conoces a Tracy Middleton y a toda esa gente de la fiesta.

Tracy y yo crecimos en el mismo barrio; vivíamos en casas vecinas, cerca de donde está el restaurante de Tony.

Lauren le escuchó asombrada; aquel barrio no era ni muchísimo menos de los mejores de Detroit, sino más bien humilde. Nick sonrió adivinando sus pensamientos.

- Tracy se casó con Gerald, que le doblaba la edad, para escapar del ambiente en que habíamos crecido.

Lauren decidió que aquel era el momento preciso para abordar una cuestión que a ella le interesaba y que Nick parecía querer evitar a toda costa.

-Nick, me contaste que tu padre había muerto y que a ti te criaron tus abuelos, pero dime; ¿qué pasó con tu madre?

-Nada especial. Volvió a casa de sus padres el día después del entierro de mi padre.

Lauren se sintió intrigada por la aparente indiferencia con que Nick se refería a aquel par-

ticular. No por curiosidad, sino por auténtico interés por comprenderle, Lauren insistió:

- Qué extraño, ¿tu madre no te llevó con ella?

Nick le explicó un poco incómodo:

-Verás; mi madre era una jovencita rica y mimada que vivía en una de las grandes mansiones de Grosse Pointe. Un buen día, mi padre fue allí para arreglar algo de la instalación eléctrica y ella se enamoró perdidamente de él. Un par de meses después, dejó plantado al hijo de papá que era su novio y se casó con mi padre, que no tenía ni un mal penique. Por lo que sé; ella tardó muy

poco en arrepentirse, pues mi padre quería que vivieran exclusivamente de lo que él ganaba trabajando, y ella le odiaba por ello. Incluso después, cuando su negocio empezó a progresar, mi madre seguía despreciándole a él y a su medio de vida.

-Entonces, ¿por qué no se separaron?

-No sé. Mi abuelo decía que en un determinado aspecto, y solamente por eso, mi madre estaba loca por mi padre.

- ¿Te pareces tú a tu padre? -preguntó entonces Lauren impulsivamente.

-Dicen que somos como dos gotas de agua. ¿Por qué me lo preguntas?

-No, por nada. Continúa con tu historia, por favor.

-No hay mucho más que contar. Después del entierro, mi madre declaró su intención de olvidar la vida de estrecheces que había llevado hasta entonces y se fue a vivir de nuevo con sus padres, a Grosse Pointe. Al parecer, a mí también quería olvidarme, porque me dejó con mis abuelos. Tres meses más tarde, se casó con su antiguo novio y pasado un año tuvo un hijo... mi hermano.

-Pero iría a verte de vez en cuando, ¿no?

-No.

La idea de una madre que abandonaba impunemente a su hijo resultaba terrorífica para Lauren.

- ¿Entonces, no volviste a verla nunca?

- Sí, la veía de vez en cuando, pero siempre por accidente. Una noche paró su coche en la gasolinera donde yo trabajaba.

- ¿Y qué te dijo?

-Me dijo que le revisara el aceite -respondió Nick sin inmutarse.

- ¿Y nada más?

-No... Bueno, sí, también me dijo que comprobara cómo andaban las ruedas de aire. Aquello era increíble y más increíble aún que Nick se lo relatase con aquella tranquilidad. A

Lauren se le llenaron los ojos de lágrimas, pero intentó disimularlo levantando la vista y haciéndose

pantalla con la mano, como si estuviera contemplando la luna.

- ¿Lauren?

- ¿Sí?

Nick se inclinó hacia ella y la cogió por la barbilla.

- ¡Estás llorando! -exclamó, mirando sus ojos brillantes de lágrimas con incredulidad.

- ¡Bah, no hagas caso! También lloro muchas veces en el cine.

Nick se echó a reír y la hizo sentarse en su regazo, mientras Lauren le rodeaba con ambos brazos y le acariciaba con sentimiento maternal.

-Me imagino -le dijo con voz trémula-, que entonces tu hermano tendría un montón de cosas con las que tú ni siquiera te atrevías a soñar.

Nick le hizo volver la cara y la miró a los ojos con una sonrisa.

-Mira, Lauren, tuve unos abuelos maravillosos y te aseguro que lo ocurrido con mi madre no me ha dejado ningún trauma.

- ¡Claro! Es lógico, ¿no? ¿A quién le importa que su madre le abandone y que vuelque todas sus atenciones en otro hijo?

-Vamos, déjalo -le interrumpió Nick en tono burlón-. Vas a hacerme llorar.

-Yo lloraba por el niño de entonces, no por el hombre de ahora -aclaro Lauren muy seria-. A pesar de aquello, o quizás gracias a ello, ahora eres una persona fuerte e independiente.

Quizás tu hermano sea el más digno de compasión.

Nick se echo a reír.

- Tienes mucha razón... mi hermano es un asno.

Lauren siguió con su reflexión sin hacer caso de su comentario irónico.

-Lo que yo quería decirte es que tú has alcanzado el éxito por tus propios medios, sin la ayuda de una familia rica. Por eso tú eres más... grande que tu hermano.

- ¡Anda! ¿Será por eso? Yo creía que era cuestión de los genes. Mi padre y mi abuelo eran muy altos...

- ¡Nick, estoy intentando hablarte en serio!

-Perdona.

- Cuando eras un niño, soñarías con llegar algún día a ser tan rico como el marido de tu madre y tu hermano, ¿verdad?

-No. Quería ser más rico.

-Y entonces fuiste a la universidad y estudiaste ingeniería. ¿Y después qué hiciste?

- Quería iniciar un negocio propio, pero no tenía dinero suficiente.

- Qué pena -suspiró Lauren.

-Bueno, ya sabes bastante de la historia de mi vida -concluyó Nick-. Ya estamos llegando a la playa.

La cena se desarrolló placenteramente en la terraza que dominaba el acantilado, a la luz de las velas.

-No te molestes -dijo Nick cuando Lauren se levantó con la intención de recoger la mesa-. La asistenta se ocupara de eso mañana por la mañana.

Acto seguido, sirvió dos copas de licor, le tendió una a ella, y la contempló recostado en su asiento.

Lauren giró la copa entre sus dedos, tratando de disimular su nerviosismo. De pronto, la atmósfera se había vuelto tensa, después de satisfacer su apetito, Nick se disponía a satisfacer sus deseos sexuales; se le notaba en la mirada y en la sonrisa.

Lauren bebió de su copa, pensando que de un momento a otro, Nick se iba a levantar y la iba a llevar al interior de la casa. Le observó mientras se encendía el cigarro con una mezcla de miedo y de impaciencia. Los segundos pasaban; y ella sentía escalofríos.

- ¿Tienes frío? -preguntó Nick en voz baja.

Lauren negó enérgicamente con la cabeza, temerosa de que aprovechara aquella excusa

para hacerla entrar.

-No. Aquí fuera se está muy bien. Podemos quedarnos un rato más.

Al cabo de unos minutos, Nick apagó el cigarrillo y retiró su silla de la mesa. Pero Lauren se anticipó a lo que pudiera ocurrir, con el corazón palpitante.

- ¿Me pones un poco más de licor? -pidió, acercándole la copa.

Nick pareció sorprenderse un poco al principio, pero enseguida volvió a llenar las dos copas y se sentó, mirándola sin ningún disimulo. Mientras tanto, Lauren, que estaba demasiado nerviosa como para devolverle la mirada o soportarla siquiera, esbozó una sonrisa trémula y se acercó a la barandilla de la terraza. Desde allí, por encima de la superficie del lago, se distinguía una, multitud de luces parpadeantes en las colinas.

Nick se acercó a ella por detrás.

- Tienes frío -murmuró, abrazándola por la cintura-. ¿Así estás mejor? Pero, ¿por qué tiemblas? Ven, vamos adentro -añadió llevándola hacia la puerta.

Lauren estaba tan nerviosa que hasta que no se encontró en el dormitorio no se dio cuenta de que la puerta aquella no era la que daba al salón. Se quedó allí, quieta, con la mirada fija en la amplia cama de matrimonio, y cuando sintió el chasquido de la cristalera corredera que Nick acababa de cerrar, sintió un sobresalto.

Acto seguido, Nick la abrazó por detrás y, apartándole el pelo, recorrió su cuello suavemente con los labios, mientras ella respiraba agitadamente. No tardó en sentir la mano que tenía en la cintura deslizarse hacia arriba, con movimientos lentos e insinuantes.

-Nick... todavía no estoy cansada.

-Bien -susurró él, acercando los labios a su oído-. No pienso dejarte dormir todavía.

-Lo que quiero decir es -balbució Lauren mientras Nick introducía la lengua en su oreja-. Lo que quiero decir es que no quiero acostarme todavía.

Pero aquellas caricias la dejaban sin fuerzas, y se abandonó, reclinándose en su pecho, notando la clara evidencia de su excitación viril.

-Lauren, te he esperado ya una eternidad... por favor, no retrases más el momento.

Al oírle, las dudas de Lauren se desvanecieron, pues aquellas palabras eran prueba de los profundos sentimientos de Nick con respecto a ella. Por eso no hizo nada para impedir que Nick deslizase sus manos por debajo de su camisa, pero cuando la despojo de ella y la hizo volverse entre sus brazos, el corazón parecía querer salírsele del pecho.

-Mírame -susurró Nick, tomando su cabeza entre las manos-. Esto vamos a hacerlo los dos juntos. Por favor, desabróchame la camisa.

A pesar de la confusión en que se encontraba, Lauren se dio cuenta de que Nick pretendía introducirla en los preliminares del acto amoroso, dando por hecho que habría tenido amantes jóvenes e inexpertos. Por fin, con los ojos bajos y las manos algo torpes, inició su tarea de desabrochar los botones, mientras Nick terminaba de desnudarla. Cuando Lauren acabó, sus manos, como movidas por una voluntad propia, le retiraron la camisa y acariciaron ávidamente su pecho fuerte. Nick era maravilloso, y en aquel momento era suyo; sólo suyo.

Introdujo los dedos entre su vello negro y se inclinó, besándole suavemente. Sintió que Nick se estremecía y que la obligaba a levantar la cabeza hacia él. Sus ojos grises ardían al mirarla.

Entonces la besó; trazando suavemente el contorno de sus labios al principio, y después, presa ya de una pasión incontrolable, se hizo dueño de su boca y buscó ávidamente el contacto de su lengua.

Lauren arqueó la espalda, dejándose llevar y participando a la vez con sus caricias. Cuando ambos estaban ya sin aliento, Nick alzó la cabeza y la miró con una expresión indescriptible. -¿Lauren, te deseo!

Dicho esto, se apoderó de su boca con un beso casi violento y la estrechó con todas sus fuer-zas, mientras Lauren gemía, sintiendo en su vientre la señal inequívoca de su virilidad.

De pronto todo lo que había a su alrededor desapareció cuando Nick la levantó en sus brazos sin dejar de besarla y la condujo a la cama. Una vez allí se despojó rápidamente del

resto de su ropa y Lauren pudo admirar su bien formado cuerpo. Nick se tumbó sobre ella y tocó sus pechos hasta que sus rosados pezones se endurecieron bajo sus caricias, y entonces los besó con delicadeza exquisita, dejando en ellos un rastro húmedo. Después, las caricias de Nick se multiplicaron, excitándola y atormentándola. Lauren se retorcía y gemía, presa de sus manos, y el deseo que la invadía por dentro iba haciéndose cada vez más apremiante.

Cuando sintió a Nick moverse sobre ella, le acometió un deseo salvaje, desconocido hasta entonces, de aceptarle en su interior. Pero cuando Nick le separó las rodillas con las suyas, Lauren sintió miedo.

-Nick, espera. Yo...

-Ahora, Lauren... -susurró él.

Cedió, abrazándole y alzando las caderas hacia él. Nick se hundió en su valle húmedo lentamente, produciéndole sólo un momento insignificante de dolor que quedó olvidado cuando empezó a moverse en su interior con una lentitud que la atormentaba.

-Los días que he esperado para tenerte me han parecido una eternidad -susurró Nick.

Poco a poco, sus movimientos fueron aumentando en fuerza y en intensidad, y Lauren sintió que su excitación alcanzaba el máximo posible, y al rebasarlo estallaba en oleadas de placer y de éxtasis. Casi al mismo tiempo, Nick la abrazó con fuerza y se unió a ella en la relajación absoluta de placer.

Poco a poco, Lauren se fue recobrando de aquel estado de inconsciencia en que había que-dado sumida feliz y satisfecha, y sintió el calor del cuerpo de Nick junto al suyo, y la presión de su mano en el vientre. Pero cuando se puso a pensar, una extraña inquietud se apoderó de ella, y en un

momento la magia se vino abajo, hecho pedazos, y surgió la realidad... Nick le había dicho que los días de espera le habían parecido una eternidad. Entonces, no era que la hubiera esperado una eternidad a ella, como había pensado en un principio. Había sido una tonta al creer que ella era especial para él, pero, sin embargo, sus sentimientos para con Nick eran los mismos.

En cualquier caso, no sabía si Nick había advertido que era virgen, ni podía prever su reacción. Quizás le preguntaría por qué había querido hacer el amor con él y entonces, ella no podría decirle la verdad... Porque la verdad era que le amaba, y que quería que él la amase a ella de la misma manera.

Cuando abrió los ojos, vio a Nick incorporado y mirándola de una manera muy especial, con cierto asombro y confusión. Era evidente que lo había notado, y, a juzgar por su expresión, pretendía hablar de ello. Lauren se propuso evitarlo a toda costa.

Sin atreverse a mirarle, se sentó en la cama, de espaldas a él, cogió su camisa del suelo y se la puso.

-Me apetece un café -dijo con voz vacilante-. Voy a prepararlo.

-Muy bien.

Se puso de pie, y no pudo evitar sonrojarse cuando Nick paseó su insistente mirada por su cuerpo, apenas cubierto por la camisa.

- ¿Te importa que me ponga tu camisa? -preguntó Lauren con voz trémula mientras terminaba de abrochársela.

-No me importa en absoluto, Lauren -respondió él con una sonrisa burlona y desconcertante.

- ¿Cómo te gusta?

-Me encanta tal y como lo hemos hecho.

Lauren se sonrojó vivamente.

-No, no digas eso. Te pregunto que cómo te gusta el café.

- Sólo.

-Entonces... ¿te pongo una taza?

- Sí, gracias.

Lauren salió del dormitorio rápidamente, y cuando llegó a la cocina, tenía los ojos

llenos de lágrimas. Nick se estaba riendo de ella, descaradamente. Nunca se había imaginado que reaccionaría así.

Al cabo de un rato, se oyó un rumor de pasos y Nick entró en la cocina. Lauren, para disimular su turbación, intentó iniciar una conversación intrascendente.

- ¿Por qué están los armarios tan vacíos? -preguntó mientras ponía el café en la cafetera eléctrica-. No hay nada de comida, aparte de lo que sobró de anoche.

-Porque la casa está en venta. Dime, Lauren -añadió, atrayéndola hacia sí por la cintura-, ¿por qué no me lo dijiste?

- ¿El qué?

- Sabes perfectamente a lo que me refiero.

Lauren desvió la mirada.

-La verdad es que se me olvidó.

-No me lo creo. Dime la verdad.

-Bueno, pues porque no surgió el tema, y además, yo creía que no ibas a darte cuenta.

- ¿Cómo iba a surgir el tema, Lauren? Hoy en día es muy extraño encontrar a una mujer de veintitrés años que sea virgen, y muchísimo menos una mujer tan guapa como tú. Y, por supuesto, lo noté.

-Pero antes... antes de que llegara el momento... ¿te habías dado cuenta?

-Mira, cuando supe que eras virgen, ya era demasiado tarde para los dos, y no se podía hacer nada. Debiste decírmelo en cuanto nos metimos en la cama.

-Y si te lo hubiera dicho... ¿no habrías hecho el amor conmigo?

Nick la abrazó con ternura.

- Sí, lo habría hecho de todas maneras, pero habría sido más suave contigo. Pero, ¿por qué no iba a querer hacer el amor contigo?

-No sé... -murmuró Lauren, sonrojándose-. Podrías tener ciertas reservas...

- ¿Por robarte algo que pertenece a tu futuro marido? No digas cosas ridículas. Tu marido no va a esperar que seas virgen; hoy en día los hombres no aprecian la virginidad como antes. Nosotros también nos vamos liberando, ¿sabes? Tú tienes las mismas apetencias que yo, Lauren, y es lógico que las satisfagas con quién quieras.

-Dime una cosa, Nick -preguntó Lauren, bajando los ojos-. ¿Alguna vez te ha importado de verdad alguna de las mujeres con las que has estado?

-Alguna, sí.

- ¿Y no te importaba que se acostara con otros hombres?

-No, en absoluto.

-Pues me parece que hace falta... sangre fría.

- Oye, oye, si estás empezando a pensar que soy un individuo frío, vamos a tener que vol-ver al dormitorio.

Lauren levantó sus empañados ojos azules hacia él.

- ¿Nick?

Nick contempló embelesado sus cabellos rubios, que caían por su espalda en desorden; sus labios sensuales y trémulos, sus senos que rozaban la piel de su pecho y sonrió.

- ¿Qué?

Pero la respuesta de Lauren quedó ahogada en un beso.

Poco después del amanecer, Lauren abrió los ojos y vio la cabeza oscura de Nick, reposando

junto a la suya en la almohada. Sonrió, enternecida y feliz, y volvió a dormirse. Cuando se despertó,

Nick acababa de dejar una taza de café en la mesilla y estaba sentado en la cama, contemplándola. -Buenos días -saludó Lauren-. ¿Te has vestido ya? ¿Pasa algo?

-Lauren, lo siento, pero vas a tener que marcharte cuanto antes. Esta mañana ha telefoneado un socio mío y va a venir dentro de una hora. Tenemos que reunirnos con un cliente.

Lauren se sintió terriblemente decepcionada, pero media hora más tarde, cuando Nick la

acompañó afuera a recoger el coche, su decepción se había convertido en un sentimiento de alarma. El amante cariñoso y apasionado de la noche anterior, había desaparecido, dejando paso a un Nick amistoso pero indiferente, como si en lugar de hacer el amor hubiera pasado la noche jugando al parchís. Quizás estuviera muy equivocada al esperar otra cosa, y aquella fuera la actitud normal en los hombres a la mañana siguiente.

En el momento de la despedida, Lauren esperaba que la cogiera en sus brazos y la besara, pero en lugar de ello, Nick se metió las manos en los bolsillos y le preguntó:

-Lauren, ¿tomaste alguna precaución anoche?

Lauren se sonrojó hasta las orejas y negó, aterrorizada. Ni se le había pasado por la imaginación que pudiera quedarse embarazada. Nick pareció irritado con su respuesta, pero no lo de-mostró abiertamente.

-En el caso de que te hayas quedado embarazada, házmelo saber. No tienes por qué pasarlo tú sola. ¿Me prometes que me lo dirás?

Lauren se sentía demasiado avergonzada como para hablar, asintió con un gesto y se metió en el coche sin decir palabra.

En el camino hacia Missouri Lauren reflexionó sobre aquella fría despedida. Había quedado muy claro que Nick no tenía ninguna intención de volver a verla, salvo en el caso de que se hubiera quedado embarazada...

Lauren, por primera vez en su vida, se sentía utilizada y desechada... No, no era posible que Nick la dejara así, que pretendiera olvidarla. Ella le amaba, y tenía la esperanza de que él hubiera empezado a quererla también. Quizás por eso mismo se había portado de una manera tan impersonal aquella mañana... Seguramente, cuando ella volviera a Detroit, la telefonearía. En una de sus conversaciones, Lauren le había informado que regresaría a Detroit al cabo de quince días, el viernes, y que durante ese tiempo iban a ponerle el teléfono a su nombre. El no tenía más que llamar a Información. Sí, estaba segura de que la llamaría.

Capítulo 6

El optimismo de Lauren se prolongó durante los ajetreados días que pasó empaquetando sus cosas. A medida que los días pasaban, su excitación iba en aumento, y cuando se despidió de su padre y su madrastra el jueves por la mañana, de la segunda semana, yo no cabía en sí de impaciencia.

Aquella misma noche llegó al elegante barrio de Bloomfield Hills donde se encontraba su nueva casa. Al principio, nada más verlo, le resulto muy difícil hacerse a la idea de que a partir de entonces tendría que vivir en un barrio tan lujoso formado por amplias calles bordeadas de árboles e impresionantes mansiones. Eran las diez en punto cuando detuvo el coche en la entrada de la urbanización de estilo colonial. Inmediatamente, se le acercó el conserje y, después de preguntarle su nombre, le dijo:

-El señor Whitworth ha llegado hará media hora. Coja usted ese camino; le encontrará al final. Usted es la nueva vecina, ¿verdad? Yo estoy aquí par ayudarla en todo lo que se le ofrezca.

Su casa, el número ciento setenta y cinco, resultó ser un chalecito de color blanco con un patio delantero. Junto a la entrada del garaje se encontraba el coche de Philip.

- ¿Y bien? ¿Qué te parece? -preguntó aquél, media hora más tarde, cuando había terminado de enseñarle el lujoso apartamento.

-Me encanta. Pero la ropa nueva que tu tía ha dejado en los armarios... ¿qué debo hacer con ella?

-A mi tía le chifla la ropa; es un auténtico vicio para ella -le explico Philip-. Creo que llamaré a alguna institución dedicada a la caridad y les pediré que vengan a llevársela.

Lauren abrió un armario y acarició un precioso vestido de terciopelo rojo. Mirando la etiqueta, descubrió que, además de sus mismos gustos, la tía de Philip usaba su misma talla.

-Philip, ¿seria posible que yo comprara parte de esta ropa? Me gusta mucho, y casi todo está sin estrenar.

Philip se encogió de hombros.

- Coge lo que quieras y regala lo demás; así me quitaré un problema.

-Pero estos vestidos son muy caros...

- Sé lo que cuestan -le interrumpió Philip bastante molesto- porque lo he pagado yo. Coge los que quieras... son tuyos. Antes de irme, te advertiré una cosa mi mujer no sabe que compré este piso para mi tía. Tiene ciertos reparos en mi familia, ¿sabes? Piensa que se aprovechan de mí. Por eso te ruego que no le digas nada.

Cuando se quedó sola en aquel apartamento, decorado con exquisito gusto y lleno de lujos y comodidades, incluidos los trajes que había en los armarios, Lauren lo comprendió todo... No, Philip no había comprado todo aquello para una tía suya, sino para una «amiga» que ya no estaba en su vida. Pronto decidió que aquel asunto no merecía más su consideración, pues no era cosa suya.

Lo que hizo a continuación fue buscar el teléfono. Afortunadamente, funcionaba; al día siguiente era viernes y Nick podía llamar.

A la mañana siguiente, muy temprano, Lauren se sentó a la mesa de la cocina y se puso a hacer la lista del mercado. Decidió incluir un par de cosas especiales para cuando Nick fuera a visitarla: una botella de whisky y otra de licor Grand Marnier. Antes de salir, miró al teléfono con cierto temor, pensando que quizás Nick no llamaría. Pero apartó rápidamente aquel pensamiento. Una cosa era segura: Nick la deseaba, y lo había demostrado de sobra en Harbor Springs, así que aunque sólo fuera movido por la atracción sexual, la llamaría.

Dos horas más tarde, volvió del supermercado con una bolsa repleta de cosas. El resto del día lo pasó probándose ropa, eligiendo la que se quedaba y la que necesitaba algún arreglo. Llegó la hora de dormir y Nick no había llamado, pero Lauren se fue a la cama plenamente tranquila, con-fiando en que lo haría al día siguiente.

El sábado se dedicó a deshacer las maletas, sin alejarse demasiado del teléfono. El domingo, se sentó en el porche, al sol, y elaboró pacientemente un plan de gastos que le permitiera mandar a su casa la mayor cantidad de dinero posible. En medio de los cálculos, recordó la gratificación de diez mil dólares que Philip le había prometido si llevaba a feliz término la labor de desenmascarar al supuesto espía... Aunque semejante acción la haría caer a ella tan bajo como a aquél.

El lunes por la mañana, encontró en una tienda una lana gris plateada, exactamente del color de los ojos de Nick. La compró y decidió hacer un jersey, que según se dijo ella, sería el regalo de Navidad para su hermano, aunque interiormente sabía que estaba dedicado a Nick.

El domingo por la noche, mientras preparaba la ropa para su primer día de trabajo, se decía a sí misma que Nick iba a llamarla al día siguiente, sin más tardanza. Sí, la telefonearía para desearla suerte en su primer día de trabajo.

-Dígame, ¿ha decidido abandonar? - le preguntó en tono jocoso su jefe, Jim Williams, al final de su primera jornada-. ¿O cree que será capaz de quedarse?

Lauren, sentada frente a él, con el cuaderno de notas repleto de dictados sobre la falda, se encontraba exhausta. El día había sido tan agotador que ni siquiera le quedó tiempo para entristecerse por el hecho de que Nick no la hubiera telefoneado.

-Lo que creo -dijo con una sonrisa-, es que trabajar con ustedes es como estar metido en el centro de un torbellino.

-La verdad es que al cabo de una hora de entrar usted por esa puerta, habíamos estado trabajando tan a gusto, que ya ni me acordaba de que fuese nueva.

Lauren sonrió halagada. Era cierto; se habían entendido a la perfección desde el

principio.

- ¿Y qué le parecen el resto de mis empleados? Todo el mundo comentó que tengo la secretaria más guapa de toda la empresa. Me he pasado el día contestando a las preguntas que me ha-cían sobre usted.

-Ah ¿sí? ¿Qué le preguntaban?

-Principalmente querían conocer su estado civil... si está casada, prometida o soltera y sin compromiso... ¿Está usted disponible, Lauren?

- ¿Disponible, para qué? -preguntó Lauren con la desagradable sensación de que se refería a la naturaleza de su relación con Nick. Decidió no contestar, y poniéndose de pie, añadió rápidamente-: ¿quiere que terminemos el dictado antes de marcharme?

-No. Podemos dejarlo para mañana por la mañana.

Mientras recogía las cosas de su escritorio, Lauren pensaba si las preguntas que le había dirigido Jim estaban dictadas por su interés personal, y no por la curiosidad de los empleados, como pretendía hacerle creer. Según le habían contado durante la comida, tres de las secretarias de Jim habían sucumbido a sus encantos, y después de salir con él, las tres habían sido trasladadas de sección.

Según los chismorreos que corrían por la oficina, Jim era un buen partido por su posición social y económica, pero a él no le gustaba en absoluto mezclar los placeres con los negocios. Aunque sin mucho entusiasmo, Lauren tenía que reconocer que era un individuo interesante y guapo... No había más que verle: alto, rubio y con sus bonitos ojos...

Echó una mirada al reloj y se apresuró, pensando que si Nick tenía intención de llamarla, lo haría aquella misma noche, para preguntar cómo se había desenvuelto en su primera jornada de trabajo. Pero si no telefoneaba, después de dos semanas y un día, seria señal inequívoca de que ya no pensaba llamarla y el simple pensamiento se le hacia insoportable.

Llegó a casa a toda prisa, se preparó un sándwich y se sentó a ver la televisión. A las nueve y media subió al cuarto de baño a ducharse, cuidando de dejar la puerta abierta para oír el teléfono. Nada.

A las diez en punto se metió en la cama. Nick ya no iba a llamar; nunca. Tardó bastante en dormirse, y cuando lo hizo, la almohada estaba empapada en lágrimas.

Al día siguiente, Lauren se encontraba en su trabajo con más buena voluntad que éxito, ya que cometió numerosas faltas al pasar a máquina unas cartas, no atendió debidamente a las llamadas telefónicas de Jim y traspapeló una carpeta muy importante. En el descanso de la comida, salió a pasear por los alrededores del edificio de Global Industries, esperando, contra toda esperanza, que Nick apareciera de pronto. Pero, naturalmente, sus deseos no se cumplieron y, lejos de mejorar, su estado de animo se ensombreció todavía más, pues de aquel modo acababa de consumir el poco orgullo que todavía le quedaba.

¡Y después, se habla tanto de la liberación sexual de las mujeres!, pensó con amargura, mientras se disponía a mecanografiar una carta aquella misma tarde. Por lo que a ella tocaba, no consideraba el sexo como un asunto intrascendente, pues era precisamente el hecho de haberse acostado con Nick lo que la hacia sentirse utilizada y rechazada.

- ¿Ha tenido un mal día? -le preguntó Jim. Dándole un informe que Lauren había repetido dos veces por culpa de los errores.

- Sí, y lo siento mucho. Pero le aseguro que no me ocurre a menudo.

-No se preocupe... todo el mundo se levanta con el pie izquierdo de vez en cuando. Tengo que llevar este informe a la oficina de control, que está en el edificio nuevo -añadió después de firmar al pie de la ultima página-. ¿Conoce ya los despachos que hemos instalado allí?

Lauren esbozó una sonrisa. El «edificio nuevo», como todo el mundo le llamaba, era el que albergaba Global Industries.

-No, no las conozco. Según tengo entendido, el lunes debemos trasladarnos allí, ¿no es verdad?

-Efectivamente. Aunque Sinco sea de la filiales más insignificantes y menos productivas de Global Industries, las oficinas que hemos construido en su edificio son verdaderamente impresionantes. Antes de marcharse, por favor, ¿puede enseñarle esto a Susan Brook, en relaciones públicas, y preguntarle si lo ha visto ya? En caso de que no, dígale que esa copia es para su archivo. Cuando vuelva, supongo que ya se habrá marchado. Qué pase buena noche.

Unos minutos después, Lauren se dirigía con actitud lánguida al departamento de relaciones públicas, saludando a su paso a los empleados, aunque sus sonrisas eran falsas, pues en su fuero

interno sólo pensaba en Nick. Por fin, llegó al despacho de Susan Brook, y, haciendo un esfuerzo para salir de su desolado ensimismamiento, le tendió la carpeta.

- Te traigo esto de parte de Jim; me pregunta si lo has visto. Si no, puedes quedarte con esta copia para tu archivo.

Susan sacó un recorte de periódico de la carpeta y lo ojeó.

-No, no lo había visto -dijo con una sonrisa, sacando una gran carpeta de periódicos y re-vistas y guardándolo dentro-. Me encanta mantener el archivo al día para él. ¡Qué hombre! Está buenísimo, ¿verdad?

Pero Lauren no escuchaba a Susan, pues su atención había sido captada por una portada de Newsday que logró entrever en el interior de la carpeta. En ella, la fotografía de un hombre moreno y de mirada penetrante la sacudió como un escalofrío.

- ¿Quieres verlo? -preguntó Susan amablemente-. Por mí no hay problema; puedes llevarte la carpeta a tu despacho y revolverla a placer.

-Gracias -respondió Lauren con un hilo de voz.

Cuando se vio sola en su despacho, con la carpeta abierta sobre su escritorio, las manos le temblaban. Trazó con un dedo las cejas de Nick, la boca que le sonreía desde la cubierta de la revista. J.NICHOLAS SINCLAIR, decían las grandes letras rojas. PRESIDENTE FUNDADOR DE GLOBAL INDUSTRIES. No, no podía creer aquello. Su mente se negaba a aceptarlo.

Lauren dejó el ejemplar de la revista a un lado y concentró su atención en el recorte de periódico que Jim acababa de darle. La fecha se remontaba dos semanas atrás, precisamente el mismo día en que Nick la había despedido de Harbor Springs, pretextando la inminente visita de un socio. El titular decía: LOS GAVILANES DE LAS FINANZAS Y SUS RESPECTIVAS PALOMAS SE REÚNEN DURANTE CINCO DÍAS EN HARBOR SPRINGS. En la página, fotografías y comentarios acerca de la fiesta, aunque una de las fotografías, colocada en el centro, destacaba sobre las demás. En ella se veía a Nick, en el porche de la casa de la Cueva, en actitud muy cariñosa junto a una mujer rubia que Lauren no había visto en la fiesta. El comentario a pie de foto decía así: «Arriba el industrial de Detroit, J. Nicholas Sinclair acompañado por su compañera de siempre, Ericka Moran, posando en el porche de la casa de la señorita Moran, en Harbor Springs».

Su compañera de siempre... La casa de la señorita Moran...

La pena atravesó el corazón de Lauren como un puñal. ¡Entonces Nick la había llevado a la casa de su novia y la había hecho el amor en la cama de su novia!

- ¡Dios mío! -susurró en voz alta, rompiendo a llorar.

Primero la había hecho el amor y después la había despedido apresuradamente, pues su novia, sin duda, habría decidido unirse al grupo en Harbor Springs.

Como si estuviera ansiosa por atormentarse sin necesidad. Lauren leyó la noticia al cabo de un rato y, después, el articulo de ocho paginas que Newsday dedicaba a Nick. Cuando hubo terminado, la revista cayó al suelo de entre sus manos.

Ahora comprendía el odio que Bebe Leonardos profesaba a Nick. Según Newsday, Nick y Bebe habían tenido un apasionado romance que duró hasta que Nick la dejó a ella por una

actriz francesa... la misma que jugaba al tenis medio desnuda en la fiesta de Harbor Springs.

Lauren continuó leyendo sin poder contener más la risa histérica. Mientras ella viajaba hacia Missouri, Nick había estado haciendo el amor con su novia, y durante el fin de semana, mientras ella le hacia el jersey y sin apartarse un momento del teléfono, había acudido con Ericka a un baile benéfico en Palms Springs.

Vencida por la tristeza y el sentimiento de humillación, Lauren rompió a llorar con todas sus fuerzas, la cabeza recostada en la mesa. Lloraba por su propia estupidez y por la cantidad de sueños e ilusiones que había construido y que ahora veía caer hechos pedazos; pero también lloraba de vergüenza, por haberse dejado seducir por un hombre de quién ni siquiera conocía el nombre. ¡Y me-nos mal que, por pura suerte, no se había quedado embarazada, porque en ese caso, ya hubiera sido el colmo!

Al recordar la triste historia de su niñez, abandonado por su madre, lloró con más fuerza; ¡Lastima que no le hubiera estrangulado a tiempo!

De pronto, oyó una voz a través de sus hipidos.

- ¿Lauren? -preguntó Jim, acercándose-. ¿Qué te pasa?

Lauren alzó sus ojos húmedos de lágrimas.

-Yo creía... creía que era un modesto ingeniero que soñaba con montar un negocio propio algún día. ¡Y él dejó que lo creyera! ¡No me dijo la verdad!

Jim la miró con compasión infinita.

-Lauren...

-Dime... ¿puedo salir de aquí sin que nadie me vea? ¿Se ha marchado todo el mundo a casa?

- Sí, pero no puedes conducir en este estado. Yo te llevo a casa...

-No. ¡Estoy perfectamente bien! Puedo conducir.

- ¿Seguro?

Lauren empezó a tranquilizarse, y consiguió que su voz no temblara.

- Sí. Ha sido la impresión y la vergüenza, pero ya se me ha pasado.

Jim recogió la revista del suelo, la metió en la carpeta y se la dio a Lauren. Ella la cogió mecánicamente y se dirigió a su casa, donde paso tres horas leyendo todo el material, sin llorar, pues ya no le quedaban lágrimas.

Lauren aparcó su coche junto al cartel que rezaba: «reservado para los empleados de Sinco». El nombre Sinco tenía nuevo significado para ella después de lo que había averiguado la noche anterior: Sinclair Electronic Components. Según The Wall Street Journal la empresa fue fundada por Matthew Sinclair y su nieto Nick doce años atrás, en un garaje que ocupaba la parte trasera del edificio donde ahora se encontraba el restaurante de Tony.

Salió del coche con la carpeta en la mano. Ahora sabía que Nick había construido un imperio financiero que mantenía a flote gracias a los espías que introducía en las empresas de la competencia. Por lo visto, su ausencia de escrúpulos para los negocios se hacia extensiva a su vida personal.

Al entrar en la oficina, y recibir, como todos los días, el amable saludo de los empleados, se sintió culpable al pensar que ella iba a contribuir en la destrucción de la empresa en la que ellos trabajaban. Aunque no se trataba necesariamente de destruir la empresa, puesto que Sinco se mantendría en pie si era capaz de competir honradamente para obtener los contratos. En caso contrario, era preferible su desaparición a la ruina de sus competidores honrados, entre ellos la compañía de Philip Whitworth.

Antes de llegar a su despacho, se detuvo un momento, pensaba en Jim. ¿Sabría él que Sinco estaba pagando espías? Tal cosa le parecía imposible, pues Jim era demasiado íntegro para avenirse a semejante juego.

-Gracias por dejarme llevar la carpeta a casa -dijo nada más entrar.

Jim levantó la vista del informe que estaba leyendo y contempló su rostro pálido y

ojeroso.

- ¿Qué tal te encuentras hoy?

-Me siento avergonzada... y un poco tonta.

- ¿Te importaría decirme que te ha hecho Nick para que te pongas así? No hace falta que entres en detalles penosos, pero comprende que es difícil creer que lloraras de ese modo sólo por que habías averiguado que es rico y famoso.

-Yo creía que era un simple ingeniero... por eso hice algunas cosas de las que ahora me arrepiento. ¿Comprendes?

-Ya -repuso Jim-. ¿Qué vas a hacer ahora?

-Me concentraré plenamente en mi trabajo y procurare aprender todo lo que pueda.

-Pero... ¿qué vas a hacer cuando veas a Nick?

- ¡No pienso volver a verle!

Jim esbozó una sonrisa y le dijo con voz solemne:

-Lauren, el sábado próximo se celebra un cóctel en el restaurante giratorio del nuevo edificio de Global Industries. Acudirán todos los jefes directivos de nuestras compañías con sus secretarias. El propósito de la fiesta es reunirnos a todos para que nos vayamos conociendo antes de ocupar el mismo edificio. Tendrás la oportunidad de conocer a todas las secretarias con las que vas a trabajar, y también a sus jefes. Nick es el organizador... el anfitrión, digamos.

- Si no te importa, preferiría no acudir.

- Sí me importa.

Lauren se encontraba atrapada. Jim no era el tipo de jefe que permitiera que la vida personal de sus empleados interfiriese en su trabajo. Y tampoco podía permitirse el lujo de perder su trabajo de secretaria, pues eso significaba que ya no podría averiguar a quién pagaba Nick para espiar en la compañía de Philip Whitworth.

-Más tarde o más temprano, tendrás que encontrarte con Nick, Lauren -añadió Jim, en tono persuasivo-. Si le ves el sábado, será mejor, porque no te cogerá de sorpresa. Así que no se hable más, pasaré a recogerte a las siete y media.

Capítulo 7

Llegó el día y mientras contemplaba en el espejo de su cuarto el efecto del vestido de gasa color oro viejo sobre su esbelta figura, Lauren no podía, por más que lo intentaba, sentirse tranquila. La razón era que estaba apunto de encontrarse cara a cara con el hombre que la había seducido sin la menor contemplación, despidiéndola después con la promesa de que la ayudaría en caso de que se hubiera quedado embarazada; el multimillonario a quién había invitado a almorzar en un día aciago.

Después de abrocharse detrás del cuello la parte de arriba del vestido, que dejaba al descubierto sus hombros y su espalda, Lauren empezó a pensar en cómo se comportaría en la fiesta. Después de lo ocurrido, probablemente Nick esperaría encontrarla furiosa y entristecida, que era exacta-mente como estaba, pero estaba dispuesta a no demostrárselo. Por el contrario, le haría creer que el fin de semana en Harbor Springs para ella había significado, cómo para él, un aventurilla divertida y sin importancia. Bajo ningún concepto le trataría con frialdad, pues semejante actitud delataría sus verdaderos sentimientos. Lo más eficaz era la indiferencia y el tono amistoso, aunque el esfuerzo la destrozase.

Mientras meditaba estas cosas, Lauren buscaba infructuosamente los pendientes de su madre, que no aparecían por ninguna parte. No podía haberlos perdido, porque siempre los trataba con mucho cuidado, por ser el único recuerdo material que le quedaba de ella. De pronto, se hizo una luz en su mente: recordó que los había llevado puestos en la fiesta, y que después, en la Cueva, cuando estaban en la cama, Nick se los había quitado...

¡Los pendientes de su madre se habían quedado entre las sábanas revueltas de la cama

de la novia de Nick!

Lauren se apoyó con desaliento sobre la cómoda. Para aumentar sus males, ahora descubría que los pendientes de su madre se encontraban en poder de Erika.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso ochenta y uno y se dispuso a entrar en el elegante restaurante del brazo de Jim, Lauren distaba mucho de sentirse tranquila. Lo primero que pensó al verse rodeada de gente fue que Nick se encontraba por allí, en alguna parte, y no pudo evitar un estremecimiento.

Se acercaron a la barra y, mientras Jim pedía las bebidas, Lauren miró a su alrededor. Entonces, un grupo se desplazó hacia un lado, y allí estaba Nick...

En el extremo opuesto del salón, de pie, riendo con muchas ganas, se encontraba Nick. Lauren le miró a hurtadillas, con el corazón palpitante, y reconociendo aquellas facciones armoniosas; la elegancia de su porté; la fuerza contenida de sus movimientos. Junto a él, la mujer rubia hablaba y reía, mientras se apoyaba en su brazo de una manera que denotaba familiaridad.

Por la angustia que la invadió en aquel momento, Lauren habría jurado que no era sangre, si-no ácido caliente lo que corría por sus venas. Aquella era Erica Moran, su novia oficial, y el vestido de punto color arena que llevaba era el mismo que Nick le había prestado a ella en Harbor Springs.

Lauren apartó rápidamente la mirada y se volvió a Jim, con la intención de hablar con él, pe-ro lo encontró distraído, con los dientes apretados y la mirada clavada en la preciosa mujer rubia que acompañaba a Nick. En su rostro se leía el deseo, la amargura y la rabia de los celos. No cabía duda, pensó Lauren; Jim estaba enamorado de Ericka.

-Ten tu copa, Lauren. Tengo una idea: ¿qué te parece si charlas un rato con Nick acerca de la fiesta o de tu nuevo trabajo, y, después, con una encantadora sonrisa, te despides y te largas con-migo?

Lauren aplaudió la idea.

-Me parece estupendo, pero tampoco hay necesidad de ir a su encuentro, ¿no crees? Como es el anfitrión, lo más normal es que Nick se dé una vuelta preguntándole a todo el mundo qué tal lo está pasando.

-Tienes razón -asintió Jim-. Esperaremos a que ellos vengan a nosotros.

En el transcurso de la media hora siguiente, Lauren tuvo ocasión de confirmar sus sospechas de que su jefe estaba enamorado de Ericka, pues Jim desplegó todos los medios necesarios para que la pareja anfitriona se fijara en ellos. Cada vez que Ericka los miraba, Jim se volvía a Lauren y le sonreía o le contaba cualquier cosa para hacerla reír. Lauren, por su parte, cooperaba en aquella pequeña comedia, fingiendo que lo estaba pasando divinamente... aunque lo hacia sólo por Jim, pues sabía perfectamente que a Nick le traía sin cuidado cómo estuviese ella.

Cuando apuraba su segunda copa, Jim le pasó el brazo por los hombros sin previo aviso.

-No te asustes así, Lauren. ¿Ves ese grupo de ahí? -añadió, esbozando una sonrisa bien visible-. Son los miembros del consejo directivo: todos ellos industriales acaudalados. El del extremo de la izquierda es Horace Moran, el padre de Ericka. La familia de Horace -aclaró- se dedica al petróleo desde hace varias generaciones. El hombre que está a su lado es Crawford Jones. El y su esposa pertenecen a dos poderosas familias unidas por fuertes lazos.

-Entonces, ¿son inseparables? -preguntó Lauren con una sonrisa burlona.

Una voz dolorosamente conocida se unió a la conversación en aquel punto, diciendo:

-Sí, son inseparables. Los dos son bastante feos, y a nadie le gustaría que anduviesen juntos por ahí, asustando a los niños.

Lauren se puso tensa y giró sobre sus talones hasta encontrarse cara a cara con Nick, que la miraba con expresión burlona. Afortunadamente, el orgullo pudo más que la pena que sentía al verle y reunió fuerzas suficientes para estrecharle la mano con una sonrisa.

-Hola, Nick.

-Hola, Lauren -repuso él sonriente.

Inmediatamente después, Jim le presentó a Ericka.

-Llevo toda la tarde fijándome en tu vestido, Lauren -dijo la joven-. Es precioso.

-Gracias, eres muy amable -contestó Lauren. Y sin mirar a Nick, añadió-: Yo también me he fijado en tu vestido nada más entrar. Mira, Jim, ahí está el señor Simons. ¿No querías hablar con él? ¿Nos perdonáis un momento?

Y dicho y hecho, Lauren y Jim se alejaron de los anfitriones sin mirar atrás. Poco después, Jim se enfrascó en una animada conversación con un vicepresidente, así que Lauren tuvo que echar mano a toda su simpatía y sus mejores encantos para desenvolverse sola en la fiesta, y lo consiguió con mucho éxito, pues pronto estuvo rodeada por un grupo de admiradores que no se separaron de ella. Lauren evitó en todo momento dirigir la mirada en dirección a Nick, aunque un par de veces se encontró con sus ojos grises sin querer. Pasaron tres horas, y al final, la tensión de saberse con él en la misma habitación se hizo insoportable, y sintió la necesidad imperiosa de escapar un momento. Así que hizo una ligera seña a Jim, que se encontraba charlando con un grupo de hombres en la barra, indicándole que le esperaba en la terraza. Jim asintió con una sonrisa.

Lauren atravesó la puerta cristalera y se dejó envolver por el fresco aire nocturno, respirando profundamente. Avanzó hacia la barandilla y contempló el espectáculo de luces y sombras que se extendía a sus pies, ochenta y un pisos por debajo. Permaneció allí, recreándose en el silencio y sorbiendo su bebida, hasta que escuchó el rumor de la puerta corredera al abrirse y cerrarse.

- ¿Qué tal lo estoy haciendo? -preguntó sin volverse, dando por hecho que se trataba de Jim.

-Lo estás haciendo muy bien -respondió la voz profunda de Nick-. Ya estoy completamente convencido de que me he vuelto invisible.

Lauren se puso a temblar violentamente.

-La fiesta está siendo muy agradable -comentó con la voz más serena que pudo fingir.

- ¿Me has echado de menos?

Lauren abrió mucho los ojos.

-No. He estado muy ocupada.

Nick se apoyó en la barandilla y la contempló detenidamente.

-Entonces -dijo-. ¿No me has echado de menos ¿ ¿Ni un poquito?

- Te repito que he estado muy ocupada. Además, ¿por qué iba a echarte de menos? Tú no eres el único hombre disponible en el estado de Michigan, ¿sabes?

Nick arqueó las cejas fingiendo que cavilaba.

- ¡Vaya, vaya! ¿insinúas que después de descubrir el sexo te has dedicado a... enriquecer tu experiencia? En ese caso, ahora que cuentas con elementos de juicio para comparar, ¿podrías decir-me cual es mi calificación?

-Esa pregunta es digna de un colegial.

- Tienes razón. Vámonos.

Dicho esto, Nick apuró de un trago lo que quedaba de bebida en su vaso, y, cogiéndola de la mano, la condujo hacia una puerta que se abría en otra de las paredes del edificio.

Pero antes de que la hiciera entrar, Lauren recuperó el dominio sobre si misma, y se detuvo.

-Nick, me gustaría hacerte una pregunta, y quiero que me contestes con sinceridad. Cuan-do nos separamos en Harbor Springs, ¿tú tenias intención de volverme a ver... es decir, de salir con-migo?

-No -contestó Nick, mirándola tranquilamente a los ojos.

Aprovechando la impresión que su cortante repuesta había provocado en Lauren, Nick tiró de ella y la hizo entrar por la misteriosa puerta.

- ¡Un momento! ¿Dónde vamos?

-A mi casa o la tuya; da lo mismo.

- ¿Para qué?

-Para una chica tan lista como tú, ésa me parece una pregunta bastante estúpida.

Ante aquello, Lauren no se pudo callar.

- ¡Eres el tipo más egoísta y más cretino que he encontrado en mi vida! Para que te enteres, yo no voy por ahí acostándome con todo el mundo, y además, no me gusta la gente que es capaz de... ¡la gente como tú, en una palabra!

-Pues hace cuatro semanas, bien que te gustaba -replicó él fríamente.

Lauren sintió que la vista se le nublaba y que la sangre se le agolpaba en la cara.

- ¡Hace cuatro semanas yo creía que eras una persona especial! Hace cuatro semanas, yo no sabía que eras un playboy millonario que se dedicaba a acostarse con mujeres como quién se cambia de ropa. ¡Eres un hombre despreciable: promiscuo, inmoral y sin principios! ¡Eres despiadado y egoísta, y de haberte conocido un poco más, ten por seguro que no te habría dado ni los buenos días!

Nick la contempló impasible, y dijo en tono desafiante:

-Entonces, ahora que me conoces, no quieres nada conmigo, ¿verdad?

- ¡Exactamente! -gritó Lauren-. Y...

Con un rápido movimiento, Nick la envolvió con sus brazos y la asaltó con un beso lleno de fuerza y sensualidad. En el momento en que la tocó, todo el cuerpo de Lauren se estremeció con el deseo de ser poseída por Nick. Sin darse cuenta apenas, como si hubiera perdido la razón, le rodeó con sus brazos y se apretó contra él, recreándose en las sensaciones que aquel cuerpo viril producía en ella.

-Esto es una locura -murmuró Nick cuando se separaron, jadeantes-. Puede salir alguien en cualquier momento... ¿Quieres venir conmigo?

Lauren le contempló, apoyada en la pared.

-No. Ya te lo he dicho...

-Por favor, ahórrame una lección de moral. Si tanto espanto te produzco, búscate un hombre tan ingenuo como tú y acuéstate con él, a ver qué sacáis en claro entre los dos.

Lauren estaba tan furiosa que en aquel momento no le dolieron aquellas durísimas palabras.

-Espera un momento -dijo-. Tu amiguita, o tu novia o lo que sea esa tal Ericka, tiene los pendientes de mi madre. Los olvidé en su casa, en su cama, cuando estaba con su amante. Por mí se puede quedar contigo, tú ya no me interesas. Pero quiero que me devuelva los pendientes cuanto antes. Quiero esos pendientes... -repitió con la voz temblorosa por la pena que empezaba a embargarle con una fuerza irresistible.

Lauren llegó el lunes a la oficina con el firme propósito de olvidar de una vez por todas a Nick, y con esta resolución, se concentró plenamente en su trabajo.

En el descanso del almuerzo, las otras secretarias le propusieron que se reuniera con ellas después del trabajo para tomar una copa, y ella aceptó encantada. Cuando volvió al despacho por la tarde, el teléfono estaba sonando. Era el jefe de personal, que quería verla inmediatamente en su despacho.

- Como no disponemos de demasiado tiempo, seré breve -le dijo el señor Weatherby en cuanto llegó-. Para empezar, le diré que toda la información contenida en los formularios de nuestros nuevos empleados es automáticamente incorporada al ordenador central de Global Industries. Así, cuando surge un proyecto que requiere alguna cualificación especial, se le notifica al departa-mento de personal y el computador se encarga de seleccionar a la persona adecuada. Esta mañana, el director de personal de Global Industries ha recibido una llamada urgente solicitando una secretaria que domine el italiano, y el computador la ha elegido a usted. Bueno, para ser exactos, es usted la segunda elegida, pues la primera es una tal señorita Lucia Palermo, que ya ha trabajado antes en este proyecto. Pero, actualmente, ella se

encuentra de baja por enfermedad. Este proyecto dura tres semanas, durante las cuales usted deberá abandonar su puesto actual por las tardes. Yo mismo me

encargaré de informar de ello al señor Williams y le proporcionaré una secretaria suplente para las tardes que usted deba ausentarse.

-Pero... señor Weatherby, yo todavía estoy aquí en periodo de aprendizaje, y creo que a Jim, al señor Williams, mejor dicho, no le va a agradar demasiado este imprevisto...

-El señor Williams no va a tener más remedio que aguantarse -repuso el jefe de personal fríamente-. Yo personalmente desconozco la naturaleza del proyecto que requiere el dominio del italiano, pero se trata de un asunto máximamente prioritario y confidencial. Debe usted presentarse en la oficina del señor Sinclair inmediatamente.

- ¿Cómo? -exclamó Lauren alarmada, poniéndose de pie-. ¿Sabe el señor Sinclair que soy yo la persona elegida?

Weatherby la miró con desdén.

-El señor Sinclair se encuentra reunido en este momento, y su secretaria no ha creído conveniente interrumpirle para informarle de esta sustitución de última hora.

Lauren se acercó al escritorio de la secretaria de Nick, en el piso dieciocho.

-Mi nombre es Lauren Danner. El señor Sinclair ha solicitado una secretaria bilingüe y me envían de la oficina de personal.

En aquel momento, la vecina puerta del despacho de Nick se abría y de él salían seis hombres.

-La reunión ha terminado ya -anunció la secretaria-. Le diré al señor Sinclair que está usted aquí. Ya puede usted pasar. La está esperando -añadió después de hablar con él por el interfono.

No me espera a mí, pensó Lauren muy nerviosa. Espera a Lucia Palermo.

Cuando entró en su despacho, Nick estaba hablando por teléfono, apoyado en su escritorio y de espaldas a ella. Lauren respiró profundamente, cerró la puerta y entró en el lujoso despacho enmoquetado.

-De acuerdo -dijo Nick por el auricular, después de una pausa-. Llama a la oficina de Washington y di que quiero que el equipo de relaciones públicas esté esta misma noche en Global Oil, en Dallas.

Con el teléfono apoyado en el hombro, Nick cogió unos folios de encima de la mesa y se pu-so a leerlos mientras Lauren contemplaba sus anchas espaldas como hipnotizada, recordando que ella le había acariciado, y que aquellos musculosos brazos la habían abrazado. En el sofá verde, a su espalda, Nick se había arrodillado ante ella para examinarla el tobillo..

-Notifica a la refinería de Oklahoma que todavía pueden surgir algunos problemas hasta que arreglemos definitivamente este asunto. De acuerdo. Vuelve a llamarme cuando hayas hablado con el equipo de relaciones públicas en Dallas.

Después de colgar, se enfrascó en la lectura de los papeles que tenía en la mano. Lauren vaciló un momento antes de anunciar su presencia, no sabiendo cómo llamarle. En un principio estuvo a punto de decir «Nick», pero se detuvo a tiempo. Como tampoco estaba dispuesta a dispensarle el tratamiento respetuoso de «señor Sinclair», optó finalmente por no llamarle de ninguna manera.

- Tu secretaria me ha dicho que podía entrar -dijo acercándose más al escritorio.

Nick se volvió rápidamente, dejó caer los papeles, y, metiendo las manos en los bolsillos, la contempló con una expresión inescrutable. Después habló:

-Has elegido un mal momento para disculparte, Lauren. Tengo que marcharme dentro de cinco minutos para asistir a un almuerzo de trabajo.

Como no podía hacer otra cosa, Lauren reprimió su indignación y esbozó una sonrisa irónica.

- Siento herir tu amor propio, pero no he venido aquí para disculparme de nada, sino

porque el señor Weatherby, del departamento de personal, me ha enviado.

-¿Para qué? -preguntó Nick fríamente.

-Para ayudarte en un proyecto que requiere una secretaria bilingüe durante las tres próximas semanas.

-Entonces me estás haciendo perder el tiempo. Primero, porque tú no tienes la experiencia suficiente ni estás cualificada para este tipo de trabajo y en segundo lugar, porque no te quiero ver aquí.

Lauren se sintió tan herida por su actitud despectiva, que no pudo contener sus deseos de provocarle.

-En ese caso, ¿serías tan amable de telefonear al señor Weatherby y decírselo tú? Yo ya le había explicado las razones por las que no quería trabajar para ti, pero él insistió en que subiera. Nick presionó una tecla del intercomunicador.

-Dígale al señor Weatherby que venga inmediatamente -después, dirigiéndose a Lauren, añadió-: ¿Te importaría explicarme cuales fueron las «razones» que le diste?

-Le dije que eres un desvergonzado libertino, y que antes prefería que me mataran a trabajar para ti -mintió Lauren.

- ¿Eso le dijiste?

- Sí -contestó ella sin alterar su sonrisa.

- ¿Y qué respondió Weatherby?

Incapaz de soportar su mirada gélida, Lauren se concentró en sus uñas.

-Bueno, me dijo que, probablemente, muchas de las mujeres que se han acostado contigo piensan lo mismo de ti, pero que mi deber es anteponer mi lealtad a la compañía a la repugnancia que me produces.

-Lauren -dijo entonces Nick suavemente-, estás despedida.

Aunque en su fuero interno Lauren sentía un torbellino de pena, de miedo y de ira, supo mantener su compostura.

-Verás, yo estaba asegura de que no ibas a querer que trabajara para ti, e intenté hacérselo comprender al señor Weatherby -dijo Lauren dirigiéndose a la puerta-. Pero me dijo que cuando te enterases de que soy bilingüe, cambiarías de opinión.

- ¿Bilingüe? -repitió Nick despectivamente.

Lauren se volvió hacia él con la mano ya en la puerta.

- Sí, por eso puedo decirte lo que pienso de ti en perfecto italiano. Pero es mucho más gratificante decírtelo en nuestro idioma: ¡eres un bastardo!

Lauren salió de allí como una flecha, y cuando ya se encontraba en el ascensor, sintió una mano que la asía por la muñeca.

-Vuelve ahora mismo a mi despacho -rugió Nick.

- ¡Quítame las manos de encima!

-Mira, Lauren, aquí hay cuatro personas que nos están mirando, y una de dos: o entras en mi despacho por tu propio pie, o te juro que te arrastro yo mismo hasta allí.

- ¡Venga, atrévete! -gritó Lauren fuera de sí-. ¡Te denunciaré por asalto! Inesperadamente, Nick abandonó su actitud violenta y esbozó una sonrisa.

- Tienes unos ojos preciosos, Lauren. Cuando te enfadas, chispean como...

- ¡No digas tonterías! -gritó Lauren mientras se revolvía en vano para liberar su muñeca.

- Conozco muy bien tus ojos...

- ¡Haz el favor de no hablarme así! ¡No quiero que me trates como si fuera tu amante! -Mentira, te encantaría que te tratara de esa forma.

Aquel repentino cambio de tono dejó completamente desconcertada a Lauren, que se encontró de pronto sin ánimos para discutir y bastante alterada en general. Dándose por vencida, se recostó en la pared y, con una mirada suplicante, murmuró:

-Nick, por favor, déjame marchar.

-No puedo. Cada vez que te veo, me parece más difícil dejarte marchar.

- ¡Pero si me acabas de despedirme!

-Pero acabo de volver a contratarte.

La situación era tan absurda que Lauren fue incapaz de soportar aquella irresistible sonrisa, aparte del hecho de que no podía permitirse el lujo de perder aquel trabajo, así que, aunque de mala gana, le siguió por el pasillo hasta el despacho de su secretaria, que comunicaba con el suyo por una puerta.

-Mary -dijo Nick a la mujer de cabellos grises que se encontraba sentada en el escritorio-. Esta señorita es Lauren Danner, y va a trabajar en el proyecto Rossi. Mientras yo asisto al almuerzo, acomódela aquí mismo, en el otro escritorio, y póngala a traducir la carta que ha enviado el señor Rossi esta mañana -y dirigiéndose a Lauren con una cálida sonrisa, añadió-: Tú y yo vamos a tener una larga conversación cuando vuelva.

Mary Callahan, que así se llamaba la secretaria de Nick, parecía tan contrariada como la propia Lauren por su repentina presencia en aquella oficina.

-Es usted muy joven, señorita Danner -comentó con tonillo desagradable, mirándola de arriba abajo.

-No se preocupe, estoy envejeciendo rápidamente -replicó Lauren.

E ignorando la sutil mirada de la buena señora, ocupó el escritorio de frente al de ella y se enfrascó en su trabajo.

A la hora y media, el teléfono de Mary sonó y Lauren se levantó apresuradamente a contestarlo.

- ¿Diga?

- ¿Mary? -preguntó la afectuosa voz femenina en tono inseguro.

-No. Soy Lauren Danner. La señorita Callahan se encuentra fuera de su despacho en estos momentos. ¿Quiere dejar algún recado?

- Oh, eres tú, Lauren. Hola. Soy Ericka Moran. No quiero interrumpir a Nick, así que, ¿podrías hacerme el favor de decirle que llego de Nueva York en el último vuelo de la mañana? Dile también que iré directamente desde el aeropuerto al Recess Club, y que le espero allí a las siete.

-En este momento está almorzando, pero descuida, le daré el recado.

¡Aquello de coger los recados de las amiguitas de Nick era lo último! Nada más colgar el teléfono, éste volvió a sonar. En esta ocasión se trataba de una mujer con acento sureño que preguntaba por «Nicky».

-Lo siento, pero en este momento no está. ¿Quiere dejar algún recado?

- ¡Vaya por Dios! -exclamó la mujer con fastidio-. Soy Vicky. Nicky no me ha dicho en qué plan va la fiesta del sábado y no sé qué ponerme. Dígale que le llamaré esta noche a casa.

Lauren colgó con tanta energía, que estuvo a punto de derribar el aparato al suelo. Afortunadamente, cuando Nick volvió a la oficina, ella ya había recuperado la calma y se había hecho el firme propósito de tratarle como a cualquier compañero de la oficina, con la misma correcta amabilidad.

El timbre de su intercomunicador no tardó en sonar, y poco después, la voz sensual y pro-funda de Nick se dejaba oír.

-Lauren, ¿puedes entrar un momento, por favor?

Lauren cogió las notas que había tomado de las respectivas llamadas y entró.

- ¿Sí?

-Ven aquí -le dijo Nick, que se encontraba apoyado en su escritorio con los brazos cruzados.

A Lauren no le pasó desapercibida su inquietante mirada, por lo que avanzó con cautela hacia él y se detuvo fuera de su alcance.

-Más cerca.

-Así está bien. Demasiado cerca, diría yo.

Nick dijo con voz solemne:

Tú y yo necesitamos aclarar algunos aspectos personales. ¿Por qué no salimos esta noche a cenar para poder charlar tranquilamente?

-Lo siento, pero esta noche ya he quedado.

-Entonces, ¿mañana? -insistió Nick, tendiendo la mano hacia ella.

Lauren aprovechó aquel gesto para colocarle los papeles en la mano.

-Mañana tienes otra cita, con la señorita Moran, en el Club Recess, a las siete. Nick ignoró sus palabras.

-Me marcho a Italia el miércoles...

- Que tengas buen viaje.

-Volveré el sábado -prosiguió Nick con cierta impaciencia-. Iremos...

-Lo siento -interrumpió Lauren con una sonrisa burlona-. Yo el sábado tengo otras cosas que hacer y tú también. Vicky ha llamado preguntando si la fiesta del sábado es de etiqueta o no. A propósito, te llama «Nicky»... ¡Qué pareja tan encantadora. Vicky y Nicky!

- Cancelaré esa cita -declaró Nick.

-Pero yo no tengo intención de cancelar la mía. Bueno, ¿quieres algo más?

- Sí, maldita sea. Quería decirte que sé que te he hecho daño, y lo siento.

-Acepto tus disculpas -le interrumpió Lauren alegremente-. Al fin y al cabo, sólo has herido mi orgullo.

-Lauren, te estoy pidiendo perdón porque...

-No te repitas, Nick, ya te has disculpado.

-...porque quiero que nos llevemos bien a partir de ahora. Por el bien de los dos tendremos que ser discretos y no dar pie a murmuraciones dentro de la empresa. De todas formas, creo que con un poco de cautela nos las podemos arreglar.

Lauren enrojeció de indignación.

- ¡Arreglárnoslas! ¿Para qué? ¿Para tener una aventura?

-Lauren, yo te deseo y sé perfectamente que tú me deseas a mí. También sé que estás furiosa conmigo porque después de ser tu primer amante te he...

- ¡Pero... qué va! -protestó Lauren, deshaciéndose en una melosa sonrisa-. Yo no cambiaría aquella noche por nada del mundo. Es más, ya he decidido que cuando tenga una hija te llamaré a ti para que la inicies. Si es que todavía sigues «activo».

La distancia de seguridad no sirvió de nada, porque Nick, con los ojos llameantes, se acercó a ella y la atrajo hacia sí.

-Eres preciosa e insoportable...

Y entonces la besó con una mezcla de ira y deseo contenido. Pero Lauren apretó los dientes y, haciendo un esfuerzo supremo, se separó de él.

- ¡Maldita sea, déjame! -sollozó, apoyando la cabeza en su pecho.

Nick aflojó su abrazo.

- ¡Si pudiera dejarte, te dejaría, Lauren, de verdad! -exclamó con desesperación. Y después, apartándole el pelo de la cara, añadió-: Después de que te marcharas de Harbor Springs, no pude dejar de pensar en ti ni un momento. Y hoy, en la comida de trabajo, era incapaz de concentrarme por tu culpa. ¡Te aseguro que no puedo evitarlo! Es superior a mis fuerzas.

Aquella confesión echó abajo las defensas de Lauren, rindiéndola y seduciéndola infinita-mente más que un beso.

Se encontraban así, mirándose a los ojos sin decir nada cuando una voz destemplada, que procedía de la puerta, vino a interrumpirles.

- ¿Se trata de esto el proyecto de máxima prioridad para el que Lauren ha sido requerida? Lauren se desasió de los brazos de Nick al mismo tiempo que Jim entraba en el despacho. -Me parece que las cosas se van a poner un poco difíciles para Lauren -prosiguió Jim en

tono burlón-. En primer lugar, me temo que Mary ha presenciado buena parte de esta conmo-

vedora escena, y, teniendo en cuenta la fidelidad ciega que te profesa, no me extrañaría que le echa-

se toda la culpa a Lauren. Y en segundo lugar, da la casualidad de que esa cita que

querías que Lauren anulase el sábado, era precisamente conmigo, y teniendo en cuenta que tú y yo somos amigos íntimos y que la semana tiene siete noches, me parece un mal detalle por tu parte que quieras robarme mi noche- en aquel punto, Nick arrugó el entrecejo con expresión feroz, pero Jim, haciendo caso omiso, prosiguió su perorata-: Ya que obviamente los dos estamos detrás de la misma chica, creo que lo más prudente sería establecer las reglas del juego. En primer lugar: ¿vale per-seguirla dentro de la oficina? Yo estoy dispuesto a atenerme a...

Lauren, que se había quedado muda, recobró por fin la facultad de hablar.

- ¡Me niego a escuchar ni una sola palabra más!

Dicho esto, se dirigió con paso resuelto a la puerta.

Jim se apartó de su paso, y esbozando una sonrisa burlona, se dirigió a Nick:

- Como te iba diciendo, Nick, estoy dispuesto a...

-Espero que tengas una buena razón para justificar esta inesperada visita -le interrumpió Nick secamente.

-En efecto. Existe una razón. Curtis ha llamado cuando yo no estaba. Creo que quiere hablarte de un asunto...

Lauren acababa de salir por la puerta cuando, al oír aquel nombre, se paró en seco, y sintió que empezaba a sudar.

Curtir era uno de los seis sospechosos que le había enumerado Philip Whitworth para que estuviera atenta por si oía pronunciar su nombre.

«Curtis quiere hablarte de un asunto...»

Lauren se dejó caer en su silla e intentó escuchar algo más, pues ellos habían bajado la voz y, con el ruido de la máquina de escribir de Mary, resultaba imposible.

Pero cabía la posibilidad de que Curtis fuera el nombre que pila en lugar del apellido. El hombre de Philip se llamaba Michael Curtis, y Jim sólo había dicho «Curtis», sin más. Lauren se apresuró a buscar en la guía telefónica de los empleados de Global Industries: figuraban dos hombres llamados Curtis; quizás fuera uno de ellos.

Pero enseguida surgió otro impedimento: Lauren consideraba a Jim incapaz de actuar como intermediario en un asunto tan sucio. No era propio de Jim.

- Si no tienes trabajo -se oyó la voz fría como el hielo de Mary-, no me importa nada pasarte parte del mío.

Lauren se sonrojó hasta las orejas y se concentró en sus papeles.

Para alivio de Lauren, Nick permaneció en una reunión el resto de la tarde y cuando dieron las cinco, todavía no había aparecido. Cuando terminaba de recoger sus cosas, Jim apareció y se dirigió directamente a su escritorio.

- ¿Quieres hablar conmigo? -le preguntó Jim.

-Está bien.

Una vez en su despacho, y sentados frente a frente, Jim rompió el fuego.

- ¿Y bien? Venga, dime lo que sea, porque entre tú y yo ya no tiene sentido andarse con formalidades.

-En ese caso... -comenzó Lauren un tanto nerviosa-. Dime... ¿por qué te quedas ahí... escuchándolo todo? ¿Por qué se te ocurrió decir esas cosas de nosotros... de ti y de mí?

- Cuando volví de comer y me enteré de que te habían mandado a trabajar con Nick, subí inmediatamente para asegurarme de que todo marchaba bien. Mary me dijo que acababas de entrar en su despacho y yo abrí la puerta por si acaso hacia falta rescatarte. Y allí estabas tú... mirándole con una sonrisa angelical mientras le dabas los recados telefónicos de otras mujeres y rechazabas sus proposiciones deshonestas. ¡Estuviste magnifica, Lauren! -exclamó rompiendo a reír-. Ya me marchaba cuando de pronto tú rizaste el rizo diciéndole que cuando tuvieras una hija le llama-rías para que la iniciara, como él te inició a ti, si no entendí mal. Bueno, como vi que estabas resistiendo muy bien sus ataques, decidí marcharme por segunda vez, pero en esta ocasión fue Nick

quién me detuvo, cuando empezó a pasarse de la raya diciéndote que no podía dejar de

pensar en ti. Por último, cuando te vi llorar contra su pecho, no pude contenerme más y entré.

- ¿Por qué?

-Pues porque no quería que te hiciese daño, porque en ese caso tú probablemente te marcharías de la empresa y yo quiero que sigas aquí... no sólo porque alegres mi triste oficina con tu bonita presencia, sino también porque eres una secretaria inteligente y eficiente.

Lauren sonrió ante aquel cumplido, pero no se dio por satisfecha con su contestación. En realidad, Jim no le había aclarado por qué había mentido de aquella manera delante de Nick, haciéndole creer que entre los dos existía algo.

-Entonces -murmuró Lauren expresando sus pensamientos-, si Nick cree que tú estás interesado en mí, se lo tomará como un desafío, y le resultaré todavía más atrayente. No escamoteará tiempo y esfuerzos hasta conseguirme. Además, como estará ocupado persiguiéndome, no le quedará tiempo libre para dedicárselo a Ericka, ¿verdad?

Jim entornó los ojos.

-Nick, Ericka y yo fuimos juntos a la universidad. Somos amigos desde hace años.

- ¿Amigos íntimos?

-Hace muchos años Ericka y yo estuvimos prometidos. Quizás debería cumplir mi amenaza y dedicarme a perseguirte yo también -añadió con una sonrisa diabólica.

Lauren sonrió.

- Tengo el presentimiento de que eres tan cínico y tan taimado como él. Bueno, bueno, no pongas esa cara; también sois muy guapos los dos.

-Gracias.

- ¿Estabais Nick y tú en el mismo club de estudiantes? -preguntó Lauren.

-No, Nick estaba en la universidad con una beca, y no podía permitirse el lujo de pertenecer a un club de estudiantes. Haz el favor de no poner esa cara de pena, boba. Nick no tenía dinero, pero era inteligente y se convirtió en un ingeniero de los mejores. También tenía todas las chicas que se le antojaban, incluidas algunas que me gustaban a mí.

-No estaba poniendo cara de pena por él -dijo Lauren, poniéndose en pie, dispuesta a marcharse.

- ¡Ah! A propósito. Hablé con Mary y le dejé bien claro quién había seducido a quién hace unas cuantas semanas.

Lauren suspiró con desesperación.

-Pues yo habría preferido que no...

- ¡Todo lo contrario! Deberías alegrarte. Verás, Mary trabajó ya para el abuelo de Nick, así que le conoce desde que era un chiquillo y le quiere mucho. Es muy rígida en cuestiones de moral, y profesa un odio especial a todas las mujeres agresivas que se dedican a perseguirle. De no ser por mí, te habría hecho la vida imposible.

-Pues si es una moralista, no me explicó cómo puede trabajar para Nick.

-Nick y yo somos sus favoritos, piensa que ya no tenemos remedio.

Cuando estaba a punto de marcharse, Lauren se volvió con expresión pensativa.

-Jim, ¿entonces subiste al despacho sólo por mi causa? ¿Te inventaste la excusa de que Curtis quería hablar con Nick?

-No, eso era verdad -contestó Jim, mirándola con curiosidad-. Aunque, desde luego, lo utilicé como una excusa. En cuanto te marchaste, Nick me dijo muy enfadado que el asunto Curtis no era lo suficientemente importante como para justificar mi intromisión. Pero... ¿por qué me preguntas por Curtis?

-Por nada en especial -repuso Lauren sonrojándose.

Buenos, vamos. Yo también me marcho ya.

Salieron juntos del edificio, justo a tiempo para que Lauren tuviera ocasión de ver a Nick subiendo en su lujoso coche. El también reparó en ellos, y dirigió a Lauren una significativa mirada que contenía algo de promesa y algo de desafío.

- ¿Dónde, señor Sinclair? -preguntó el chofer.

-Al aeropuerto Metro.

Nick volvió la cabeza y contempló a Jim y a Lauren cruzando el bulevar, fijándose en el armonioso movimiento de caderas de ella y en la gracia y la desenvoltura de su manera de andar. Pensándolo bien, todo lo de Lauren le atraía; le divertía, le ponía furioso, despertaba sus deseos sexuales. Lauren reunía en sí una mezcla de inocencia y sensualidad, de ternura y de agresividad, que la convertían en una persona muy especial.

Cómodamente reclinado en su asiento, Nick meditó acerca de la aventura que se había propuesto vivir con ella. Sabía que era una locura mantener relaciones con una empleada suya, y por eso se arrepentía de haberle conseguido un puesto de trabajo en su propia empresa, cuando podía haberla colocado en cualquier otra de algún amigo suyo. Pero ya era demasiado tarde y, además, la deseaba.

Capítulo 8

Al día siguiente, a la una en punto, cuando Lauren entró en el despacho de Mary, ésta la esperaba con el aviso de que Nick quería verla inmediatamente.

Así lo hizo, y Nick, al verla ante él, dejó sobre la mesa los documentos que tenía en la mano y la contempló con interés.

-El día que nos marchamos a Harbor Springs llevabas el pelo así recogido también, ¿ver-dad? -comentó-. Me gusta cómo te sienta.

-Pues entonces a partir de ahora me lo dejaré suelto -replicó Lauren jovialmente.

- ¡Vaya! Veo que empezamos bien...

- ¿Perdón? ¿Qué empezamos, si puede saberse?

-El juego... el primer enfrentamiento fue ayer.

-Yo no estoy jugando a nada, y menos contigo. No me interesa el premio.

Pero no era cierto, muy a pesar de Lauren, que quería a Nick para ella sola y para siempre. Mientras ella pensaba, Nick observaba con satisfacción su expresión atormentada.

- Siéntate. Estoy revisando unos papeles que me acaban de subir.

Lauren se quedó sin aliento cuando Nick cogió la carpeta y la abrió, pues en la cubierta se leía, con grandes caracteres: «Confidencial. Ficha personal de Lauren E. Danner/empleado nº 98.753».

Lauren se sonrojó intensamente al recordar que allí se encontraba el impreso que había rellenado con datos falsos y disparatados.

-Veamos... Lauren Elizabeth Danner. Elizabeth es un nombre precioso, y Lauren también. Los dos te van muy bien.

Lauren no pudo resistirse y respondió en tono sarcástico:

-Me pusieron esos dos nombres por dos tías mías, las dos solteras. Una era bizca, y la otra estaba llena de verrugas, la pobre.

Nick continuo leyendo en voz alta, como si no hubiera oído.

- Color de ojos: azul. Sí, son azules -sentenció mirándola por encima del papel-. Unos ojos preciosos como los tuyos pueden ser la causa de la perdición de un hombre.

-Pues antes, torcía el ojo derecho lastimosamente. Tuvieron que operarme.

- Te imagino... una niñita de ojos azules un poco bizca. Debías ser monísima. -No era monísima. Tenía aspecto de empollona. Además, llevaba unas gafas horribles. Nick continuó leyendo el formulario con una sonrisa burlona, que se convirtió en una carca-

jada cuando llegó a la parte de abajo, donde se especificaban los trabajos que se solicitaban por

orden de preferencia.

- ¡Habrase visto! Weatherby y yo vamos a tener que andarnos con cuidado. ¿Qué prefieres, ser presidente o jefe de personal?

-Ninguna de las dos cosas -repuso Lauren secamente-. Puse esa tontería porque cuando llegué allí, de pronto me di cuenta de que en realidad no me interesaba trabajar para Sinco?

- ¿Y pusiste estas barbaridades para que no te contrataran?

-Exactamente.

-Lauren... -murmuró Nick en tono aterciopelado.

-Para que lo sepas, yo también he tenido el dudoso placer de leer tu ficha personal... bueno, tu ficha de «prensa» -corrigió al ver que Nick la miraba atónito-. Ahora ya lo sé todo acerca de Bebe Leonardos y la actriz francesa. También he visto una fotografía tuya con Ericka Moran toma-da justo un día después de que tú me echaras de allí con el pretexto de que un socio tuyo iba a ir a verte.

- Te ha dolido mucho -dijo entonces Nick en tono concluyente.

-Me disgusté un poco -dijo Lauren con acritud-. Bueno, y ahora., ¿te importa que nos pongamos a trabajar?

Un momento después, Nick tuvo que marcharse urgentemente a una reunión que duró el resto de la tarde, dejando a Lauren sola y tranquila. Una tranquilidad rota a intervalos por las inquisitivas miradas de Mary Callahan.

A la mañana siguiente, a las diez en punto, Jim, muy abatido, comunicó a Lauren que Nick quería verla en su oficina y que iba a necesitarla todo el día.

Lauren subió al despacho de Nick, y entró sin llamar. Estaba en mangas de camisa y sin corbata, aparentemente muy concentrado en unas notas que estaba redactando.

-Jim me ha dicho que querías que viniera inmediatamente. ¿Para qué me necesitas? - Podías saludar primero, ¿no te parece? -preguntó Nick, alzando la cabeza y mirándola

con una sonrisa-. Pues sí... se me ocurren un montón de cosas para las que puedo necesitarte. Lauren hizo caso omiso de su insinuación.

- Si no he entendido mal, se trata de algo urgente...

-Exacto.

-Bien, ¿de qué se trata?

- Quiero que vayas a la cafetería y me traigas algo de comer.

- ¿Qué? -repitió Lauren, atragantándose-. ¿Y para ti eso es algo urgente?

-Muy urgente -replicó Nick sin inmutarse-, porque se da la circunstancia de que estoy muerto de hambre.

Lauren apretó los puños.

-Mira, Nick, puede que para ti yo sea sólo un objeto sexual que te sirve de distracción, pero abajo tengo un importante trabajo que hacer, y Jim me necesita.

-Yo también te necesito, cariño. Llevo aquí desde...

- ¡No te atrevas a llamarme «cariño» -exclamó Lauren.

- ¿Por qué no? -preguntó Nick con una sonrisa.

- Tú prueba a llamarme eso otra vez, y verás. Bueno -añadió en tono más dulce, recordando que al fin y al cabo era su jefe-, ¿qué sueles tomar de desayuno?

- Secretarias insoportables.

Cuando Lauren salía, se cruzó con Mary.

-No necesitas dinero, Lauren -le dijo la mujer-. Tenemos cuenta en la cafetería.

Dos cosas llamaron poderosamente la atención de Lauren: en primer lugar, que la acababa de tratar de tú, llamándola por su nombre de pila, y en segundo que la estirada y fría señorita Callahan sonreía abiertamente.

Lauren le devolvió la sonrisa.

- ¿Qué suele tomar de desayuno? -preguntó con una sonrisa.

- Secretarias insoportables -respondió Mary, guiñándole un ojo.

Como para compensarla por lo anterior, Nick se deshizo en exclamaciones de gusto ante los bollos calientes que le había llevado e insistió en que se tomara un café con él.

- Sí, pero no te molestes. Puedo servírmelo yo.

Para acabar de incomodarla, Nick se dirigió al mueble bar y, allí apoyado, la contempló

con su sempiterna sonrisa. Ni siquiera le permitió coger la taza pues, antes de que pudiera hacerlo, estaba junto a ella cogiéndola del brazo.

-Lauren -dijo en voz baja-, siento haberte hecho daño. No era mi intención, te lo aseguro.

-No tienes que pasarte la vida pidiéndome perdón -replicó Lauren, quitándose cuidadosamente su mano de encima-. Lo mejor que podemos hacer es olvidarnos de lo ocurrido. Y llevándose su taza, se dirigió hacia la puerta.

- ¡Ah, Lauren! Se me olvidaba decirte que esta noche salgo para Italia. Pero a partir del lunes, te voy a necesitar aquí desde por las mañanas también.

- ¿Hasta cuándo?

-Hasta que consiga ganar este juego que tenemos entre manos.

Cuando Lauren volvió a su escritorio, sonó el timbre del intercomunicador. Nick la demandaba para dictarle una carta dirigida a Rossi, el inventor italiano.

-Y trae tu taza -añadió.

En mitad del dictado que Lauren se veía obligada a tomar a toda velocidad, Nick bajó la voz y dijo:

- Cuando te da el sol en la cabeza, tu pelo brilla como el oro.

Y siguió dictando con voz impersonal. Lauren, que había copiado maquinalmente la mitad del piropo, le dirigió una mirada asesina que él recibió con una pequeña carcajada.

A la una de la tarde, Nick le pidió que se quedara en el despacho tomando notas en una reunión que se iba a celebrar allí. La reunión tuvo lugar, en efecto, y Nick pasó la mayor parte de ella mirándole las piernas mientras ella se revolvía inquieta, sacudida por una perturbadora sensación de calor. Al final, cuando ya se habían marchado todos los ejecutivos, Lauren se levantó resuelta a marcharse, pero Nick no se lo iba a permitir tan fácilmente.

- ¿Has terminado de pasar a máquina tu traducción de italiano de las preguntas que quiero hacerle al señor Rossi? No me gusta meterte prisa, cariño pero es que quiero llevármelas a Casano. Lauren se mordió los labios, furiosa consigo misma por estremecerse cada vez que la llamaba «cariño».

-Ya está pasado.

-Bien. ¿Y después de todo lo que has hecho tienes ya una idea de lo que es el proyecto Rossi?

-No. No comprendo los términos técnicos. Lo único que sé es que Rossi es un químico que vive en Casano y que ha inventado una cosa que a ti te interesa. También sé que estás considerando la posibilidad de financiar sus investigaciones y de dedicarte a fabricar su producto en el futuro.

-La verdad es que debería habértelo explicado antes, porque así el trabajo te habría resultado más agradable. Rossi ha conseguido cierta sustancia química que aplicada a cualquier material sintético, incluido el nylon, se hace resistente al agua, al fuego, al calor y al frío y a la suciedad. Además, tiene la ventaja de que no altera el aspecto del tejido, ni su textura. En una palabra, alfombras, tapices y ropa hechos con este tejido, no se estropearían nunca.

Por primera vez desde el fatídico fin de semana, Nick la trataba como a una profesional y Lauren no se sentía incómoda a su lado.

- ¿Pero seguro que ese producto químico funciona sin alterar ni cambiar nada?

-La verdad es que no lo sé con seguridad. Precisamente por eso me desplazo a Italia. Hasta ahora sólo he visto algunas demostraciones. Quiero una muestra para probarlo en uno de nuestros laboratorios, pero Rossi está obsesionado con su secreto, y dice que ahora lo importante es «probarme a mí».

Lauren arrugó la nariz.

-Debe de estar un poco loco, ¿no?

- Sí, es un excéntrico. Vive en una pequeña aldea de pescadores, rodeado de perros para protegerse. El laboratorio se encuentra en un cobertizo, a un kilómetro de la casa, y sin ningún

tipo de protección.

-Bueno, por lo menos has visto alguna demostración.

-Pero las demostraciones no sirven para nada si no van acompañadas de pruebas exhaustivas. Por ejemplo; ese producto químico hace que la tela sea impermeable al agua, pero, ¿qué ocurrirá si lo que se vierte es leche? ¿O un refresco que contenga ácido?

- ¿Y en caso que el producto sea tan eficaz como su inventor dice?

-En ese caso formaría un consorcio, es decir, una alianza entre Global Industries y otras dos corporaciones que están colaborando y nos lanzaremos al mercado con el producto de Rossi.

Seguramente él se resiste a darte una muestra porque teme que quién lo analice en el laboratorio descubra la fórmula y le robe el descubrimiento.

-Así es -respondió Nick con una sonrisa-. Te traeré un regalo de Italia, lo que tú quieras.

-Los pendientes de mi madre -dijo Lauren, y dando media vuelta, salió del despacho. Nick la siguió con la mirada y experimento un extraño sentimiento nada familiar; una especie de ternura que le hizo sentirse vulnerable.

A las cinco menos cinco de la tarde, Nick iba a celebrar una reunión con tres socios de California, Oklahoma y Texas respectivamente, mediante conferencia telefónica y había dispuesto en su despacho un teléfono especial. Naturalmente, Lauren fue requerida para tomar las notas oportunas.

Cuando llegó al despacho, la comunicación ya se había establecido, y Nick se levantó de su silla para que ella pudiera tomar notas sentada en su escritorio. En cuanto lo hizo, se inclino sobre ella desde atrás y la besó en el pelo.

- ¡Maldita sea! ¡Para de una vez! -gritó Lauren, perdiendo los estribos.

- ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? -preguntaron tres diferentes voces masculinas.

Nick se inclinó sobre el micrófono y dijo lentamente:

-A mi secretaria le parece que vais demasiado rápido y necesita que paréis un momento para así poder tomar sus notas.

-Pues podría decírnoslo en lugar de gritar de esa manera -replicó uno de los hombres en tono ofendido.

- ¡Estarás satisfecho! -susurró Lauren furiosa.

-Ahora no -le respondió Nick hablándole al oído-. Pero lo estaré, no te quepa duda.

Lauren pensó que, en tal caso, podía tomar él las notas que quisiera, así que cerró el cuaderno de golpe y separó la silla de la mesa dispuesta a levantarse y salir de allí lo antes posible. Pero Nick detuvo el avance de la silla con su propio cuerpo y cuando Lauren volvió la cabeza con intención de decirle algo fuerte, también se lo impidió, inclinándose inesperadamente y besándola. Cuan-do la dejó libre, Lauren estaba tan sorprendida que se quedó mirándole fijamente, incapaz de hilar sus pensamientos.

- ¿Qué te parece, Nick? -preguntó una voz por el micrófono.

-Me parece que esto se pone cada vez mejor.

Cuando la conferencia terminó, para horror de Lauren, Nick apretó un botón, y la puerta que

comunicaba con el despacho de Mary quedó cerrada automáticamente. Acto seguido, la tomó a ella

por los brazos y la obligó a levantarse. Cuando se disponía a abrazarla, Lauren intervino: -No, por favor. ¡Por favor, no me hagas esto!

Nick la abrazó.

-Pero Lauren, ¿por qué no reconoces que tú también me deseas y te limitas a disfrutar de las consecuencias?

-Muy bien. Tú ganas. Te deseo... lo reconozco -y levantando la cabeza con altanería, añadió-: Cuando era pequeña también quería un mono que vi en el escaparate de una tienda.

- ¿Y qué pasó? -preguntó Nick soltándola repentinamente.

-Pues para mi desgracia, conseguí que me lo compraran. Después, Daisy me mordió y

tuvieron que darme doce puntos en la pierna.

-Me imagino que te mordería por llamarle Daisy.

-Después -prosiguió Lauren haciendo caso omiso-, cuando cumplí trece años, quería tener hermanos y hermanas y mi padre se volvió a casar. Lo único que conseguí fue una hermanastra que me robaba la ropa y los novios y un hermanastro que se llevaba todos los mimos que antes eran para mí.

-Lauren, ¿te importa decirme qué tiene que ver eso con nosotros?

- ¡Claro que tiene que ver! Estoy intentando que comprendas que a ti también te quiero, pero que no estoy dispuesta a que vuelvas a hacerme daño.

-Yo no voy a hacerte daño.

- Sí, sí me harías daño -dijo Lauren, conteniendo las lágrimas a duras penas-. Aunque seguramente seria sin querer. La mejor prueba es que ya lo has hecho antes. Después de separarnos, te marchaste a Palms Springs con una de tus amantes y yo... ¿sabes lo que estuve haciendo yo mientras tanto?

-No. ¿Qué hiciste?

Lauren dejó escapar una carcajada convulsa.

-Yo me pasé los días al lado del teléfono esperando tu llamada mientras tejía un jersey gris; del mismo color que tus ojos, para ti. Ahora -prosiguió con una mirada suplicante-, no quiero volver a salir contigo porque sé perfectamente que tú no sientes nada por mí, pero yo, en cambio, sí. Yo no soy capaz de dejar a un lado mis sentimientos, y después olvidarme, como si nada. Me lo tomaría en serio y sufriría cada vez que te marcharas con otra mujer... ¿no te das cuenta? Además, cuando todo terminara, tú querías seguir siendo amigo mío, ¿verdad? -añadió con una triste sonrisa.

-Por supuesto.

-Pues entonces, considerando que lo poco que ha habido entre tú y yo ha terminado... ¿por qué no podemos ser amigos?

Nick asintió sin despegar los labios, mirándola con gesto enigmático.

Poco después, mientras se dirigía al aparcamiento, Lauren se felicitó a sí misma por la madurez con que había conseguido solucionar la situación, diciéndole las cosas directamente, sin

tapujos ni mentiras, según el dictado de su conciencia. Había hecho lo que tenía que hacer, demostrando con ello que era una persona fuerte.

Después, apoyada en el volante, rompió a llorar desconsoladamente.

Lauren pasó aquella mañana trabajando en la oficina como si en ello le fuera la vida. Sus únicas preocupaciones, a las que dedicaba sus pensamientos en sus ratos libres, era el asunto de Nick y la precaria situación económica de su padre, que se había visto agravada cuando el hospital había reclamado que se le pagase la mitad de la deuda. Aparentemente, la única solución estaba en vender el piano de cola que perteneció a su madre, pero al pensarlo Lauren sentía que se le partía el corazón. Aquel piano ahora le pertenecía a ella, y había sido su compañero de tristezas y de alegrías en sus años de estudio, y lo echaba de menos desde que vivía en Michigan, pues ya no podía sentarse ante el teclado y desahogarse con la música. En cualquier caso, su padre no andaba demasiado bien de salud, y si no pagaban pronto, se arriesgaban a que sufriera una recaída y que se negaran a ingresarle.

El viernes, a última hora de la tarde, Lauren se pasó por el departamento de relaciones públicas y Susan Brook la llamó desde su escritorio.

-El cumpleaños de Jim es el jueves de la semana próxima -le dijo-. En la empresa tenemos la costumbre de prepararle una tarta al jefe. Además, la tarta y el café son una buena excusa para dejar de trabajar un cuarto de hora, por lo menos.

-Muy bien. Entonces traeré la tarta.

Lauren se marchó deprisa después de despedirse de Susan, pues Philip Whitworth la invitaba a cenar aquella noche y no quería llegar tarde.

En el trayecto hasta su casa, consideró la posibilidad de contarle a Philip lo que había

oído de Curtis. Aquel asunto le resultaba muy enojoso, pues antes de comprometer la reputación de nadie quería estar bien segura, y el hecho era que no lo estaba. Por otra parte, también había pensado que para Philip podía resultar «material valioso» la información que tenía acerca del proyecto Rossi y que quizás le pagaría la prometida gratificación de diez mil dólares si se la proporcionaba, pero la simple idea le parecía indigna, y la rechazó inmediatamente. Al fin resolvió escribir al hospital ofreciendo tres mil dólares, que era la máxima cantidad que podía pedir prestada en un banco.

Ya en la oficina, Philip le preguntó si le gustaba su trabajo en Sinco. Lauren respondió que sí, y a continuación él dijo:

¿Has oído mencionar alguno de los nombres que te di?

Lauren vaciló un instante antes de contestar.

-No.

Philip dejó escapar un suspiro de desaliento.

-Ahora mismo se han puesto en concurso unos contratos importantísimos. Antes de que concluya el plazo para presentar ofertas, debemos saber quién le está pasando la información a Sinco. Es cuestión de pocas semanas y necesito esos contratos urgentemente.

Al verle tan preocupado, Lauren se sintió culpable por no decirle lo que sabía de Curtis y Rossi, pero estaba entre la espada y la pared: o su lealtad a Philip o su tranquilidad de conciencia. -Ya te dije yo que Lauren no iba a poder ayudarnos -intervino Carter.

-De todas formas, todavía es pronto para saber nada -se defendió Lauren-. Últimamente me han trasladado al piso dieciocho, para colaborar en un proyecto especial, así que he pasado varios días sin trabajar en Sinco la jornada completa... hasta ayer, cuando Nick... el señor Sinclair se marchó a Italia.

El nombre de Nick actuó como una descarga eléctrica en los tres Whitworth, que clavaron en ella sus ojos con renovado interés.

- ¡Lauren, eres fantástica! -exclamó Carter entusiasmado-. ¿Cómo te las has arreglado para que te pusieran a trabajar con él? Debes tener acceso a un montón de asuntos confidenciales y...

-Yo no hice nada para que me mandaran a trabajar con él -interrumpió Lauren. Fui requerida porque al rellenar los formularios puse que hablo italiano y precisamente necesitaban una secretaria que lo dominase para trabajar temporalmente en un proyecto especial.

- ¿Qué tipo de proyecto? -preguntaron Carter y Philip al unísono.

Lauren, muy violenta, dirigió una mirada a Carol, que parecía querer devorarla con los ojos, y después, dirigiéndose al padre y al hijo dijo:

-Philip, acordamos cuando accedí a trabajar en Sinco que lo único que debía hacer era decirte si oía mencionar alguno de los seis nombres que me diste, así que, por favor, no me preguntes nada más. Si yo hablo, me pondría a la altura del espía que quieres descubrir.

- Tienes toda la razón, querida.

Una hora más tarde, cuando Lauren ya se había marchado, Philip hablaba con su hijo de esta manera:

-Lauren ha dicho que Sinclair salió ayer para Italia. Podrías llamar a tu amigo el piloto, a ver si puede averiguar su plan de vuelo. Quiero saber a qué lugar de Italia ha ido.

- ¿De verdad crees que sea tan importante?

-Por la reacción de Lauren, debe serlo, pues de lo contrario nos lo habría contado sin ningún problema. En caso de que averigüemos dónde ha ido Sinclair, mandaremos un equipo de detectives para que le sigan. Tengo la corazonada de que mi hijastro debe estar metido en algo grande.

Lauren miró el termómetro de la pared y decidió ponerse unos pantalones y su jersey amarillo de lana. A pesar de que era domingo y de que la tarde estaba soleada y apacible, se sentía sola y triste encerrada en su lujosa casita. Para matar el aburrimiento, había decidido salir a buscar un regalo para Jim, y en ello pensaba precisamente cuando el sonido del timbre

vino a sorprenderla.

Abrió la puerta y se quedó unos momentos paralizada, contemplando con sorpresa al visitan-te que parecía llenar la entrada con su elevada estatura. Era Nick, tan guapo como siempre, en mangas de camisa y con un jersey sobre el hombro.

-Hola, ¿qué estás haciendo aquí?

-No tengo ni idea.

-No irás a contarme la historia típica de que pasabas por aquí y se te ocurrió hacerme una visita...

-¡Vaya! ¿Cómo no se me habrá ocurrido? -exclamó Nick en tono burlón-. Bien, ¿vas a invitarme a entrar o no?

-No lo sé. ¿Tú crees que debería?

Nick la miró lentamente de arriba abajo, deteniéndose especialmente en sus labios y vol-viendo por fin a sus ojos.

-Yo en tu lugar cerraría la puerta ahora mismo.

Aunque aquella muda insinuación no podía resultar más tentadora, Lauren se ratifico en su propósito de no ceder ni un palmo.

-Muy bien, en ese caso, seguiré tu consejo. Adiós, Nick -y mientras de disponía a cerrar la puerta, añadió-: Gracias por pasarte por aquí.

Nick acató su decisión con un gesto vago, y Lauren, muy a su pesar, cerró de golpe y se alejó de allí aunque las piernas querían negarse a obedecerla, mientras se repetía una y otra vez que hubiera sido una locura darle la oportunidad de acercarse a ella. Sin embargo, cuando llegó al salón, su voluntad cedió al impulso de sus deseos. Se dirigió a la puerta, la abrió de golpe y se encontró cara a cara con un Nick muy sonriente.

-Hola, Lauren. Pasaba casualmente por aquí y he decidido hacerte una visita.

Lauren suspiró y le miró a los ojos:

- ¿Qué quieres, Nick?

- Te quiero a ti.

Lauren se dispuso a cerrar la puerta de nuevo, pero Nick se lo impidió:

- ¿De verdad quieres que me vaya?

-Ya te dije el miércoles que lo que yo te dije no tiene nada que ver con lo que es mejor para mí, así que...

- Te prometo que no voy a quitarte los vestidos, ni los novios, ni nada... Y si me prometes que no me llamaras nunca «Nicky», tampoco te morderé.

Lauren se dio finalmente por vencida y le dejó pasar.

-Pensándolo bien -murmuró Nick-, me retracto de lo dicho, porque creo que sí voy a morderte.

- ¡Pervertido! -exclamó Lauren, que estaba tan nerviosa que no sabía muy bien lo que decía.

- Si vienes aquí te demostraré en un momento lo muy pervertido que soy.

-De eso nada. ¿Quieres un café o un refresco?

- Cualquier cosa, me da igual.

-Entonces haré café.

-Bésame primero.

Lauren le lanzó una mirada asesina por encima del hombro y se dirigió a la cocina. Nick la siguió y se quedó contemplándola desde la puerta, mientras ella preparaba el café.

- ¿Con lo que yo te pago puedes permitirte vivir en una casa como está?

-No. En esta zona hay un gran problema con los ladrones, así que vivo aquí gratis con la condición de vigilar la casa.

Nick avanzó hacia ella y se colocó detrás.

- ¿Me has echado de menos?

- ¿Tú qué crees?

Nick se echó a reír.

Librodot

-Vamos bien. ¿Cómo cuanto?

- ¿Qué pasa? ¿Es que estás deprimido y necesitas que te halaguen un poco?

- Sí.

- ¿Por qué?

-Porque una preciosidad de veintitrés años me ha dado calabazas y no puedo dejar de pensar en ella.

- Qué pena me das, chico -dijo Lauren disimulando a duras penas su satisfacción.

- ¡Y que lo digas! Una verdadera lastima... Esa chica es como una espinita que llevo clava-

da a todas horas: tiene unos ojos de ángel, un cuerpo alucinante, habla como un profesor de inglés y

tiene una lengua afilada como un cuchillo.

-Gracias...

Nick la rodeó con sus brazos.

-Además... me gusta.

Empezó a besarla lentamente las sienes, las mejillas, y cuando Lauren esperaba con los ojos cerrados el dulce contacto de sus labios en la boca, él se desvió intencionadamente, recreándose en la suavidad de la piel de su cuello, subiendo hasta mojar con la lengua los sensibles repliegues de su oreja, mientras Lauren, atrapada contra la mesa de la cocina, no podía hacer más que quedarse inmóvil, abandonándose a aquel torbellino de sensaciones deliciosas.

-Bésame, Lauren -susurró Nick, acercándose mucho a sus labios.

-No -repuso ella con voz trémula.

Nick siguió recorriendo con sus labios su rostro y su cuello, dejando en su piel un rastro húmedo y caliente. Lauren temblaba.

-Dios mío -susurró Nick, estremeciéndose.

-Nick, por favor.

-Por favor, ¿qué? -murmuró él sin despegar los labios de su sien-. ¿Quieres que me vaya?

- ¡No!

- ¿No? ¿Quieres que te bese, que te quite la ropa y que te haga el amor?

Sus labios se encontraban cerca, muy cerca, y Lauren ardía en deseos de tomarlos entre los suyos y revivir su sabor...

-Por favor, bésame -murmuró Nick-. No sabes cuántas veces he soñado con tus besos y con tu piel suave y caliente...

Con un suave gemido, Lauren deslizó las manos por su pecho y le besó en la boca. Nick se estremeció en cuanto le tocó, y después la estrechó contra sí casi con furia, devolviéndole el beso con una pasión arrolladora.

Cuando se separaron, el deseo inundaba todos los sentidos de Lauren como un torbellino.

- ¿Dónde está el dormitorio? -murmuró Nick con voz ronca.

Lauren le miró a los ojos, vio en ellos una tormenta de pasión desencadenada, y recordó aquella otra vez en que sus ojos habían ardido del mismo modo y ella se había rendido confiadamente a sus deseos. Recordaba cómo le había hecho el amor en Harbor Springs, acariciándola como si nada le pareciese bastante y después la había mandado a casa fríamente... Porque al fin y al cabo él era capaz de hacer el amor con una mujer sólo por el placer físico que ello le procuraba... sin sentir nada más por ella.

-Nick, antes de nada, creo que debemos conocernos mejor.

- Si ya nos conocemos... íntimamente.

-Lo que yo quiero decir es que... deberíamos conocernos mejor antes de empezar nada. Nick la miró con impaciencia.

-Nosotros ya hemos empezado, Lauren, y yo quiero seguir. Y tú también.

-No, yo...

Lauren se interrumpió con un quejido porque Nick acababa de acercar las manos a sus se-nos, y estaba acariciando con movimientos lentos sus pezones.

- ¿No lo ves? Estoy sintiendo cómo me deseas -dijo, atrayéndola hacia sí por la cintura. Lauren sintió la rigidez inequívoca de su virilidad.

- ¡Yo también te deseo! -añadió Nick con voz enronquecida-. Dime, ¿qué más necesitamos saber el uno del otro? Lo demás no importa...

- ¿Qué lo demás no importa? -dijo Lauren indignada, separándose de él a la fuerza-. ¡Cómo puedes afirmar eso! Ya te he dicho que yo no puedo ni quiero iniciar una relación vacía y pasajera en la que los sentimientos no cuenten para nada. ¿Qué es lo que quieres hacer conmigo?

-Estoy intentando entrar contigo en ese dormitorio para liberar de una vez la pasión que nos ha estado atormentando a ambos desde hace dos semanas. Quiero hacer el amor contigo hasta que no nos queden fuerzas. En una palabra, quiero...

-Y después, ¿qué? -preguntó Lauren acaloradamente-. ¡Quiero estar al tanto de las reglas del juego, maldita sea! Hoy hacemos el amor y mañana seremos como simples conocidos, ¿no es eso? Mañana tú puedes acostarte con otra mujer si te apetece y a mí no debe importarme, ¿no es eso? También yo puedo acostarme con cualquier otro hombre, que a ti te traerá sin cuidado... ¿no es cierto?

- Sí.

Lauren ya sabía en qué lugar se encontraba: Nick la deseaba más que antes, era cierto, pero sus sentimientos hacia ella seguían siendo nulos.

-El café ya está listo -dijo con voz cansada.

-Yo también estoy listo -dijo Nick con aspereza.

- ¡Pues yo no! -estalló Lauren-. Yo no estoy dispuesta a ser tu compañera de cama del domingo por la tarde. Si te aburres, búscate a otra que no le importe divertirse contigo un rato en la cama.

- ¿Se puede saber qué es lo que quieres de mí?

«Quiero que me ames», pensó Lauren con tristeza.

-No quiero nada de ti. Márchate de una vez y déjame en paz.

Nick la midió con una mirada insolente.

-Antes de marcharme, déjame que te dé un consejo: ¡procura madurar un poco!

- ¡Tienes toda la razón! -gritó Lauren, que había llegado al colmo de su paciencia-. A partir de hoy, voy a dedicarme a madurar, y para ello seguiré tu consejo y me acostaré con todos los hombres que me atraigan. Pero contigo no, porque eres demasiado viejo para mi gusto y no soporto tu cinismo. ¡Y ahora lárgate de aquí!

Nick sacó un pequeño estuche del bolsillo y lo arrojó sobre la mesa.

- Te debía un par de pendientes -dijo, saliendo de la cocina a grandes pasos.

Lauren abrió la caja con manos temblorosas, pero, en lugar de encontrar los pendientes de oro de su madre, descubrió en su interior dos perlas alargadas, en forma de lágrima... Cerró la caja de golpe. ¿Qué era aquello? ¿Su regalo de Italia?

Lauren subió a coger el bolso, con la idea de marcharse a buscar un regalo para Jim como si nada hubiera ocurrido. Nick Sinclair ya no iba a atormentarla nunca más. ¡Nunca más! Abrió de un tirón el último cajón de la cómoda y apareció ante sus ojos el jersey de lana gris que había tejido para aquel... bastardo.

Lauren lo sacó de un tirón. Jim debía usar aproximadamente la misma talla que Nick, y el color gris le gustaba mucho. Seria un estupendo regalo de cumpleaños.

Capítulo 9

Lauren entró en la oficina el día siguiente con uno de sus trajes favoritos y con una

radiante sonrisa en el rostro. Jim la recibió agradablemente sorprendido.

-Hola, Lauren, estás preciosa. Pero dime, ¿no se suponía que deberías estar arriba? -Ya no.

Lauren daba por hecho que después de haber dejado claro de una vez por todas que no se prestaba al juego de Nick, él ya no querría volver a verla por su despacho. Con aire eficiente, le entregó la correspondencia a Jim.

Pero cinco minutos más tarde, los hechos vinieron a demostrar que se había equivocado en sus suposiciones. Nick llamó por teléfono indignado.

- ¡Sube ahora mismo! Te dije que a partir de hoy te quería en mi oficina todo el día, así que muévete.

Dicho esto, colgó de golpe, y Lauren se quedó mirando el auricular como si mordiera, com-

pletamente desconcertada. En todos los días de su vida no había visto a una persona tan indignada.

- Creo... que lo mejor será que suba cuanto antes -dijo, levantándose ante la mirada estupefacta de Jim.

-Pero... ¿qué diablos le pasa a ese hombre? ¿Qué mosca le ha picado?

- Creo que yo -suspiró Lauren sin pararse a mirar la sonrisilla comprensiva de Jim.

Lauren entró en el despacho de Nick, con una calma que estaba muy lejos de sentir. Esperó de pie un par de minutos, sin decir nada, pero como Nick, que estaba escribiendo, no se dignara a mirarla, avanzó directamente hacia su mesa con el estuche de joyería en la mano.

-Estos no son los pendientes de mi madre, así que no los quiero. Los de mi madre eran de oro, no de perlas; por supuesto, deben ser mucho más baratos que éstos, pero su valor sentimental es incalculable. Para mí son muy importantes, y quiero recuperarlos a toda costa. ¿Lo comprendes o no eres capaz de eso siquiera?

- Sí, lo comprendo -dijo Nick fríamente, sin levantar la vista del papel -. Pero en cualquier caso, tus pendientes se han perdido. Por eso he querido compensarte con algo que también tu-viera valor sentimental para mí. Esos son los pendientes de mi abuela.

Lauren sintió un nudo en la garganta.

-De todas formas, no puedo aceptarlos -dijo sin rastro de resentimiento.

-Entonces, déjalos ahí.

Lauren dejó la caja sobre el escritorio y salió al despacho que compartía con Mary, quién la recibió con una sonrisa.

-Dentro de unos días se espera la llamada del señor Rossi, y Nick quiere que estés disponible... para traducir la conversación. Hasta entonces, te agradecería mucho que me ayudases un poco con mi trabajo, y si te queda tiempo también puedes subirte algo de Jim.

Durante los tres días que siguieron, Lauren conoció a un nuevo Nick, distante y autoritario, que le causaba más desazón que su incansable perseguidor de antes. Cuando no estaba al teléfono o en alguna reunión, dictaba cartas o trabajaba en su escritorio. Llegaba el primero por las mañanas, y cuando Lauren se marchaba por la noche, él todavía se quedaba trabajando. Poco a poco, Lauren empezó a creer que al menor error que cometiera, Nick aprovecharía para despedirla, así que andaba con pies de plomo a todas horas.

Pero el miércoles Lauren incurrió en el fallo que tanto había temido: nada menos que olvidar un párrafo entero de un contrato que Nick le había dictado con todo detalle. En cuanto la llamó con voz furibunda por el intercomunicador, Lauren supo que había llegado su hora y se encaminó, temblorosa y asustada, a su despacho. Pero en lugar de dirigirle una reprimenda terrible, que era lo que ella se había esperado, Nick se limitó a enseñarle la equivocación y a devolverle el papel.

-Repítelo -dijo secamente-. Y esta vez, por favor, házmelo bien.

El mismo día, cerca de las doce, llegó una visita. Una mujer morena, extraordinariamente bella.

-Hola. Soy Vicky Stewart. Estaba hoy en el centro y me he pasado por aquí. ¿Sabe si

Nick, es decir, el señor Sinclair, está libre para la comida? Bueno, en cualquier caso, no le avise. Entraré yo misma en el despacho para darle una sorpresa.

Unos minutos después, Nick y Vicky salieron del despacho y se dirigieron a los ascensores cogidos de la mano y muy sonrientes. Lauren intentó concentrarse en su máquina de escribir, pensando que el acento de Vicky Stewart era odioso, tanto como su sonrisa y su manera posesiva de mirar a Nick... ¿Pero por qué la odiaba tanto si no la conocía? Pues porque ella, Lauren Danner, es-taba perdidamente enamorada de Nick Sinclair. Enamorada sin remedio.

Mary Callahan, que se disponía a marcharse para comer, la observó con una sonrisa comprensiva.

-No te preocupes demasiado, querida. Ha habido muchas Vickys antes en su vida, y te aseguro que no duran demasiado.

- ¡Me trae sin cuidado lo que haga! -exclamó Lauren orgullosamente.

- ¿Ah, sí?

Aquella noche, en su casa, mientras preparaba la tarta para Jim, Lauren decidió que había llegado al límite de sus fuerzas y que ya no lo soportaba más. Era el momento de mandar al diablo a

Nick y a Philip, hacer las maletas y volverse tranquilamente a su casa... o lo que era mejor, podía quedarse en Detroit y buscar otro trabajo en cualquier otra empresa que necesitara una secretaria cualificada y bilingüe. Y en cuanto al problema económico, lo solucionaría rápidamente telefoneando a Jonathan Van Slyke, un antiguo profesor de música que siempre había deseado comprar el piano de cola de su madre.

A pesar del dolor que le causaba desprenderse de un recuerdo tan querido, Lauren se sintió interiormente tranquila por vez primera en muchas semanas. En primer lugar, buscaría un apartamento barato y se trasladaría allí. Mientras tanto, iba a seguir trabajando en Sinco con su mejor voluntad, pues ella no estaba dispuesta a hacer el trabajo sucio de nadie, y mucho menos si ello implicaba traicionar a Nick.

A la mañana siguiente, Lauren llegó al edificio de Global Industries con la tarta y el jersey para Jim. Se sentía contenta y de buen humor y sonrió alegremente al ejecutivo de avanzada edad que acababa de entrar con ella en el ascensor.

Cuando llegaron al piso número trece, el hombre salió y se dirigió por el pasillo a la oficina de seguridad. La principal misión de la oficina de seguridad consistía en proteger las mercancías va-liosas de Global Industries, especialmente aquellas relacionadas con contratos del Estado. Sin embargo era de índole burocrática, pues por allí pasaban los informes y demás papeles. Jack Collins, el hombre del ascensor, era el director de la sección de Detroit, y estaba próximo a retirarse, por lo que aceptaba su rutinaria ocupación con más resignación que entusiasmo.

Cuando llegó a las oficinas, su ayudante, un individuo gordo y flemático, se apresuró a quitar los pies de encima del escritorio.

- ¿Ocurre algo? -preguntó el joven.

-Probablemente no es nada -respondió Jack sacando de su maletín una carpeta en la que se leía: «Departamento de seguridad. Informe de investigación/Lauren E. Danner/Empleada nº98.753»-. Acabo de recoger este informe que han elaborado en investigación. Se trata de una secretaria de Sinco.

- ¿Una secretaria? -preguntó Rudy extrañado-. No sabíamos que aquí nos dedicáramos a investigar a las secretarias.

-Normalmente no. Pero se trata de un caso especial, porque esta mujer ha sido destinada a colaborar en un proyecto de máxima prioridad y altamente confidencial.

- ¿Y hay algún problema?

- Sí. Nuestros detectives se han desplazado a Missouri y su anterior jefe les ha dicho que la chica trabajó con él media jornada durante cinco años, compaginando esto con sus estudios en la universidad, y no la jornada completa, como el jefe de personal de Sinco creía.

-Entonces la chica mintió al rellenar los formularios, ¿no es eso?

- Sí, pero no fue en eso precisamente en lo que mintió. La cuestión es que no puso que había asistido a la facultad. Los detectives han averiguado en la universidad que además de graduarse, obtuvo un master.

- ¿Y por qué crees que habrá ocultado sus estudios?

-No lo sé; precisamente eso me extraña mucho. Lo comprendería mejor su hubiera mentido en sentido contrario, diciendo que había ido a la universidad cuando en realidad no había ido. Cualquier persona sabe que con un título universitario tiene más probabilidades de colocarse.

-¿Y has descubierto algo más que no te guste?

-No -mintió Jack-. Sólo quiero someterla a una investigación más profunda para quedarme tranquilo. Este fin de semana debo internarme en el hospital para someterme a una revisión, pero el lunes empezaré a trabajar en ello.

- ¿Por qué no me dejas que vaya haciendo algo yo mientras estás en el hospital?

- Si se prolonga la revisión más de lo esperado, te llamaré y te daré instrucciones para que inicies tú la investigación.

-Hoy es mi cumpleaños -anuncio Jim nada más ver a Lauren-. Normalmente. La secretaria suele traer una tarta para su jefe. Pero supongo que tú, como llevas poco tiempo, no lo sabías. Lauren se echó a reír satisfecha de poder mirar a Jim cara a cara libre del peso del compromiso adquirido con Philip.

-Pues mira, no sólo te he traído la tarta reglamentaria, sino que también tengo aquí un regalo para ti, hecho por mí misma.

Jim desenvolvió el paquete, ansioso como un chiquillo, y sonrió entusiasmado al ver el jersey.

-No deberías haberte molestado... pero me alegro mucho, porque me encanta.

-Este jersey es tu regalo de cumpleaños y también una muestra de agradecimiento por tu ayuda.

-Gracias a ti, Lauren. Y a propósito de ayuda, siento no poderte echar una mano con Nick. Mary me ha comentado que parece una carga de dinamita a punto de estallar, pero que tú aguantas el temporal con entereza. Está encantada contigo. Te la has ganado.

-A mí también me gusta ella -murmuró Lauren, entristeciéndose un poco al oír el nombre de Nick.

Cuando Lauren se hubo marchado y él se quedó solo, Jim cogió el teléfono y marcó el número de Mary.

-Hola, Mary. Soy Jim. Dime, ¿qué ambiente se respira por ahí esta mañana? -Huele a pólvora. Yo diría que el ambiente está explosivo.

- ¿Va a estar Nick en su despacho esta tarde?

- Sí. ¿Por qué?

-Porque he decidido acercarle una cerilla encendida a ver qué ocurre.

- ¡Jim, no lo hagas! -exclamó Mary bajando la voz.

-Nos veremos un poco antes de las cinco, preciosa.

Cuando volvió de comer, Lauren se encontró en su escritorio un maravilloso ramo de rosas rojas en un jarrón, acompañadas de una nota que decía: «Gracias, mi amor. J.». Nick la observaba mientras tanto apoyado en el marco de la puerta con ojos fríos e inexpresivos.

- ¿Algún admirador secreto? -preguntó con ironía, hablándole con voz personal por vez primera en cuatro días.

-No exactamente.

- ¿Quién es él?

-No estoy del todo segura.

- ¿Qué no estás segura? ¿Cuántos hombres conoces cuyo nombre empiece por «J»? ¿Qué hombre de los muchos con quienes sales sería capaz de gastarse más de cien dólares en

flores para darte las gracias?

- ¿Cien dólares?

- Se ve que cada vez te van mejor las cosas. Debes haber aprendido mucho para dejarlos tan contentos.

- ¡Es que ahora tengo mejores profesores!

Después de atravesarla literalmente con la mirada, Nick se internó en su oficina y la dejó so-la durante el resto del día, hasta que a las cinco menos cinco, exactamente, Jim hizo su entrada triunfal en el despacho vestido con su nuevo jersey gris.

- ¿Dónde está Mary?

- Se marchó hace casi una hora -le informó Lauren-. ¡Ah! Me encargó que te dijera que el extintor más cercano está al lado del ascensor... no sé qué querrá decir, pero bueno... Espera un momento, que voy a llevarle estas cartas a Nick y ahora mismo vuelvo.

Lauren se puso de pie sin saber lo que estaba a punto de ocurrir, y que ocurrió en cuestión de segundos.

- Te echo de menos todo el día, cariño -susurró Jim, atrapándola entre sus brazos. Un momento después la soltó con tal brusquedad, que la dejó tambaleándose.

- ¡Nick! Mira el jersey que Lauren me ha regalado por mi cumpleaños. Lo ha hecho ella misma. Te he traído un trozo de mi tarta de cumpleaños para que la pruebes... también la ha hecho ella. Toma, ahora me voy. Hasta luego, Lauren, amor mío.

Lauren le siguió con la mirada completamente atónita, y de pronto se sintió zarandeada.

- ¡Eres una fulana! ¡Le has regalado mi jersey! Dime: ¿le has dado a él algo más de lo que me pertenece a mí?

- ¿De qué estás hablando?

-De tu apacible cuerpo, nena. De eso estoy hablando.

- ¡Cómo te atreves a insultarme, hipócrita! Desde que te conozco, me has repetido mil ve-ces que te parece muy bien que una mujer satisfaga sus necesidades sexuales con el hombre que quiera y cuando le apetezca. Y ahora... ahora que crees que yo he hecho eso... ¡me insultas! ¡Y encima tú! ¡Tú! ¡Tú que serías sin duda el campeón en los juegos olímpicos de resistencia en la cama!

Nick la soltó como si su solo contacto le produjera calambres.

- Sal de aquí, Lauren -susurró con furia contenida.

- ¿Se puede saber qué bicho te picó ayer? -preguntó Lauren a Jim al día siguiente en cuanto entró en la oficina.

-Yo diría que fue un impulso irreprimible.

- ¡Pues yo diría que estás completamente loco! ¡ No te puedes ni imaginar cómo se puso conmigo! ¡Me llamó de todo! Yo creo... que él también está loco.

-Ahí está -afirmó Jim-. Está loco por ti. Mary y yo estamos convencidos.

-Estáis locos todos -suspiró Lauren-. Lo peor es que tengo que subir allí arriba a trabajar con él, y no sé qué voy a hacer, ¿comprendes?

-Yo te aconsejo cautela.

Jim tenía razón,, pues a partir de aquel día, la vida en la oficina se convirtió en un verdadero infierno; Nick trabajaba todo el día como un poseso, sin dejar de repartir órdenes, amenazas y gritos a diestro y siniestro, de manera que el ambiente tenso y de terror que se estaba creando en el piso dieciocho no tardó en extenderse al resto de las secciones, hasta que llegó un momento en que nadie se atrevía a reír en voz alta en las escaleras, en los ascensores, ni a cotillear como de costumbre, junto a las fotocopiadoras.

Había sin embargo dos personas para las que Nick era siempre amable. Una de ellas, Mary y la otra Vicky. Vicky llamaba tres veces al día por lo menos, y Nick, por muy ocupado que se encontrara siempre tenía tiempo para atenderla y charlar con ella. Desde su escritorio, Lauren oía sin querer su voz seductora y melosa cuando hablaba con aquella mujer, y el

corazón se le encogía de rabia.

El miércoles por la tarde, Nick debía salir de viaje a Chicago, para alivio de Lauren, que después de tantos días de contener los nervios y las lágrimas a duras penas, no veía el momento de ver-le marchar.

A las cuatro, dos horas antes de la prevista para su salida, Nick llamó a Lauren a la sala de juntas para que tomase notas, junto con Mary, en una reunión de financieros. En medio de la reunión, que discurría con toda normalidad, se oyó la voz destemplada de Nick:

- ¡Anderson! ¡Si procura dejar de mirar el busto de la señorita Danner estoy seguro de que la reunión acabará sin incidentes!

Lauren se sonrojó hasta las orejas, la igual que el señor Anderson.

En cuanto salió el último financiero de la sala de juntas, Lauren, haciendo caso omiso de la mirada de advertencia de Mary, se volvió hacia Nick hecha una furia.

- ¡Supongo que estarás satisfecho! ¡No sólo me has humillado a mí, sino que casi le provocas un infarto a ese pobre anciano! ¿Qué será lo siguiente? ¡Me muero de ganas de saberlo!

-Despediré a la primera mujer que se atreva a abrir la boca -dijo Nick fríamente antes de salir de allí.

Lauren, fuera de sí, quiso seguirle, pero Mary la retuvo.

-No discutas con él -dijo la mujer mirando a Nick con una sonrisa beatífica, como si estuviera contemplando un prodigio divino-. Tal y como está hoy de humor, te despediría en menos que canta un gallo; y después se arrepentiría durante toda la vida. Además, afortunadamente, pasará dos días en Chicago, así que tendremos tiempo para recuperarnos. Mañana tú y yo nos vamos a ir a comer por ahí; a Toni’s, si te apetece. Nos lo hemos ganado.

Al día siguiente, en cuanto estuvieron sentadas a la mesa del acogedor restaurante, Mary miró a Lauren con los ojos chispeantes e inició la inevitable conversación.

- ¿Quieres que hablemos de Nick?

Lauren se atragantó con el vino.

-Por favor, Mary, no estropeemos una comida agradable. Ya he tenido bastante de Nick.

- ¿Es que te ha hecho algo malo?

- Sí. Después de tratar este tiempo con él, he llegado a la conclusión de que es un tirano egoísta, arrogante e insoportable.

-Pero tú le amas.

Aquello no era una pregunta, sino una afirmación en toda regla.

- Sí -respondió Lauren de mala gana.

-Estaba segura -dijo Mary con una sonrisa triunfante-. Y te diré que tengo serias sospechas de que él también está enamorado de ti.

Lauren volvió la cabeza hacia la ventana, intentando contener la lágrimas.

- ¿Sí? ¿Qué razones tienes para pensar eso?

-Pues mira; para empezar, no te trata como a las demás mujeres que han pasado por su vida.

-Eso es cierto. Con las demás es amable, incluso -murmuró Lauren con amargura.

- ¡Exactamente! Nick siempre ha tratado a las mujeres con una especie de indulgencia burlona... o tolerante indiferencia. Mientras la relación va bien es atento y encantador, pero en cuanto empieza a aburrirse de ella, las cosas cambian, y suele liberarse con buenos modales de la chica de turno. Nunca, que yo sepa, ha sentido por ninguna mujer algo más que cierto afecto o atracción sexual. He visto muchas mujeres intentando provocar en él celos, pero Nick en esos casos reacciona siempre con indiferencia. Y sin embargo tú... -prosiguió Mary mirándola pensativa- ...tú has conseguido ponerlo furioso de verdad. Está furioso contigo y consigo mismo, y aún así no ha hecho nada para apartarte de su vida; ni siquiera te ha mandado abajo, con Jim. ¿A ti no te extraña que te mantenga en su despacho sólo por si al señor Rossi se le ocurre llamar?

-Yo creo sinceramente que quiere tenerme cerca para vengarse de mí.

-Es posible. Quizás quiera vengarse por los sentimientos que has despertado en él. O

Librodot

también puede ser que esté intentando buscarte algún defecto; un motivo para rechazarte. No lo sé. Nick es un hombre muy complicado; yo le conozco desde que era pequeño y sé lo que sufrió cuan-do su madre le abandonó. Jim, Ericka y yo somos sus mejores amigos, y sin embargo siempre guarda las distancias con nosotros... En realidad, no se deja conocer del todo. ¿Qué te pasa, Lauren? ¿Por qué me miras de esa forma tan extraña?

-Es que no sé si yo te estoy entendiendo mal, o es que tú te has equivocado de mujer. Deberías estar hablando con Ericka no conmigo.

-No digas tonterías...

- ¿Es que no leíste en el periódico la reseña que se hacia de la fiesta de Harbor Springs?

-

dijo Lauren, ruborizándose-. Yo estuve con Nick en Harbor Springs, y un buen día me mandó a casa porque Ericka iba a llegar. Pero de eso me he enterado después, él me dijo que esperaba a un socio suyo.

- ¡Si lo es de verdad! -exclamó Mary, apretándole la mano por encima de la mesa-. Son muy amigos, y también socios en algún negocio... pero nada más. Nick es miembro del consejo directivo de la empresa del padre de Ericka, y éste a su vez también forma parte del consejo de Global Industries. Nick iba a venderle la casa de la Cueva a Ericka; probablemente aquel día andaría allí para cerrar el trato.

Lauren sintió un estallido de alegría en su corazón, pero duró poco, pues su sentido común le decía que, a pesar de los pesares, su relación con Nick era imposible.

-Dime, Mary, ¿Nick quería mucho a su madre antes de que le abandonara?

-La adoraba, Lauren. Y la siguió adorando durante mucho tiempo, hasta que se cansó de esperarla y se la arrancó del corazón.

En aquel momento, Tony se acercó a su mesa y le entregó a Mary una nota escrita a mano. -Acaba de llamarte por teléfono este señor. Dice que necesita unos papeles que tienes guardados en la oficina.

Mary leyó el nombre escrito en el papel.

-Voy a tener que marcharme. No te preocupes, Lauren. Tú quédate y termina de comer.

- ¿Por qué no has terminado tu plato de pasta? ¿Es que no es de tu agrado? -preguntó Tony, mirando con desolación el plato casi intacto de Lauren.

-No ha sido por eso, Tony -se apresuró a declarar Mary a la vez que cogía su bolso y se levantaba-. Lo que pasa es que he estado hablando con Lauren de Carol Whitworth, y creo que se le ha quitado el apetito.

Aquel nombre estalló en los oídos de Lauren, como una bomba. No, no podía haberlo entendido bien. Carol Whitworth...

- ¿Lauren? ¿Te encuentras mal?

Tony la zarandeó ligeramente mientras Lauren, con los ojos muy abiertos, seguía con la mi-rada a Mary.

- ¿Qué nombre ha dicho Mary, Tony? -consiguió decir por fin.

- Carol Whitworth. La madre de Nick.

Lauren le miró con los ojos nublados por la angustia.

- ¡Dios mío! ¡Dios mío, no!

Lauren regresó a la oficina en un taxi. Llamó a Mary desde el teléfono del vestíbulo.

- ¿Mary? Hola, soy Lauren. Mira, no me encuentro bien, me voy a casa.

Aquella noche, envuelta en un chal de lana y con la mirada fija en la chimenea vacía de su apartamento, Lauren recordó con escalofríos su última visita a la casa de los Whitworth: Carol Whitworth presidía la mesa, escuchando impasible cómo los demás injuriaban a su propio hijo. Su hijo. El hijo al que abandonó. ¡Aquella mujer no podía tener entrañas!

Y después, la cuestión del espionaje... En el caso de que fuera cierto que Nick estuviera pagando a alguien para averiguar las ofertas de Whitworth Enterprises, no le culpaba, pues ella misma, de haber podido, habría acabado en aquel mismo momento con la empresa de Philip.

Aunque Nick la amara realmente, como Mary pretendía, ya era imposible esperar nada, pues en cuanto él averiguase que estaba emparentada con los Whitworth lucharía para ahogar sus sentimientos, tal y como había hecho para olvidar a su madre. Sin duda, también querría saber los

motivos por los que había entrado a trabajar para Sinco, y nunca la creería aunque inventase la más convincente de las mentiras.

Lauren miró a su alrededor con amargura. Había estado viviendo entre lujos y comodidades en el nido de Philip Whitworth que tenía para su amante, pero aquello se había terminado. Volvería a su casa, y si era necesario trabajaría en dos sitios y daría clases de piano para ganar lo suficiente. Todo antes que quedarse en Detroit, cerca de Nick.

- ¿Te encuentras mejor? -le preguntó Jim a la mañana siguiente-. Mary me ha dicho que estuvisteis hablando de Carol Whitworth y que te pusiste enferma.

Lauren, muy pálida, le tendió una hoja de papel sin decir palabra. Jim leyó rápidamente y después la miró asombrado.

- ¿Qué te vas por motivos personales? ¿Qué diablos...? ¿Puedes aclararme esos motivos? -Philip Whitworth es un pariente lejano mío. No he sabido hasta ayer que Carol Whitworth es la madre de Nick.

Jim se incorporó en su asiento, asombrado.

-No entiendo nada. ¿Por qué me dices esto?

-Porque me has preguntado mis razones para abandonar la empresa.

-Bien. Eres pariente del segundo marido de su madre, ¿y qué?

Lauren, que no esperaba tantas preguntas, se dejó caer pesadamente en una silla.

-Jim, ¿es que no se te ocurre que siendo pariente de Philip Whitworth podría estar espiando?

Jim le lanzó una mirada inquisidora.

- ¿Nos has estado espiando?

-No.

-Pero, ¿te pidió Philip Whitworth que lo hicieras?

- Sí.

- ¿Y tú accediste?

-En un principio, sí, pero cuando llegó el momento de la entrevista, cambie de opinión. No me hubieran contratado a no ser por... -y a continuación le relató su primer encuentro con Nick-. Y al día siguiente tú me entrevistaste y me ofreciste el puesto -concluyó-. Yo quería estar cerca de Nick, y como sabía que trabajaba en este mismo edificio, acepté el trabajo. Pero te aseguro que no le he pasado ningún tipo de información a Philip.

-No puedo creerlo -murmuró Jim,. Llevándose la mano a la frente-. Pero en cualquier caso, no estoy dispuesto a permitir que abandones.

-Pero, ¿qué dices? ¿No tienes miedo a que filtre información a Philip?

-No, porque estoy seguro de que no vas a hacerlo.

- ¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Es cuestión de sentido común. Si fueras a espiar, no me habrías contado que eres pariente de Whitworth. Además, estás enamorada de Nick, y él también está enamorado de ti.

-No creo que él me ame -respondió Lauren con aire ingenuo-. Y aunque me ame, en cuanto descubra quién soy, querrá tenerme lo más lejos posible. Querrá saber por qué solicité trabajo en Sinco, y aunque yo le quisiera contar una mentira, diciéndole que ha sido una mera coincidencia, jamás me creería.

-Mira, Lauren, una mujer puede confesar cualquier cosa al hombre que ama si sabe elegir el momento adecuado. Espera hasta que Nick regrese, y entonces...

Lauren negó enérgicamente con la cabeza.

-No va a poder ser, Jim.

Librodot

- Si dejas el trabajo ahora, no voy a poder darte buenas referencias.

-No las esperaba.

Jim la siguió con la mirada y, después de permanecer varios minutos pensativo, cogió el teléfono y marcó un número.

En la gran sala de juntas donde varios hombres de negocios se sentaban a discutir, una secretaria se acercó a Nick discretamente.

- Señor Sinclair... Siento molestarle, señor, pero el señor James Williams le llama por teléfono y dice que es muy urgente...

Nick se levantó apresuradamente y siguió a la secretaria, que le dejó solo en su despacho. -Hola, Jim. ¿Ocurre algo?

-No, nada. Es que necesito tu consejo.

- ¿Un consejo? ¿Y para pedirme un consejo me interrumpes en medio de una reunión importantísima?

-Ya sé, ya sé. Seré breve. El nuevo jefe de ventas que he contratado puede empezar a trabajar con nosotros dentro de tres semanas; el quince de noviembre, exactamente.

Nick murmuró un juramento entre dientes.

-Me parece muy bien, ¿y qué?

- Te llamo para saber si te parece bien que entre a trabajar en noviembre o si preferirías que esperase hasta enero, como habíamos acordado en un principio. Yo...

- ¡Esto es lo último! -le interrumpió Nick furibundo-. Me trae sin cuidado cuando empiece, y tú lo sabes perfectamente. ¿Qué quiere el quince de noviembre? Pues el quince de noviembre. ¿Hay algo más?

-No, nada más -replicó Jim sin inmutarse-. ¿Qué tal por Chicago?

- ¡Pues mira, hace mucho viento! -gritó Nick-. Oye, si me has sacado de la reunión sólo para preguntarme...

-Está bien, lo siento. Ya te dejo. Ah, a propósito, Lauren me ha presentado su dimisión esta mañana.

Nick recibió la noticia como una bofetada en pleno rostro.

-Hablaré con ella el lunes, cuando vuelva.

-No vas a poder. Su dimisión se ha hecho efectiva inmediatamente. Creo que mañana mismo vuelve a Missouri.

-Debes estar abandonando tus viejas tradiciones -dijo Nick con sarcasmo-. Normalmente, cuando ellas se enamoran de ti tienes que trasladarlas a otras secciones para quitártelas de en-cima. Por lo visto, Lauren te ha ahorrado la molestia.

-Lauren no está enamorada de mí...

-Ese es problema tuyo, no mío.

- ¡Y un cuerno! Querías llevártela a la cama a toda costa, y como ella se ha negado, la has hecho trabajar hasta el agotamiento. Sabiendo que está enamorada de ti, la has hecho coger recados de otras mujeres y...

- ¡A Lauren yo no le importo nada! -replicó Nick furioso-. ¡Y además no tengo tiempo para ponerme a hablar ahora de ella contigo!

Nick colgó de golpe y entró dando grandes zancadas a la sala de juntas, donde le esperaban siete hombres impacientes, ya que habían acordado previamente no atender ninguna llamada si no se trataba de un caso de extrema urgencia.

-Pido disculpas por la interrupción, pero mi secretaria ha dado demasiada importancia a un problema y ha efectuado la llamada.

A partir de entonces, Nick hizo vanos esfuerzos por concentrarse en lo tratado en la reunión, pero su imaginación volaba constantemente hacia Lauren.

Después de meter una tanda de paquetes en el coche, Lauren se detuvo un momento a con-templar las oscuras nubes que cubrían prácticamente el cielo, anunciando lluvia o nieve.

Librodot

Volvió a entrar en el apartamento y dejó la puerta entreabierta para poder salir sin dificultad cuando volviera al coche otra vez cargada. Tenía los pies mojados de andar por los charcos y como aquellas eran las zapatillas que pensaba llevar puestas en el viaje a Missouri se las quitó, y las puso dentro a secar, dejando la puerta abierta.

Subió al dormitorio y allí se cambio los zapatos y cerró la última maleta. Lo único que le quedaba por hacer era escribir una nota a Philip Whitworth, y ya podría marcharse. Después de limpiarse las lágrimas que la cegaban, cogió la maleta y la llevó abajo.

Cuando se encontraba en mitad del salón, oyó unos pasos por detrás, a sus espaldas, que se acercaban desde la cocina. Se volvió inmediatamente y se quedó boquiabierta al reconocer a Nick, que avanzaba hacia ella con una mirada inescrutable. Sabía lo de Philip, no cabía duda.

Horrorizada, Lauren soltó la maleta de golpe, y retrocedió lentamente, con tan mala suerte que tropezó con el brazo del sofá, y cayó de espaldas en éste, quedando tumbada.

Nick paseó la mirada por su cuerpo sin ningún disimulo, y después, con los ojos brillantes de regocijo, dijo:

-Es muy halagador un recibimiento tan directo, nena, pero me apetecería comer algo antes. Lauren se levantó con cautela, pues a pesar de su actitud burlona, había detectado en Nick una actitud que no era normal.

- Quédate ahí. No te muevas -le ordenó él cuando empezó a retroceder.

Lauren se quedó quieta.

- ¿No tenías que estar... en la reunión de empresarios americanos?

-Verás, yo mismo me he hecho esa misma pregunta varias veces en lo que va de día, teniendo en cuenta que he dejado plantados a siete hombres que necesitaban mi voto para unos asuntos de vital importancia.

Lauren reprimió una sonrisa nerviosa; Nick podía estar tenso y enfadado, pero no furioso, lo que significaba que no sabía nada acerca de Philip.

-Me he hecho esa misma pregunta cuando he hecho salir a un pobre hombre de un taxi por-que tenía miedo de llegar demasiado tarde.

-Bien, ya estás aquí -dijo Lauren con voz trémula-. ¿Qué quieres?

- Te quiero a ti.

-Ya te he dicho...

-Ya sé lo que me has dicho. Me has dicho que soy un cínico, demasiado viejo para ti, ¿no es cierto? -ella asintió-. Mira, Lauren, sólo han trascurrido dos meses desde lo de Harbor Springs, y sin embargo, tengo la impresión de que he madurado mucho desde entonces. Pero a lo que iba es que si entonces no te parecía demasiado mayor, no te lo puedo parecer ahora. Así que voy a ir descargando el coche y tú vete deshaciendo las maletas y volviendo a poner la ropa en su sitio.

-Vuelvo a Missouri, Nick.

-No. Tú eres mía, y si te niegas a admitirlo, me veré obligado a llevarte a la cama y demostrártelo allí.

Lauren sabía que era muy capaz de llevar a cabo su amenaza, así que retrocedió otro paso por si acaso.

-Lo único que demostrarías con eso es que eres más fuerte que yo. ¡No te das cuenta de que yo no te pertenezco porque no quiero!

-Pues yo sí quiero pertenecerte a ti. Considerando que soy cínico e inmoral -prosiguió con amargura-, piensa en las mejoras que podrías llevar a cabo en mi carácter.

Lauren sintió ganas de reír y de llorar. Iba a caer en el error de convertirse en la secretaria enamorada de su jefe, prestándose a una aventura secreta, con la esperanza de que él terminase

amándola. Iba a pisotear ella misma su orgullo y su propio respeto, arriesgándose a que algún día Nick averiguase su relación con Philip Whitworth y llegara a odiarla.

-Lauren -susurró Nick con voz ronca-, te quiero -y al ver los ojos cuajados de lágrimas

de Lauren, añadió-: No se te ocurra llorar. Es la primera vez que le digo esto a una mujer, y yo...

De pronto, Lauren se refugió entre sus brazos sin poder contener los sollozos.

-Eres un hombre maravilloso -dijo Lauren con un hilo de voz-. Eres el hombre más maravilloso...

Entonces Nick la besó; la besó con rabia, con voracidad, con pasión, con ternura... y aún no le pareció suficiente. Y después la estrechó contra su corazón palpitante, procurando reprimir sus deseos. Lauren levantó hacia él los ojos.

-No, Lauren. Ahora no. No voy a llevarte inmediatamente a la cama, como hice en Harbor Springs.

Lauren sonrió.

- ¿Es verdad que tienes hambre? Si quieres, puedo prepararte una tortilla.

Nick la besó en la frente.

-Le diré a mi asistenta que me prepare algo mientras me ducho. Después voy a dormir, porque esta noche no he conseguido pegar ojo. Y te aconsejo que tú duermas también, porque esta noche, cuando volvamos de la fiesta, no pienso dejarte dormir hasta por la mañana.

En menos de un cuarto de hora, Nick la ayudó a descargar el coche.

- Te pasaré a recoger a las nueve -le dijo antes de marcharse-. La fiesta es de etiqueta. ¿Tienes algún vestido apropiado?

Lauren detestaba tener que ponerse un vestido de la amiguita de Philip, pero, dadas las circunstancias, no le quedaba otro remedio.

-Pero... ¿dónde vamos exactamente?

-Al baile benéfico para el hospital infantil, en el hotel Westin. Yo soy uno de los patrocinadores y asisto todos los años.

-Habrá muchísima gente... y nos verán juntos -murmuró Lauren preocupada.

- Todo el mundo nos verá juntos... por eso quiero que vengas conmigo. Dime, ¿tiene algo de malo?

-Nada, en absoluto. Además, yo iría contigo a cualquier parte.

Capítulo 10

La primera persona a la que Lauren vio cuando entró en el salón de baile del brazo de Nick, fue Jim. El también los vio a ellos, y se acercó con mal disimulada alegría. Pero el saludo con el que le recibió Nick fue frío y distante.

-Has vuelto muy pronto de Chicago -comentó Jim-. ¿Cómo ha sido eso?

- Tú sabes mejor que nadie por qué.

Jim miró a Lauren con una sonrisa.

-Me encantaría decirte lo preciosa que estás esta noche , Lauren, pero no me atrevo, porque Nick ya está conteniéndose para no romperme la mandíbula de un puñetazo.

-Pero... ¿por qué? -preguntó Lauren, sin comprender nada.

-Por unas rosas rojas y un beso. Pero me parece que se olvida de otra chica de la que yo

siempre he estado enamorado, aunque nunca me he atrevido a pedirle que se casara conmigo.

Verás: Nick se ha cansado de mi falta de decisión, y le ha enviado a Ericka dos docenas de... Nick rompió a reír.

La noche transcurrió entre champán, música y luz. Alrededor de media noche, mientras bailaban muy juntos una melodía lenta, Nick le preguntó:

-Lauren, ¿quieres que nos vayamos ya?

El deseo que ardía en sus ojos grises explicaba la razón, así que Lauren asintió sonriente, y juntos se dispusieron a salir.

Pero de pronto, una voz familiar le provocó a Lauren un escalofrío.

-Nick -saludó Philip Whitworth con una sonrisa hipócrita-. Me alegro de verte. Me parece que no conozco a esta jovencita.

Lauren, un tanto aliviada, apartó los ojos de Philip y se fijó en Carol Whitworth primero y después en Nick. Más que madre e hijo, parecían dos desconocidos.

-Lauren, te presento a Philip Whitworth y a su mujer, Carol.

Unos minutos después, ya dentro del coche, Nick la miró fijamente.

- ¿Te ocurre algo? -le preguntó preocupado.

-Nada -respondió Lauren con un suspiro-. Mary me contó hace unos días que Carol Whitworth es tu madre.

Nick no se inmutó.

- Sí, es cierto.

- Si yo fuera tu madre... me sentiría orgullosa de ti. Cada vez que te mirara, pensaría que ese hombre tan guapo, elegante y poderoso es mi...

- Tu amante -susurró Nick, atrayéndola hacia sí.

Lauren le acarició el cabello y le besó en la boca.

- Te quiero.

-Ya empezaba a pensar que no ibas a decírmelo nunca -respondió Nick con una sonrisa. Cuando llegaron al apartamento de Lauren, Nick le quitó la capa y comenzó a desabrochar su chaqueta, mientras ella le contemplaba, nerviosa e impaciente.

- ¿Te apetece beber algo? -le preguntó con voz trémula.

-No.

Nick la siguió hasta la ventana y la abrazó desde detrás, besándole la mejilla, el cuello, mientras le acariciaba lentamente los senos por encima de su vestido de terciopelo. Lauren se estremeció de placer cuando Nick aventuró la mano por debajo de la tela, buscando ávidamente la piel suave de sus pechos. Sentía en las nalgas apretada contra el vientre de Nick, la excitación patente de su virilidad.

Después la hizo volverse entre sus brazos y la besó en los labios muy suavemente, provocándola hasta que sus bocas se unieron en un beso húmedo y caliente, animado por un deseo que crecía por momentos... Lauren se dejaba llevar, y le acariciaba la espalda y el cuello, movida por una extraña mezcla de sensaciones, en la que predominaba el miedo a perderle y la urgencia desmedida por disfrutar de aquel momento único.

En medio de aquel torbellino de pasiones y deseos, Nick advirtió que Lauren le estaba besando como nunca lo había hecho antes, y que movía sus caderas voluptuosamente contra las suyas incitándole... La niña inexperta y tímida que conoció un día en Harbor Springs había muerto, dando paso a una mujer apasionada que le estaba desnudando entre caricias... caricias expertas.

Nick se quedó quieto y frío. Un mal presentimiento acababa de nublarle la razón. Separándose de Lauren, dijo en tono agrio:

-Me apetece beber algo. ¿Puedes ofrecerme una copa?

Lauren no esperaba aquel repentino cambio de actitud, y no pudo por menos que asombrarse por el timbre cansado y amargado de su voz. Sin decir nada, fue al bar y le preparó un whisky con agua.

- ¿Así está bien? -preguntó, ofreciéndole la copa.

Nick esbozó una falsa sonrisa.

- Sí, gracias. Dime, Lauren, ¿cuántos ha habido?

- ¿Cuántos qué?

-Amantes.

Lauren no podía dar crédito a sus oídos. Después de todo lo que le había dicho y lo que le había hecho pasar, ahora que realmente estaba enamorado de ella, sentía celos. En aquel momento no sabía si golpearle, echarse a reír o simplemente abrazarle. Pero al final se decidió por una peque-ña venganza, a su modo: si él quería pensar cosas malas, le seguiría el juego.

- ¿Qué más da cuántos amantes haya tenido? Tú mismo me dijiste en Harbor Springs

que hoy en día los hombres ya no aprecian la virginidad y que la falta de experiencia ha dejado de considerarse una virtud, ¿no es así?

- Sí.

- También me dijiste -prosiguió Lauren, disimulando una sonrisa-, que las mujeres tienen las mismas necesidades sexuales que los hombres, y que tenemos derecho a satisfacerlas con quién nos plazca. Pusiste mucho énfasis en...

-Lauren, te he hecho una pregunta, no porque me importe cuál sea la respuesta, sino por-que necesito saberlo para liberarme de la incertidumbre. Por favor, dime cuántos hombres ha habido, y si te ha gustado o no te ha importado en absoluto... ¡lo que sea! No te lo voy a echar en cara, de verdad, pero tengo que saberlo.

En su fuero interno, Lauren sabía muy bien que mentía y que se sentía celoso.

-Ya sé que no me lo vas a echar en cara -dijo alegremente mientras intentaba descorchar una botella de vino-. Precisamente me dijiste...

-No me cuentes lo que dije, porque ya lo sé. Dime ¿cuántos?

- Sólo uno.

Nick reaccionó como si acabara de recibir un golpe.

- ¿Sentías algo por él?

- Cuando estaba con él, creía que le amaba -dijo Lauren jovialmente, hundiendo el sacacorchos.

-Muy bien. Olvidémoslo -dijo Nick en tono concluyente, acercándose para ayudarla con la botella.

- ¿De verdad que no te importa? -preguntó Lauren-. ¿Vas a ser capaz de olvidarlo?

- Sí... Con el tiempo, sí.

- ¿Qué es eso de que «con el tiempo»? Tú decías que no era nada malo que una mujer satisfaga sus necesidades biológicas...

- ¡Sé perfectamente lo que dije, maldita sea!

-Entonces, ¿por qué estás tan enfadado? ¿No serían mentiras tales ideas tuyas? -No, no era mentira. Cuando te lo dije, lo creía sinceramente.

- ¿Por qué?

-Porque era lo más conveniente. Entonces no estaba enamorado de ti.

Lauren sentía que, a cada momento que pasaba, le amaba más.

- ¿Quieres que te hable de él?

-No -respondió Nick fríamente.

-Yo creo que te hubiera gustado. Era alto, moreno y guapo, como tú. Muy elegante, sofisticado y experto. En dos días consiguió vencer mi resistencia y...

- ¡Maldita sea! ¡Cállate!

- Se llama John.

- ¡No quiero seguir escuchándote!

-John Nicholas Sinclair.

Nick experimentó una sensación de alivio tan intensa, que le desbordó por completo, y durante un momento no supo qué decir. Ante él, de pie, Lauren irradiaba belleza y sensualidad. Su suave melena rubia y el ceñido vestido de terciopelo negro era una invitación.

Lauren le amaba.

La miró en silencio y, después, dejando escapar un suspiro, dijo:

-Lauren, me gustaría tener cuatro hijas con tus mismos ojos azules. También me gusta mucho tu pelo rubio oscuro, así que si te las puedes arreglar... Pero por favor, no llores -añadió, abrazándola al ver las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

La levantó en brazos y subió las escaleras que subían al dormitorio. Se desvistieron frente a frente, sin prisa y sin dejar de mirarse. Al ver a Lauren desnuda ante él, sin sombra de vergüenza, Nick, impulsado por la ternura, cogió su cara entre las manos y comprobó, mirándola a los ojos, que Lauren estaba dispuesta a entregarse a él sin ninguna reserva, simplemente por amor.

Librodot

-Yo también te amo, Lauren.

Por toda respuesta, Lauren apretó su cuerpo contra el suyo, rodeándole los hombros con los brazos. Nick intentó contener a duras penas la urgencia de su deseo, y comenzó a besarla, buscando ávidamente la dulzura cálida que Lauren escondía detrás de sus sonrosados labios. Sus lenguas se encontraron y a partir de entonces la pasión los arrastró como un remolino y los llevó a la cama; Nick la acarició, la tocó y la acarició con una ternura y una delicadeza nuevas, pero también con desesperación.

Cuando Nick tocó con sus manos sus turgentes senos... Cuando sus labios saborearon la dulzura de sus pezones rígidos, Lauren perdió la capacidad de razonar.

-Te deseo -susurró Nick-. No sabes cuánto.

Sus palabras entrecortadas inflamaban la pasión de Lauren, y sus caricias y sus besos la atormentaban y la enloquecían arrastrándola cada vez más cerca del final.

Nick separó suavemente sus muslos y Lauren, instintivamente, arqueó la espalda dispuesta a entregarse. Entonces Nick la penetró y se unió a ella con un ritmo violento y salvaje. La excitación aumentaba en cada empuje, y Lauren sentía crecer desmesuradamente su excitación... hasta que de pronto sintió una explosión tan fuerte que arrancó un grito de su garganta. Nick la estrechó entonces con todas sus fuerzas y después de un momento de tensión se hundió con ella en el misterioso reino del placer.

Debía ser muy temprano cuando, a la mañana siguiente, Lauren se despertó sobresaltada por el timbre del teléfono. Pasando el brazo por encima del pecho desnudo de Nick, lo descolgó. -Dígame. Es Jim, Nick. Quiere hablar contigo -dijo, tendiéndoselo a él.

Nick sostuvo una breve conversación y después salió de la cama.

- Tengo que irme a Oklahoma hoy mismo -le explicó con un gesto de fastidio-. Hace unos cuantos meses compré una empresa petrolera cuyo dueño había estado explotando a sus empleados desde siempre. Mis delegados están intentando negociar los nuevos contratos con esos mismos empleados, pero ellos están acostumbrados a recibir promesas que no se cumplen, así que no tengo más remedio que ir para allá y hablar directamente con ellos, porque nos están amenazando con ponerse en huelga. Pero volveré mañana mismo, te lo prometo. Nos veremos en la oficina.

El lunes por la mañana, al entrar en la oficina, Lauren fue recibida por un montón de mira-das curiosas que se volvían a su paso. Muy extrañada, dejó el abrigo en el perchero y se encaminó a su escritorio, donde la esperaba Susan Brook junto con otras cinco o seis empleadas.

- ¿Qué ocurre? -preguntó asombrada, aunque aquella mañana la parecía imposible que nada consiguiera enturbiar su felicidad.

-Eres tú la que tienes que contárnoslo -respondió Susan-. ¿No eres tú ésta?

Y diciendo aquello, le enseñó una fotografía del suplemento dominical del periódico. Lauren la miró con los ojos desmesuradamente abiertos. Se trataba de una página enteramente dedicada al baile benéfico, y en el centro de la misma había una foto a todo color de ella con Nick, bailando y sonriéndose el uno al otro. El comentario de debajo, decía: «El industrial de Detroit J. Nicholas Sinclair y su acompañante».

Lauren contempló a las mujeres y les dijo:

- Se parece a mí, ¿verdad? ¡Qué coincidencia!

Mentía así porque no quería que su relación con Nick se hiciera publica hasta que llegara el momento oportuno, pues estaba segura de que sería la comidilla de todos en la oficina. -Entonces, ¿no eres tú? -preguntó decepcionada una de las mujeres.

Nadie notó el repentino silencio que se acababa de extender por la oficina, acallando los murmullos y el batir incesante de las máquinas de escribir.

-Buenos días, secretarias -escuchó Lauren a sus espaldas-. Hola, Lauren.

Era Nick, y hablaba tan cerca de su oído, que temió que fuera a besarla allí mismo. -Hola -murmuró.

Nick miró por encima de su hombro el periódico que estaba extendido sobre la mesa. -

Estás preciosa en esa foto, pero, ¿quién es ese tipo tan feo que está bailando contigo?

Sin esperar respuesta, Nick le revolvió el pelo cariñosamente y entró en el despacho de Jim. Lauren deseó en ese momento que la tierra se abriese a sus pies y la tragase; tal era su vergüenza.

- ¡Qué coincidencia tan sorprendente! -exclamó Susan Brook en tono burlón. Al cabo de unos minutos, Nick apareció de nuevo y le pidió a Lauren que subiera con él a su despacho. Una vez allí, a solas con ella, la abrazó y la besó largamente.

- Te he echado mucho de menos. Pero no tenemos más remedio que volver a separarnos, porque debo salir dentro de una hora para Casano. Como no me pudo localizar a mí, Rossi llamó a Horace Moran a Nueva York, y le contó que unos cuantos norteamericanos están merodeando por su propiedad, husmeándolo todo y haciendo preguntas. Ya hemos enviado un equipo de agentes de seguridad, y Rossi se ha escondido en un lugar donde no hay teléfono. Jim vendrá conmigo. El padre de Ericka está horrorizado y ha enviado allí a su hija para tratar de tranquilizar a Rossi. Vol-veré el miércoles o el jueves como muy tarde. A propósito, Lauren; me parece que todavía no te he hablado de Ericka.

-No te preocupes, Nick. Mary me lo contó todo -dijo Lauren, un poco triste pero aliviada, pues así contaba con un par de días para pensar de qué forma iba a explicarle su relación con Philip-. ¿Cómo es que Jim se va contigo?

-El presidente de Sinco se jubila el mes que viene, y Jim ocupará su puesto, a si que aprovecharemos el viaje para charlar de los objetivos de Sinco a corto y largo plazo. Y además, por qué no decírtelo... le estoy muy agradecido a Jim por lo que ha hecho por nosotros, y por eso me gusta-ría ayudarle con Ericka. ¿Qué mejor que reunirlos en Italia? A propósito -añadió-, esta mañana me ha llamado un periodista preguntándome por nosotros. Le he dicho quién eres y también que vamos a casarnos. Cuando la noticia se publique, me temo que los chicos de la prensa no van a dejarte tranquila.

Lauren ocultó con una sonrisa su inquietud.

-No me importa, cariño.

En el hospital, Jack Collins, el director de seguridad de Global Industries de Detroit, descansaba en una habitación bajo los efectos de un sedante. De pronto, el teléfono sonó.

-Jack. Soy Rudy.

-Hola. ¿Has averiguado algo acerca de Lauren Danner?

- Sí -respondió Rudy-. Sabemos que vive en una lujosa urbanización de Bloomfield Hills y que un tipo de edad madura le paga el alquiler. Hablé con el conserje y me dijo que le individuo en cuestión. Le tiene puesto el piso a su amante. La última que vivió allí era una pelirroja, pero por lo visto, el viejo Whitworth la sorprendió un buen día con otro hombre y la echó de allí. El conserje dice que la señorita Danner lleva una vida normal y tranquila, y que Philip Whitworth no frecuenta la casa. Lo cual no es de extrañar, porque con los años que tiene...

- ¿Quién dices? -preguntó Jack, luchando a duras penas contra su sopor.

-Whitworth. Philip A. Whitworth. Me imagino que ya estará perdiendo facultades y...

- ¡Cierra la boca y escúchame! Dentro de un momento van a hacerme unas pruebas y me

han dado un sedante. Ve ahora mismo al despacho de Nick Sinclair y cuéntale lo que me acabas de

decir, ¿entendido? Y dile también... dile que creo que esa chica es la espía en el asunto Rossi.

- ¿Cómo? ¿Qué es ella? ¡No lo dirás en serio! Esa fulana...

- ¡Maldita sea! ¡Cierra el pico y escúchame! Si Nick Sinclair se encuentra fuera, cuéntale lo que me has dicho a Mike Walsh, el abogado de la corporación. Pero no se lo digas a nadie más, y vigílala constantemente. Instala una cámara oculta en su despacho y síguela a

todas partes. Que te ayude alguien de seguridad...

El martes por la mañana, una inesperada llamada telefónica vino a interrumpir la tranquila felicidad de Lauren. Se trataba de Philip.

-Lauren, querida. ¿Podríamos comer juntos hoy? Necesito hablar contigo.

No era una invitación, sino una orden. Lauren deseaba con todas sus fuerzas colgar el teléfono sin más contemplaciones, pero no se atrevió por miedo a que Philip le revelase a Nick su identidad antes de que ella tuviera la oportunidad de explicárselo ella misma. Además, también tenía que contar con que estaba viviendo en el apartamento de Philip y no podía moverse de allí, porque en ese caso Nick no podría localizarla por teléfono... o tendría que contarle otra mentira, y ya estaba cansada.

-De acuerdo. Pero tendré que volver pronto a la oficina. Podemos quedar en el restaurante de Tony, a las doce. ¿Sabes dónde es?

- Sí, pero será imposible. No sabes lo difícil que es conseguir mesa...

-Llamaré con antelación y reservaré una -dijo Lauren.

Dominic, el hijo de Toni, la recibió con una sonrisa pesarosa y la acompañó a través del comedor lleno de gente hasta una mesa apartada.

-Lo siento, Lauren, pero no he podido reservarte una mejor. Si llamas antes la próxima vez, te acomodaremos más a tu gusto.

Philip Whitworth la estaba esperando bebiendo un martín. Se levantó educadamente hasta que estuvo sentada y después le ofreció un vaso de vino. Lauren le notó tranquilo, sereno, casi con-fiado, y tuvo un mal presentimiento.

-Y ahora -comenzó-, supongamos que me cuentas qué tal te van las cosas con nuestro común amigo...

- ¡Con tu hijastro, querrás decir! -le corrigió Lauren con acritud.

- Sí, querida mía. Pero, por favor, procura no pronunciar su nombre. Recuerda que nos encontramos en un lugar público.

-Pues verás, como dentro de un par de días vas a leerlo en los periódicos, te anticiparé la noticia: vamos a casarnos.

-Enhorabuena. ¿Le has hablado ya de la relación que te une conmigo? El día que nos encontramos en el baile me pareció que no sabía nada.

- Tengo intención de decírselo enseguida.

-A mí no me parece buena idea, Lauren. Nick nos guarda cierto rencor a mi mujer y a mí...

- ¡No le falta razón!

-Ah, veo que ya conoces la historia. Teniéndolo en cuenta, imagínate se reacción cuando se entere que has vivido como si fueras mi amante y que has usado vestidos que yo he comprado para ti.

- ¡No digas tonterías! Yo no soy tu amante...

-Eso lo sabemos tú y yo. Pero, sinceramente, ¿tú crees que él se lo va a creer?

- Si yo se lo digo, me creerá.

Philip la miró con una sonrisa perversa.

-Me parece que le va a resultar un poco difícil creerte si piensa que me has contado todo lo de su proyecto en Casano.

Lauren se sintió invadida por el pánico.

-Yo no te he contado nada acerca de Casano... ¡ni una palabra!

-El creerá que me has contado lo de Casano.

Lauren intentó ocultar el temblor de sus manos, mientras el miedo iba haciendo presa en ella.

-Philip... ¿me estás amenazando con decirle que soy tu amante y todas esas mentiras?

-No es exactamente una amenaza -dijo Philip con voz aterciopelada-. Lo que quiero es que entiendas que tú y yo estamos a punto de hacer un trato y que no te encuentras en situación de rechazar mis condiciones.

- ¿De qué trato me hablas?

- Si quieres que guarde silencio, tendrás que proporcionarme la información que yo te pida.

- ¿Pero tú te has creído que yo voy a prestarme a eso? ¿Lo crees de verdad? -exclamó Lauren conteniendo las lágrimas-. Prefiero morir antes que causarle daño, ¿comprendes?

-Estás exagerando. Yo no me propongo hundir a ese hombre. Lo único que quiero es salvar

mi empresa, que se tambalea por culpa de la competencia que nos hace Sinco.

- ¡Qué lastima! -siseó Lauren.

-A ti puede traerte sin cuidado, pero Whitworth Enterprises es el único patrimonio de Carter, su herencia, y para mi esposa eso es muy importante. De todas formas, es inútil discutir si quieres ayudarme o no, porque no tienes elección. El viernes se cumple el plazo para presentar ofertas por los contratos más importantes. Quiero saber con exactitud a qué cantidad se eleva la oferta de Sinco -diciendo esto, sacó un trozo de papel del bolsillo en el que estaban escritos los nombres de cuatro proyectos, y se lo puso en la mano a la fuerza-. Ahora tengo que volver a mi despacho

- añadió, echando hacia atrás su silla.

Lauren estaba tan furiosa que ya no sentía miedo.

- ¿Estas ofertas son muy importantes para ti?

-Mucho.

- ¿Por qué? ¿Porque tu mujer quiere conservar la empresa para su hijo? ¿Es muy importante para ella?

-Más de lo que te imaginas. Entre otras cosas, si yo intento vender mi compañía ahora, que es la última alternativa que me queda, nuestro estado de cuentas pasaría a conocimiento del Archivo Nacional, y eso sería muy embarazoso.

-Ya -dijo Lauren, haciendo acopio de sangre fría para convencerle de que estaba dispuesta a aceptar-. ¿Y prometes que si te ayudo no le contarás a Nick ninguna mentira?

- Te doy mi palabra de honor.

Poco después de llegar a la oficina, Lauren recibió la llamada de Philip.

- Siento meterte prisa, querida, pero quiero esa información hoy mismo. Podrás encontrar los documentos que necesitamos en el departamento de ingeniería.

-Haré lo que pueda -dijo Lauren con voz hueca.

-Estupendo, eres muy amable. Te espero abajo, frente al edificio, a las cuatro en punto. Tú sal del vestíbulo y verás un coche. Será cuestión de diez minutos.

Después de colgar, Lauren se dirigió directamente al departamento de ingeniería, sin tomar precauciones para no ser vista, pues pensaba contárselo todo a Jim en cuanto volviera.

-El señor Williams necesita dos expedientes de estos cuatro proyectos -le dijo a la secretaria de ingeniería, tendiéndole el papel.

En cuestión de un momento, Lauren tenía en su poder las cuatro carpetas. Las llevó a su escritorio y comprobó que en cada una de ellas había una cubierta que contenía el nombre del proyecto, un sumario del material técnico aportado por Sinco, y finalmente la cantidad a que ascendía la oferta.

Lauren fotocopió las cubiertas y después volvió a guardar cada original en su carpeta correspondiente. A continuación sacó un botecito de TippEx, la sustancia blanca que utilizan las mecanógrafas para corregir los errores, y se concentró cuidadosamente en la tarea de

Librodot

borrar las cantidades de las ofertas de Sinco. Después las escribió, incrementando cada una de ellas en varios millones de dólares. El liquido corrector se notaba perfectamente en las hojas en las que había sido aplicado, pero se volvía invisible al hacer nuevas fotocopias. La estratagema era perfecta.

Pero precisamente cuando volvía de la fotocopiadora, un hombre joven de aspecto flemático y gordinflón se acercó a ella.

-Perdone un momento, señorita -le dijo-. Pertenezco al servicio de mantenimiento de la fotocopiadora, que lleva todo el día funcionado mal. ¿Le importaría volver a fotocopiar esos originales para asegurarme de que ya funciona bien?

Lauren le obedeció un tanto intranquila, pero no sorprendida, pues sabía que era cierto que la máquina fallaba.

-Parece que lo ha imprimido perfectamente -dijo el hombre echando una ojeada a las copias resultantes.

Antes de marcharse, Lauren le vio arrojar los papeles al cesto, pero lo que no vio fue que los recuperaba un momento más tarde.

El Cadillac la esperaba junto a la acera del edificio. La ventanilla se abrió automáticamente y Lauren le tendió el sobre a Philip a través de la rendija.

-Espero que comprendas la importancia que esto tiene para nosotros y...

Ciega de ira, Lauren dio media vuelta y volvió a entrar en el edificio. Estuvo a punto de tropezarse con el técnico de la fotocopiadora, pero en su apresuramiento no se dio cuenta de que escondía una cámara fotográfica en la espalda.

Capítulo 11

-¡Menos mal que has vuelto, por fin! -exclamó Mary al ver entrar a Nick en el despacho el miércoles por la tarde-. Mike Walsh necesita hablar contigo inmediatamente. Dice que se trata de un asunto de máxima urgencia.

-Dile que suba -ordenó Nick, quitándose la chaqueta-. Y luego puedes unirte a nosotros para tomar una copa de champán. Me marcho a Las Vegas con Lauren para casarme. El avión nos espera ya en el aeropuerto.

- ¿Lo sabe Lauren? Está ahora mismo en el despacho de Jim, con un montón de trabajo entre manos.

-Ya la convenceré de que mi plan es más urgente que su trabajo.

Cinco minutos más tarde, Mike Walsh y el hombre gordinflón se presentaron en su despacho, acompañados por Jim y Ericka.

- ¿Qué ocurre, Mike? -preguntó mientras sacaba una botella de champán del bar. -Hay un espía filtrado en el proyecto Rossi -comenzó el abogado cautelosamente. -Exacto. Te lo avisé yo mismo.

-Los hombres que estuvieron en Casano intentando obtener información de Rossi trabajan para Whitworth.

Nick se detuvo un momento con la botella de champán en la mano.

- Continúa.

-Es evidente que hay una mujer entre nuestros empleados que está espiando para Whitworth. Yo me he encargado de que Rudy tuviera acceso a las llamadas que recibiera y de que la vigilara.

Nick sacó cuatro copas de cristal del armario sin dejar de pensar en la preciosa sonrisa de Lauren. Aquella iba a ser su noche de bodas.

- Te escucho. Continúa.

-Ayer fue fotografiada cuando entregaba a Philip Whitworth las copias de cuatro ofertas para contratos de Sinco. Tenemos en nuestro poder otras tantas copias de los documentos que le pasó para utilizarlas como prueba en el juicio.

-Ese hijo de... Jim, voy a hacer lo que debería haber hecho hace cinco años. A partir de ahora, quiero que Sinco presente ofertas para todos los contratos que él pretenda por debajo de los costes, ¿está claro? ¡Quiero perder de vista de una vez para siempre a ese bastardo!

-Podemos extender una autorización para el arresto de esa mujer-prosiguió el abogado-. Ya he discutido el asunto con el juez Spath y sólo espera tu palabra para redactar la denuncia.

- ¿Quién es ella? -preguntó Jim mientras Nick empezaba a sorber el champán.

- ¡La amante de Whitworth! -exclamó Rudy, escupiendo las palabras-. La he investigado personalmente. Esa fulana vive como una reina en una lujosa urbanización de Bloomfield Hills a costa de Whitworth. Va vestida como una modelo, y...

Nick sintió una sacudida, y tuvo que apoyarse en el bar.

- ¿Quién es ella? -preguntó.

-Lauren Danner -se apresuró a decir el abogado antes de que Rudy pudiera seguir hablan-do-. Nick, sé que esa chica ha estado trabajando para ti y que es la misma que sufrió una caída delante de nosotros aquella noche. He querido esperar a decírtelo antes de presentar cargos contra ella. ¿Quieres que...?

-Vuelve a tu despacho -le ordenó Nick con la voz alterada por la pena -y espera allí. Te llamaré. Y en cuanto a ese individuo -añadió, señalando a Rudy con la cabeza, pero sin mirarle-. ¡Le quiero fuera de mi vista! ¡Echale!

Jim se acercó a él, pero le volvió la espalda.

-Nick...

- ¡Fuera! -gritó Nick-. Mary, llama a Lauren y dile que quiero verla aquí dentro de diez minutos. Luego puedes marcharte a casa. Son casi las cinco.

Cuando se fueron todos, Nick sólo deseaba morir.

Cuando llegó ante la puerta de Nick, Lauren se paró un momento a arreglarse el pelo. Estaba feliz por volver a verle, y al mismo tiempo temía su reacción cuando le contara lo de Philip, porque después de haber sido sometida a chantaje, pensaba contárselo inmediatamente, sin esperar más.

- ¡Bienvenido! -exclamó alegremente al entrar.

Nick se encontraba de pie junto a la ventana, de espaldas a ella y contemplando el cielo os-curo y lúgubre que presagiaba una noche de lluvia.

- Cierra la puerta. ¿Me has echado de menos? -preguntó sin volverse.

Lauren sonrió.

- Sí -dijo abrazándole por la cintura desde atrás y apoyando la mejilla en su espalda rígida.

- ¿Cuánto me has echado de menos?

- Si me miras, te lo demostraré.

Nick dio media vuelta y, sin mirarla, se dirigió al sofá y se sentó allí.

-Ven aquí.

Lauren obedeció e intentó descifrar la extraña expresión de su rostro en la penumbra... pare-cía imposible y distante en sus ademanes. Cuando se disponía a sentarse a su lado, la cogió por la muñeca y la obligó a hacerlo sobre su regazo.

-Demuéstrame cuánto me quieres -dijo con voz ronca.

Entonces la estrechó entre sus brazos y la besó ardientemente al tiempo que empezaba a desabrocharle la blusa. Enseguida, le retiró el sujetador y dejó sus senos al descubierto. Entonces la tumbó y cubrió su cuerpo semidesnudo de besos, acariciando hábilmente sus sensibles pezones, mientras que con la otra mano se aventuraba por debajo de su falda, buscando su cálido interior.

- ¿Me deseas ahora?

- Sí -gimió Lauren, retorciéndose bajo sus caricias.

Con la mano que le quedaba libre, la agarró por los cabellos, detrás de la nuca, y tiró con fuerza.

-Pues entonces abre bien los ojos. Quiero estar seguro de que te das cuenta de que quién

está sobre ti soy yo, y no Philip Whitworth.

- ¡Nick! -gritó Lauren.

Agarrándola brutalmente por los cabellos, Nick la había obligado a ponerse de pie con él. -Escúchame, ¡por favor! -exclamó Lauren aterrorizada ante su mirada inhumana-. Déjame que te lo explique yo...

Su voz volvió a quebrarse en un grito cuando Nick la hizo girar la cabeza sin soltarle el ca-bello.

-Explícame eso -le ordenó, obligándole a mirar las cuatro fotocopias extendidas sobre la mesa.

Junto a las fotocopias, había unas ampliaciones de fotografías en las que se la veía a ella inclinada sobre un Cadillac y una copia de un documento del estado de Michigan que demostraba que aquel coche era de Philip Whitworth.

- ¡Por favor, Nick! ¡Yo te amo!

-Lauren, dime. ¿Me amarás todavía dentro de cinco años cuando tu amante y tú salgáis de la cárcel?

-Nick, por favor, escúchame. Philip no es mi amante, sino un pariente lejano. El me dijo que pidiera trabajo en Sinco, pero te juro que nunca le he dicho nada -Lauren empezó a tarta-mudear tremendamente impresionada por el desprecio con que Nick la miraba-. Hasta... hasta el día en que nos encontramos en el baile, me dejó tranquila, pero ahora está chantajeándome. Me amenazó con contarte una serie de mentiras si yo no...

Nick la contemplaba con expresión sarcástica.

- ¡Claro! Tu pariente te está chantajeando.

- ¡Sí! Philip creía que tú pagabas a alguien para que le espiara y me envió aquí con la misión de descubrir la identidad del espía, y...

-Aquí el único que paga un espía es Whitworth. ¡Y el único espía eres tú!

La soltó entonces, y trató de empujarla lejos, pero Lauren se asió a su brazo desesperada-mente.

-Por favor, escúchame -le suplicó casi fuera de sí. Nick se libró de ella de un manotazo, y Lauren se dejó caer en el suelo entre sollozos histéricos-. ¡Te amo tanto! -gritaba-. ¡Tanto! ¿Por qué no me escuchas? ¡Lo único que te pido es que me escuches!

-¡Levántate! -rugió Nick-. Y abróchate la blusa -mientras ella obedecía, abrió la puerta y llamó a unos agentes de seguridad que esperaban fuera-. ¡Sáquenla de aquí!

Antes de salir de allí, Lauren le dirigió la última mirada suplicante, pero el rostro de Nick parecía una máscara sin vida.

Los guardias la condujeron en silencio hasta la puerta. La noche se extendía sobre Detroit y con ella había llegado una lluvia furiosa, sacudida por ráfagas de viento. Lauren alzó la cabeza, buscando distraídamente el coche de la policía. Los guardias que la escoltaban retrocedieron, pero uno de ellos, antes de marcharse, se quedó mirando su blusa empapada y le preguntó en tono compasivo:

- ¿No tiene abrigo, señorita?

Lauren miró al vacío. Su abrigo y su bolso se habían quedado en el despacho de Nick.

- Sí -dijo con un hilo de voz-. Arriba.

El guardia dudó un momento.

-Voy a por ellos -dijo al fin, y volvió al interior del edificio con sus compañeros.

Lauren se quedó inmóvil en la acera, mientras la lluvia helada la empapaba con su multitud de agujas. No le llevaban a la cárcel, entonces, y no sabía a dónde ir, sin el dinero y sin las llaves. Como un autómata, empezó a andar por Jefferson Avenue, cuando vio dos figuras familiares que se dirigían al edificio.

- ¡Jim! -gritó esperanzada cuando Ericka y él estaban a punto de pasar de largo sin verla. Jim se volvió rápidamente, pero todas las esperanzas de Lauren se borraron al ver su mirada acusadora, llena de furia.

-No tengo nada que decirte -replicó sin detenerse.

Librodot

Sin fuerzas ya para nada, Lauren echó hacia atrás sus cabellos empapados y siguió andando, cuando de pronto, Jim, cogiéndola del brazo, la retuvo.

- Toma -le dijo en tono hostil-. Ponte mi abrigo.

Lauren se desasió de su mano.

-No me toques. No quiero que nadie vuelva a tocarme.

En la expresión de Jim hubo un brillo de preocupación que no tardó en extinguirse. - Ponte mi abrigo -repitió-. Vas a coger una pulmonía con este frío.

A Lauren le importaba muy poco morirse de frío en aquellos momentos.

-Dime, ¿tú también crees lo que cree Nick?

- Sí, lo creo.

-En ese caso, no quiero tu abrigo. Cuando se sepa la verdad, quiero que le digas a Nick de mi parte que no quiero volver a saber nada de él. ¡Qué no se le ocurra buscarme!

Sin saber a ciencia cierta a dónde se dirigía, Lauren anduvo varias manzanas hasta llegar a la única puerta donde habían de admitirla sin pedirle nada a cambio. El restaurante de Tony.

Lauren llamó con los nudillos en la puerta trasera, temblando de frío y de pena. Pronto apareció Tony.

- ¿Lauren? -dijo-. ¡Lauren! ¡Dios mío! ¡Dominic, Joe, venid rápidamente!

Lauren despertó a la mañana siguiente en una cama caliente y confortable de una habitación desconocida. ¡Entonces no había muerto!, pensó desesperada. Recordó que se encontraba en la vivienda contigua al restaurante y que la joven esposa de Joe la había metido en la cama después de darle de cenar y proporcionarle un baño caliente.

Pero todavía la esperaba una escena desagradable cuando entró en la cocina familiar. Tony, rodeado de sus hijos, estaba hablando por teléfono.

-Mary -decía-, soy Tony. Quiero hablar con Nick.

El corazón le dio un vuelco, pero no pudo detenerle.

-Hola Nick, soy Tony. Te llamo para decirte que te pases por aquí cuanto antes. No sé que le ha pasado a Lauren, pero ayer llamó a mi puerta muerta de frío. Venía sin abrigo, sin bolso, sin nada y completamente empapada. ¡Será un milagro que no haya cogido una pulmonía! Además, no quiso decirnos lo que le pasaba y no quería bajo ningún concepto que nadie la tocara, ni siquiera para... ¿Qué? ¡No te permito que me hables en ese tono, Nick! - permaneció inmóvil un rato, escuchando y al cabo se separó del auricular y lo miró como si fuera a morderle-. Acaba de colgarme -murmuró. Y después, notando la presencia de Lauren, se dirigió a ella diciendo-: Nick acaba de decirme que le has robado información y que eres la amante de su padrastro. También dice que no quiere oír mencionar tu nombre, y que si vuelvo a hablar de ti, se encargara personalmente de que su banco me retire el préstamo para reformar el restaurante. Eso me ha dicho. ¡Se ha atrevido a hablarme a mí de esa manera!

Lauren, pálida como una muerta, avanzó hacia él.

- Tony, tú no sabes lo que en realidad ha pasado.

-He entendido perfectamente lo que me ha dicho -le respondió Tony, apretando los dientes. Después, haciendo caso omiso de ella, volvió al teléfono y marcó un número con furia-. Mary -dijo-, ponme con Nick otra vez. Sí, ya sé que es por lo de Lauren. ¿Qué? Sí, está aquí.

Apesadumbrado y furioso, Tony le pasó el teléfono a Lauren.

-Nick se niega a ponerse, pero Mary quiere hablar contigo.

Esperanzada y temerosa al mismo tiempo, Lauren cogió el auricular.

- ¿Sí, Mary?

Mary le habló en tono frío y duro.

-Lauren, ¿no te parece que ya nos has hecho suficiente daño a los que fuimos tan ingenuos como para confiar en ti? Si te queda todavía un resto de decencia, te pido que dejes a Tony al mar-gen de todo esto. Nick no está de broma, y es muy capaz de cumplir las amenazas que acaba de hacerle, ¿comprendes?

- Comprendo.

-Bien. Entonces te aconsejo que te quedes ahí una hora más, hasta que llegue el abogado de la empresa, que te llevará tus pertenencias y te explicará cuál es tu situación legal. Pensábamos notificártelo a través de Philip Whitworth, pero es preferible así. Adiós, Lauren.

Lauren se dejó caer en una silla, demasiado avergonzada y cansada como para aguantar los reproches de Tony y su familia.

Sin embargo, Tony se acercó a ella y le dio una cariñosa palmadita en el hombro.

-Me marcharé en cuanto llegue el abogado con mi bolso -dijo ella con un suspiro-. Por favor, no me pidáis que os lo explique, porque sé que no me vais a creer.

De pronto advirtió que Tony y sus hijos no la estaban mirando con rencor ni desprecio, sino con simpatía.

- Claro que te creemos -afirmó Dominic acaloradamente-. El día que comiste aquí con Philip Whitworth yo estaba trabajando detrás del biombo y oí todo lo que ese... cerdo te estuvo diciendo, pero entonces yo no sabía quién era él. Papá le reconoció y vino conmigo porque le extrañaba mucho que estuvieras hablando con un hombre a quién Nick odia tanto.

Lauren estuvo a punto de echarse a llorar de alegría, pero contuvo las lágrimas y dijo con una sonrisa trémula:

-Entonces... ¿estabais los dos escuchando?

- Intenté hablar con Nick aquel mismo día -dijo Tony-, decirle que Whitworth te había amenazado y que estabas en peligro, pero se había marchado a Italia. Le dejé encargado a Mary que le dijera que me llamase en cuanto estuviera de vuelta, pero nunca se me ocurrió pensar que le proporcionarías al padrastro de Nick la información que te pedía.

-No le di lo que quería, Tony. Pero Nick cree que sí.

Media hora después, Dominic y Tony la acompañaron al restaurante, que todavía no estaba abierto al público, y se sentaron con ella en una mesa. Lauren reconoció al instante a Mike Walsh como el hombre que acompañaba a Nick la noche que ella sufrió la caída. Este le presentó al hombre que le acompañaba. Era Jack Collins, jefe de seguridad. A continuación, ambos tomaron asiento frente a ella.

-Aquí tiene su bolso -le dijo Mike, tendiéndoselo-. ¿Quiere comprobar su contenido? -No -contestó Lauren con voz inexpresiva.

-De acuerdo. Ahora vayamos directamente al grano. Señorita Danner, Global Industries posee suficientes pruebas como para acusarla de robo, conspiración y otros delitos serios. Por esta vez, la corporación no va a pedir su arresto. Sin embargo, en el caso de que usted vuelva a ser vista en alguna de las propiedades de Global Industries, la corporación presentará una denuncia contra usted por los cargos que antes he mencionado. Si se encuentra usted en otro estado, solicitaremos su extradición, ¿comprendido?

- Sí, perfectamente -asintió Lauren sin abandonar su actitud digna.

- ¿Tiene alguna pregunta?

Lauren se levantó en silencio y besó en la mejilla a Tony y a su hijo.

- Sí, dos exactamente. Dígame dónde está mi coche.

-El señor Collins lo ha traído. Está fuera. ¿Cuál es su otra pregunta?

Lauren ignoró al abogado y se dirigió directamente a Jack Collins.

- ¿Es usted quién ha descubierto todas las pruebas que me acusan?

Jack la midió con una mirada inquisitiva.

-La investigación la ha llevado mi ayudante, porque yo me encontraba en el hospital. ¿Por qué me hace esa pregunta, señorita Danner?

-Porque quién quiera que lo haya hecho no es muy bueno en su trabajo.

Y sin añadir nada más, salió de allí con la cabeza muy alta, seguida por la mirada preocupada de Jack Collins.

El jefe de seguridad no había quedado satisfecho; en absoluto.

Capítulo 12

Un mes había transcurrido desde entonces, treinta días de infierno para Nick, luchando por borrar de su mente la imagen de Lauren llorando a sus pies y suplicándole en nombre de su amor que la escuchara; treinta días oyendo su voz constantemente...

Jack Collins, Jim, Mary y Tony le contemplaban expectantes.

- ¿Puedo empezar, Nick? -dijo Jack Collins.

- Sí -dijo Nick, consciente de la mirada de Tony, que sin duda estaba esperando la menor oportunidad para acudir en defensa de Lauren.

-Bien -comenzó Jack-, antes que nada quiero deciros que el asunto Lauren Danner es extremadamente enojoso para mí, porque yo técnicamente soy el responsable de la investigación a la que fue sometida, a pesar de no haberla realizado personalmente, y deseo deciros que la investigación fue insuficiente. La llevó a cabo mi ayudante, un hombre joven inexperto y también deseoso de quedar bien, por qué no decirlo. Cuando he revisado por mi cuenta los datos con que contamos, he descubierto muchas lagunas que parecen no tener explicación. Por eso os he reunido aquí, para ver si entre todos podemos sacar algo en claro. Tony, ahora voy a dirigirme a Jim, a Mary y a Nick. Te pido que no digas nada hasta el final.

Tony asintió, visiblemente impaciente.

-Vosotros tres -prosiguió Collins- habéis coincidido en decirme que creéis que Lauren Danner solicitó el trabajo en Sinco con el propósito de actuar como espía para Philip Whitworth. También los tres estáis de acuerdo en que era una joven inteligente que dominaba a la perfección la mecanografía y la taquigrafía. ¿Es cierto?

Mary y Jim dijeron que si. Nick asintió en silencio.

-Entonces yo me preguntó: ¿por qué una secretaria inteligente y cualificada se equivoca en todas las pruebas de oficina a que fue sometida con anterioridad y declara que no ha cursado estudios universitarios cuando ha obtenido en realidad un master en música? ¿Y cómo se explica que una mujer inteligente y culta que quiere conseguir un puesto de trabajo para poder espiar cometa la estupidez de solicitar los puestos de presidente y jefe de personal?

Jack se interrumpió un momento y miró a su alrededor.

-La única conclusión posible es que la señorita Danner no quería ese trabajo y que, de he-cho, hizo todo lo posible para no ser admitida. Prosigamos con los hechos. Aquella misma noche, accidentalmente, la señorita Danner conoció a Nick y su comportamiento cambió radicalmente. Al cabo de un par de semanas, se entrevistó con Jim y aceptó el trabajo que él le ofrecía sin vacilar. ¿Por qué?

Jim intervino.

-Ya os he contado a Nick y a ti lo que Lauren me dijo. Me explicó que había conocido a Nick y que quería trabajar cerca de él. También me dijo que creía que se trataba de un simple ingeniero que trabajaba para Global.

- ¿Y tú lo creíste? -preguntó Jack.

- Sí, ¿por qué no iba a creerlo? -dijo Jim con un suspiro de disgusto-. La vi llorar cuando se enteró de quién era Nick en realidad. También me tragué lo que me dijo de que Whitworth era pariente suyo y que aunque le había pedido que nos espiara no pensaba hacerlo.

Jack esbozó una sonrisa.

Pues debo comunicaros que, efectivamente, Whitworth es pariente suyo. Por lo que he averiguado, los Danner y los Whitworth son primos sextos o séptimos. También tengo entendido -pro-siguió Jack-, que Lauren no solicitó trabajar para ti, Nick. De hecho, según me ha contado Weatherby, se opuso firmemente.

-Es cierto -dijo Nick con los dientes apretados.

- Si ella hubiera pretendido espiar para Whitworth, ¿por qué iba a oponerse a trabajar contigo, cuando eso significaba tener acceso a una buena cantidad de información

confidencial? -Ella no quería trabajar para mí porque habíamos tenido ciertas diferencias personales

- anunció Nick.

-Eso no tiene sentido. Precisamente por eso, podría haberse vengado de ti aceptando trabajar contigo para espiarte -dijo Jack.

- Todo lo relacionado con esa chica es muy complicado -comentó Mary en tono pensativo-. Cuando le hablé de la madre de Nick, se puso blanca como la cera y...

- ¡Basta! ¡Ya está bien! ¡No puedo permitirme perder el tiempo de esta manera tan absurda! -rugió Nick-. Tengo que marcharme a Chicago. Mira, Jack, esa mujer es una espía. Es la amante de Whitworth, una mentirosa consumada y una magnifica actriz. ¡Todo eso!

De pronto Tony, que había permanecido callado todo el tiempo tal y como Jack le indicara, se puso en pie furioso y habló así:

-Estoy cansado de oír calumnias y ha llegado el momento de decir lo que sé. Dominic y yo escuchamos la conversación entre Whitworth y Lauren un día que comieron juntos en mi restaurante. Para empezar, ella le dijo a Philip que os ibais a casar, y que pensaba contarte cuanto antes la relación que la unía a él. Entonces Whitworth le pronosticó que ibas a pensar todas las cosas malas que estás pensando ahora. Lauren, muy alterada, le recordó que, ni ella era amante suya, ni había filtrado ninguna información de Casano, y le preguntó directamente si pretendía chantajearla. Whitworth no lo negó, y le prometió que guardaría silencio si ella le proporcionaba cierta información...

-Y eso es lo que hizo -le interrumpió Nick-. ¡Apenas una hora después!

- ¡No! -grito Tony-. Yo la oí decir que prefería morirse antes que hacerte daño. Ella... Nick se puso en pie dando un tremendo puñetazo a la mesa.

- ¡Ella es una prostituta mentirosa y hemos terminado! ¡Y ahora marchaos de aquí!

- ¡Ahora mismo me marcho, descuida! -exclamó Tony a voz en grito-. Pero escucha una cosa que voy a decirte: lo que has hecho a Lauren no tiene nombre y te juro que nunca en mi vida había visto sufrir a una persona tan cruelmente. La arrojas a la calle sin un abrigo y sin un poco de dinero en el bolsillo y ella... ¿qué hace? ¿Acude a Whitworth? ¡No! Viene andando bajo la lluvia hasta mi casa, y se arroja desesperadamente en mis brazos... ¿Sabes lo que te digo? Que de ahora en adelante, no quiero volver a verte como no sea del brazo de Lauren.

Cuando Nick volvió cansado y de mal humor al hotel en el que se alojaba en Chicago, después de una larga y tediosa reunión, encontró a Jim sentado en un sillón con una sonrisa radiante.

- ¿Cómo es que has tardado tanto en llegar? -le preguntó alegremente-. He venido a hablarte de los documentos que Lauren le dio a Whitworth.

Nick se quitó el abrigo, furioso por aquella intrusión en su intimidad y por verse forzado a tocar el doloroso tema de Lauren una vez más.

-Ya te he dicho que vamos a hundir a Whitworth y te he dado las instrucciones para ello. Así que ya basta de remover el pasado, si no quieres que...

-Ya no debes molestarte en hundir a Whitworth, Nick, porque Lauren lo ha hecho por ti. Los contratos han sido para nosotros. Lauren cambió las cifras de las ofertas... la información que les pasó estaba trucada a favor nuestro -añadió en tono sombrío.

Capítulo 13

El pueblecito de Fenster, en el estado de Missouri, estaba cubierto de una espesa capa de nieve que se amontonaba en tejados y aceras. Por todas partes: en los escaparates y en las puertas de las casas, se veían adornos de Navidad.

Nick comprobó el nombre de la calle y detuvo el coche alquilado cinco horas atrás en el aeropuerto frente a una casa blanca. La casa donde Lauren había nacido y crecido.

Le abrió la puerta un hombre joven de veintitantos años.

-Buenos días. Soy Nick Sinclair. ¿Está Lauren?

-Hola, soy su hermano. Lauren no quiere verle.

Nick, en tono implacable, anunció:

-He venido a verla, y si no me dejas pasar, entraré a la fuerza.

-Yo creo que lo dice en serio, Leonard -dijo un hombre maduro que acababa de aparecer detrás del joven.

Era Robert Danner, el padre de Lauren que, después de contemplar al desconocido cuidadosamente, añadió:

-Leonard, yo creo que debemos conceder cinco minutos al señor Sinclair por si acaso Lauren cambia de opinión.

-Pero sólo cinco minutos, y nada más -le replicó Leonard de mala gana, indicándole el camino.

Nick entró en el alegre salón de la casa, cerrando cuidadosamente la puerta, y enseguida vio a Lauren que, encaramada en una escalera, adornaba un enorme abeto. Como estaba vuelta de espaldas, no le vio, y Nick la contempló a su gusto, pensando que parecía casi una niña con los pantalones vaqueros y el pelo suelto sobre la espalda.

En aquel momento, hubiera dado cualquier cosa por poderla bajar del árbol para acariciarla, besarla y perderse en su cuerpo caliente y suave.

Lauren bajó cuidadosamente de la escalera, y al arrodillarse para colocar un poco de purpurina, vio por el rabillo del ojo unos zapatos de hombre.

- ¡Vaya, Lenny, has vuelto enseguida! Ya he terminado. ¿Te parece que queda bien a estrella arriba del todo a será mejor que baje el ángel del ático?

-Deja la estrella, porque ya hay un ángel en el salón -dijo Nick conmovido.

Lauren se volvió inmediatamente, con los ojos desorbitados y palideció intensamente al re-conocerle.

- ¡Sal ahora mismo de aquí! -gritó fuera de sí, demasiado ciega para advertir el arrepentimiento que estaba escrito en el rostro de Nick.

Pero en vez de marcharse, Nick se le acercó.

Lauren retrocedió un paso y luego le esperó quieta, temblando de pies a cabeza. Cuando él intentó tocarla, le propinó una fuerte bofetada.

- ¡He dicho que te vayas! ¡Maldita sea! ¡Vete!

-Venga, pégame otra vez -dijo Nick suavemente, mirando su mano alzada.

Lauren bajó la mano y se alejó hacia la puerta, temblando de rabia, pero Nick se interpuso en su camino.

-Lauren, espera.

- ¡No me toques!

-Lauren, por favor, déjame...

- ¡No! -gritó ella al borde de la histeria-. ¡Déjame en paz!

Dicho esto, intentó correr hacia la puerta, pero Nick la sujetó por los brazos. Lauren intentó en vano soltarse.

- ¡Bastardo! -gritó mientras se retorcía y descargaba los puños sobre su pecho-. ¡Eres un desgraciado! ¡Te supliqué de rodillas!

Nick necesitó de toda su fuerza para sujetarla hasta que su ataque de furia fue cediendo, y Lauren terminó por echarse a llorar desconsoladamente contra su hombro.

- ¡Me obligaste a suplicar de rodillas! -repetía una y otra vez, entre sollozos entrecortados. -Lo siento -susurró Nick a punto de llorar-. No sabes cuánto lo siento. ¡No sabes cuánto te he echado de menos!

Entonces Nick la besó y Lauren volvió a sentir el placer casi olvidado de verse envuelta en sus brazos contra su pecho fuerte, y le devolvió aquel beso con la misma pasión y la misma entrega. Después de una eternidad, Lauren volvió al mundo real, y se encontró apoyada en su pecho, completamente feliz.

Librodot

-Te quiero, Lauren. Tienes que casarte conmigo. Por tu culpa, he vuelto a dejar plantado al comité internacional de industriales. Y Tony ya ni me habla. Mary dice que si no vuelves, ella se marcha de la oficina. Ericka ha encontrado tus pendientes, y se los ha dado a Jim, que me ha encargado que te diga que no piensa dártelos si no vas tú misma a por ellos.

Unos cuantos días después, las danzantes llamas de un crepitante fuego fueron mudos testigos del amor que se profesaban una pareja de recién casados. Afuera, una copiosa nevada cubría los campos de blanco. Lauren y Nick sabían que lo que habían descubierto en su corazones era más precioso aún que el espíritu de la Navidad.

Librodot